



**TODAS
LAS COSAS
DE
NUESTRA
VIDA**

HWANG SOK-YONG

alianza Literaria

Hwang Sok-yong

Todas las cosas de nuestra vida

Traducido del coreano por
Luis Alfredo Frailes Álvaro

Alianza editorial

Índice

1

2

3

4

5

6

Glosario

Créditos

EN LA ORILLA opuesta del río, hacia el final de los prados, se ponía el sol. Al volver al paisaje, su mirada, distraída unos instantes, le deparó un astro redondo, tan grande que le causó asombro, dado ya a una trayectoria descendente por el cielo que lo hacía asemejar a una manzana que cayera de un árbol. El camión dejó atrás los suburbios, avanzó por la carretera ribereña y, antes de reanudar su marcha, permaneció detenido unos instantes en las inmediaciones del puente, donde su avance se vio frenado por el tráfico.

Fuertemente asido a una columna metálica, en pie justo detrás del asiento del conductor, el muchacho viajaba con su vista puesta en el sentido de la marcha, dominando tanto la orilla del río como la carretera por la que el vehículo progresaba. El joven y su madre habían subido a aquel camión de basura en un distrito del este de la gran ciudad. En pleno embotellamiento, el vehículo avanzaba con lentitud, se detenía con frecuencia, hasta que se desvió de la carretera ribereña y, bordeando el cauce del brazo estrecho del río, se adentró por una vía sin pavimentar. La oscuridad aumentaba por momentos; no quedaban más luces que las rojizas de poniente. En la orilla norte, de espaldas a un cerro, se asentaba una pequeña población suburbana y los tintineos de las ventanas delataban un acogedor crepitar de los hogares. El joven creyó que su madre y él iban a instalarse en alguna de aquellas casas.

En la orilla de Poniente el viento doblaba las altas eulalias, causando la súbita sensación de llegar a alguna tierra desconocida y remota. Una nube de polvo iba envolviendo el camión, que encendió sus faros. A medida que el camino se iba arqueando hacia un rumbo contrario al del lugar donde el chico había divisado el pueblo y sus hospitalarias luces, el vehículo acometió un camino de pendiente pronunciada. En la oscuridad, comenzaron a impactar contra el rostro del joven cosas, quizá granos de cereal, que revoloteaban por doquier. La caja de aquel camión, cargado hasta los topes de la basura que había ido cargando en los puntos de recogida de la zona Este de la ciudad, iba

abarrota de pasajeros. Aparte de la mujer y el joven, viajaban tres hombres y dos mujeres más. Todos iban sentados en plásticos acondicionados al efecto, del tamaño adecuado y en los que enrollaban las piernas, fuertemente aferrados a los listones laterales. En aquel momento, comenzaba a colarse en el habitáculo un olor peculiar que los pasajeros tardaron en detectar, pues habían hecho todo el trayecto rodeados de basura.

Sin embargo, tan pronto el camión, remontada la cuesta, se detuvo en un descampado de considerable amplitud, se vieron asaltados por un olor tan poderoso que dificultaba la respiración, una hediondez insoportable que parecía mezcla de heces y orines, de agua de cloaca y alimentos en descomposición, de soja pasada y chamuscada. En la oscuridad, enjambres enteros de moscas se pegaban incesantemente a la cara, a los antebrazos y a la ropa. Se posaban con todo descaro en la comisura de los labios y en torno a los ojos, donde desplegaban fríos y pegajosos tentáculos.

El chico no le revelaba su nombre a cualquiera, y menos su apellido. Eso de decir el nombre en voz alta, con apellido y todo, era cosa de los chiquillos que iban a la escuela, ya fuese a la primaria o semejante.

Él tenía catorce años, pero en el barrio donde se había criado era costumbre añadirse dos. Un momento tan crítico como aquel en que los *hyong* del barrio se dispusieron a hacerle una comprobación de vello púbico lo había resuelto acometiendo a uno de aquellos muchachos, que acabó con un diente roto. Como era de esperar, los demás se abalanzaron sobre él y sus fosas nasales no tardaron en sangrar copiosamente. Acaso le hubieran roto alguna costilla pues, durante un mes entero, sintió entumecido y frío todo el pecho cada vez que inhalaba o exhalaba. Su honra, eso sí, había quedado a salvo.

En aquellas callejuelas empinadas del barrio, sus compañeros de correrías le habían puesto varios mote diferentes, entre ellos *Kebi*, *Larguirucho* y *Ojos Saltones*. Lo de *Kebi* tenía su origen en el apodo *Bangakebi*, con que se refería a él aquel tutor del cuarto curso, porque tenía las extremidades largas y se le daba bien correr, y con el tiempo le acabaron quitando lo de *bang*. En cuanto a *Larguirucho*, hacía alusión a la longitud de su cuello y miembros, que guardaban una similitud nada desdeñable con los de una cigüeña o los de una grulla.

Ninguno de aquellos apodos le agradaba en exceso, pero Ojos Saltones, al menos, no le molestaba. Aquel nombre se lo encasquetó un agente de policía del barrio donde vivía a raíz de un incidente. Un grupo de críos rompió un cristal del destacamento y se dio a la fuga, pero les dieron alcance y, a modo de castigo, les pusieron en una esquina con los brazos alzados y de rodillas. Estando el chico de aquella guisa, el policía le arreó diez golpes en la cabeza con un manajo de documentos mientras gritaba: «¡Habrás visto, qué fresco, cómo me mira con esos ojos saltones, que parece que me va a perforar! ¡Quiero hablar con tu padre, bichejo!».

A partir de aquel día, el muchacho reaccionaba liándose a golpes cuando los chicos de su pandilla lo llamaban de cualquier forma que no fuese Ojos Saltones, mote que pasó a usar siempre que se presentaba a chicos de su edad. Así fue, en fin, como un apelativo que, en origen, le había sido asignado de un modo tan arbitrario y para distinguirlo de los chicos de clase media, que usaban sus nombres reales, acabó suponiendo para él una suerte de trofeo de su paso por la comisaría, algo equiparable a los antecedentes penales en un adulto.

Ojos Saltones solo fue a la escuela hasta el primer bimestre de quinto de primaria. El puesto de venta ambulante que su madre tenía en el mercado les reportaba apenas lo suficiente para pagar la mensualidad del cuartucho donde vivían, situado en un barrio humilde y de callejas empinadas, así como para hacer tres comidas al día. El chico pasaba el día zascandileando con otros jóvenes por las callejuelas del barrio hasta que pasaba su madre y la acompañaba al mercado. Allí, la mujer montaba su tenderete y el chico se empleaba de recadero para tiendas de ropa y talleres de confección. Aquellas se ubicaban en edificios decentes de la calle principal; los talleres, en cambio, ocupaban locales alquilados por los dueños en tenebrosos callejones y recovecos del mercado, y cada uno de ellos empleaba a cuatro o cinco costureras y estaba equipado con unas cuantas máquinas. El trabajo del joven consistía en desplazarse a la carrera de los talleres a las tiendas, acarreando las piezas terminadas, o bien hacer el recorrido inverso con las telas, hilo, botones y materiales de costura en general.

Una tarde, cuando la oscuridad se cernía ya sobre el mercado, Ojos Saltones no halló a su madre en el lugar donde esta montaba siempre su

puesto.

—Oiga, ¿adónde ha ido mi madre? —preguntó a una vendedora que estaba desmontando su tenderete.

—Se debe de haber *echa* novio... —le respondió la comerciante, entre risas.

—Creo que ha venido tu padre... —intervino entonces otra vendedora.

—¿Mi padre? —replicó, extrañado.

Siguiendo la indicación de la vendedora, Ojos Saltones se adentró por las calles donde estaban los puestos de alimentación, una zona donde el ambiente estaba cargado de los aromas del pescado asado, de la morcilla hervida en sopa. Se fue asomando a todos los establecimientos que flanqueaban la calle y dio vueltas por la zona hasta que, de pronto, vio a su madre. Estaba en una casa de comidas, sentada con un desconocido.

El hombre estaba girado y no se le veía el rostro; iba enfundado en una chaqueta de motivos militares y llevaba una gorra azul. Vacilante, Ojos Saltones se adentró en el local y su madre, al reconocerlo, le hizo un gesto con la mano. Al acercarse el joven a la mesa, aquel hombre giró la cabeza y extendió una mano como para acariciar a Ojos Saltones, pero este apartó la cabeza y se echó hacia atrás. Aquel hombre no era su padre.

—Cómo ha crecido —comentó el extraño, visiblemente incómodo—. Si parece que fue ayer cuando iba a gatas...

—Saluda a este señor —dijo la mujer—. Es amigo de tu padre.

Ojos Saltones inclinó la cabeza, tomó asiento junto a su madre y observó minuciosamente la fisonomía de aquel desconocido. De nariz rolliza, ojos grandes y expresivos, no le causó mala impresión. Tenía, eso sí, una mancha azulada que iba desde debajo de sus ojos hasta cubrir parte de su mejilla izquierda. El joven no tardó en comprender por qué aquel rasgo le resultaba familiar: le recordaba el rostro de Ashura, aquel personaje de capa azul y morada que tenía medio rostro blanco y medio azul, aquel villano, mano derecha del Dr. Hell y que siempre estaba urdiendo malévolos planes contra Mazinger Z, el robot justiciero. Curiosamente, la visión de aquel hombre y de su mancha cutánea infundió a Ojos Saltones un ánimo heroico que le hizo apretar los puños.

—Pues, lo que te iba contando —dijo Ashura a la madre del chico, como

reanudando una interrumpida perorata—, tendrías casa propia y todo. Una chabola de tablones, eso sí, pero fíjate, no tendrías que pagar alquiler. Y ganarías tres veces más que aquí. Ya me dirás dónde se encuentra un trabajo como este hoy día...

—El padre de este... —explicó, en tono ligeramente formal, la mujer, que, con cara de interés, asentía y escuchaba a aquel hombre con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante—, no sé cuándo saldrá de... La verdad, si nos inscribieras allí, nos harías un gran favor; podríamos tirar adelante.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó entonces Ashura, dirigiendo una mirada a Ojos Saltones. El joven, que tenía los puños sobre la mesa, mantuvo la boca cerrada a cal y canto, pues no podía en modo alguno decir que tenía dieciséis años delante de su madre. Fue esta quien respondió en su lugar:

—Catorce.

—¿Solo catorce, con ese corpachón? —replicó Ashura, abriendo la boca de un modo exagerado—. Pues tú, cuando te pregunten, di que tienes dieciséis.

—Todos mis amigos ya han cumplido los dieciséis... —murmuró Ojos Saltones, muy a su pesar y con cierta timidez.

—Bien, bien —comentó el hombre—. Entonces ya estarás por terminar la secundaria. A todo esto —añadió, dirigiéndose de nuevo a la mujer—, si a ti te inscribo para la primera tanda, el crío te podría ayudar en la segunda, clasificando el género. Podrías ganar el doble que los demás, ya te lo digo.

Al llegar a casa, Ojos Saltones notó que su madre, acaso debido al entusiasmo, no podía conciliar el sueño.

—Esto nos viene como anillo al dedo —comentó—. Justo ahora que nos andan queriendo echar de este cuchitril, que estaba yo que no me llegaba la camisa al cuerpo. Qué más podemos pedir; nos dan trabajo y casa. Por fin un respiro...

LOS PADRES DE Ojos Saltones habían crecido juntos en un orfanato, de donde el padre se fugó. Tras pasar un tiempo dando tumbos por la ciudad, consiguió colocarse al frente de un grupo de chatarreros subcontratados por el ayuntamiento y que comenzaba su actividad por entonces. La recogida de

residuos estaba organizada por distritos y el padre de Ojos Saltones se puso al cargo de una concesión que, aunque pequeña y sin almacén propio, permitía a la gente vivir de la recuperación de residuos urbanos. Fue entonces cuando acudió en busca de quien más tarde sería su mujer, la madre de Ojos Saltones, quien, aunque ya mayor de edad, seguía viviendo en el orfanato y trabajaba en una guardería con críos en torno a cinco años. A menudo aparecían entre la basura objetos robados en buen estado y sobre los trabajadores del acopio de basura recaía a veces la acusación de robo. Además, la proliferación de los atracos en el distrito hizo cotidiano el paso de aquella gente por la comisaría, de donde tampoco era infrecuente recibir peticiones de un chivo expiatorio a quien encasquetarle casos. Para quienes contaban con antecedentes, era habitual responsabilizarse de los robos; pasar una temporada a la sombra se convertía en algo normal. Una vez fichado, uno podía dedicarse más fácilmente a cosas como robar cobre o aluminio de las puertas metálicas. Por otra parte, cuando alguna vivienda parecía desocupada, los concesionarios de la recogida de basura de áreas residenciales, atentos a los indicios, entraban y la dejaban limpia.

El padre de Ojos Saltones llevaba en paradero desconocido desde hacía unos años, cuando el chico dejó la escuela. En parte, el que no fuera a clase se debió a los problemas originados por la falta del cabeza de familia. Al ver que no regresaba, Ojos Saltones y su madre, que ya habían pasado por aquella experiencia en varias ocasiones, lo esperaron durante quince días pensando, sin más, que lo tendría la poli. Mas esta vez, por algún motivo desconocido para ambos, la ausencia de noticias fue total. No se produjo la habitual llamada telefónica de la comisaría del barrio o del distrito, a través de la cual la autoridad, en otras ocasiones, les facilitaba la dirección del calabozo donde estaba el padre de Ojos Saltones. Las noticias que tuvo la madre esta vez llegaron de forma un tanto ambigua y por boca de un joven que había trabajado con él en la recogida de basura. Según le contó, había un jefe que, al asumir su cargo, se comprometió a limpiar la sociedad no solo de gánsteres, exconvictos y pandilleros, sino también de la gente tatuada y, en general, de todo aquel que transmitiera inseguridad a la ciudadanía o contribuyese, con sus actos, a sembrar la discordia social. Les echaría el guante a todos, sin distinción de edad, y los internaría en centros de

reeducación, de donde saldrían convertidos en «seres nuevos». Al parecer, mucha gente que se dio por desaparecida, incluido el padre de Ojos Saltones, se hallaba en aquellos centros de reeducación, creados al calor de los cuarteles militares.

La situación en casa nunca había sido muy boyante pero, hasta entonces, al menos, no habían tenido que preocuparse en exceso por el sustento. Esto cambió con la falta del cabeza de familia, que empujó a madre e hijo a una vida de incesante trasiego para llenar la despensa. Ojos Saltones aún asistía a la escuela, donde los críos de las torres de apartamentos se mofaban llamándole mendigo. Él, por su parte, no vacilaba en poner en juego puños y pies para hacerles besar el suelo.

—VENGA, QUE NO hay tiempo —exclamó de pronto el conductor, bajando la ventanilla y mirando hacia atrás—. Vayan bajando, deprisa.

Los pasajeros del camión se pasaron unos a otros sus respectivos equipajes —en el caso de Ojos Saltones y su madre, un barreño y un bolso de plástico donde habían empaquetado colchas y unos cuantos utensilios— y comenzaron a descender del camión. El conductor, sin dejar de apremiarles, arrancó el motor en actitud airada, produciendo una nauseabunda humareda.

Apenas pusieron un pie en tierra, junto a un gran montón de basura, vieron aparecer unos seres ataviados con botas largas de goma, gorras diversas, cascos de obra, guantes también de goma, rostros cubiertos por voluminosas máscaras y, como si de mineros se tratase, reflectores sujetos en la frente. Uno de aquellos individuos, que parecían astronautas, se acercó a Ojos Saltones y a su madre y, aunque se quitó la máscara, tardaron en reconocerlo.

—Soy yo —dijo—. Seguidme.

Al escuchar aquella voz, la madre de Ojos Saltones cogió de la mano al joven y siguieron al señor Ashura, quien, sin dificultad, se colgó en el hombro el bolsón de las colchas, agarró con una mano el bolso de plástico y echó a andar seguido de madre e hijo. Estos se ocuparon de acarrear la palangana, que contenía objetos domésticos de poco valor, asiéndola de extremos opuestos. Al pie del montículo de basura, al que los camiones, con estruendo de motor y levantando nubes de polvo, se encaramaban, se

apreciaba un leve titilar de luces. Más de cerca, aquellos focos luminosos se revelaron chamizos de formas variopintas, todos confeccionados con tablones. Algunos estaban cubiertos con carpas; había también estructuras hechas combinando tablones de madera en un marmágnun y cubiertas con plásticos; otras eran un conglomerado de fragmentos de rótulos, cartones y cosas por el estilo.

De escasa altura, y tan pegadas entre sí que apenas permitían el paso de una persona, las chabolas se extendían en una hilera tan larga que se perdía en la oscuridad, y que discurría paralela a un sendero de la anchura aproximada de un coche. Las luces que brillaban en algunas ventanas de plástico daban fe de que las viviendas estaban habitadas, y en los ocasionales huecos que quedaban allá donde faltaba alguna chabola, se extendían pequeños descampados. En uno de estos espacios ardía una fogata y unos hombres, en corro, cocinaban algo mientras tomaban *soju* y *makkoli*. Ashura les presentó a la madre de Ojos Saltones:

—Es como si fuera mi hermana —les dijo—. Los he inscrito a ella y al crío; los podéis considerar familia.

—¿Eh? ¿Mano de obra nueva? —gruñó uno de aquellos hombres, mirando de arriba abajo a la madre a la vez que colocaba una lata sobre la hoguera y soplabla el fuego.

—Exacto —confirmó Ashura, bien metido en su papel de jefe, adoptando un tono solemne y propio de quien estuviera estampando en la mujer un sello de acreditación—, y, con ella, el número de trabajadores inscritos en esta cuadrilla asciende a cuarenta y cinco.

EN CUANTO AL muchacho, que estaba de pie detrás del grupo, nadie pareció reparar siquiera en su existencia.

—No sé, jefe —replicó aquel hombre—. En la zona cada vez es más difícil encontrar género bueno. Estamos preocupados.

—Bueno, eso es como todo; va por rachas —replicó Ashura—. Y no todos los días llega mano de obra nueva, ¿no? Venga, que os invito a una ronda. —Y añadió—: Creo que la choza del viejo yesero se ha quedado vacía...

—Pero de eso hará ya tres o cuatro días —señaló aquel hombre—. Antes

he ido a echar un vistazo y no había ningún sitio en condiciones.

Acompañados por Ashura y dos de aquellos hombres, Ojos Saltones y su madre fueron a ver la chabola desocupada, de la que no hallaron ya más que el espacio vacío. Como si de una alfombra se tratase, alguien se había llevado el vinilo del suelo, y de la capa de cartón ondulado solo quedaban unos fragmentos empapados.

—Vaya —exclamó uno de los hombres que los acompañaban, levantando uno de los trozos—, está solo el poliestireno.

—Hay que llevarse todo esto y, aunque sea, hacemos otra chabola allí, pegada a la mía —dijo entonces Ashura, suscitando en los dos hombres una serie de murmullos y risas maliciosas.

—Estando viudo —decía uno— es normal que quiera compañía...

—Bien —dijo Ashura, fingiendo no oír los comentarios y tomando la iniciativa en el plegado y recogida de los materiales que quedaban—. No hay más que poner los cartones nuevos y el vinilo. En menos de una hora, estará listo.

Siempre guiados por Ashura, Ojos Saltones y su madre llegaron a una esquina donde terminaba la hilera de chabolas. El lugar no tenía mala pinta; al ubicarse en un confín del poblado, quedaba a cierta distancia del lugar por donde transitaban los camiones que constantemente llegaban a engrosar los montículos de basura. Mientras los tres hombres acopiaban materiales varios para la construcción de la casa, madre e hijo depositaron sus bártulos junto a la choza de Ashura y, en cuclillas, esperaron.

—Bah —protestó el joven—. Y yo que creía que nos íbamos a vivir al campo.

—¿Qué pasa? —replicó la madre, con un suspiro—. Aquí también vive la gente y no les pasa nada...

—¿Gente? —apuntó Ojos Saltones, como escupiendo las palabras—. Esto es el paraíso de la basura y de las moscas.

—Pero si toda esa basura luego se vuelve dinero —alegó la madre, en un tono de forzado júbilo.

OJOS SALTONES AÚN no sabía de qué material estaba hecho aquel montículo,

tan negro que destacaba aún en la oscuridad. En una alternancia de voceríos y ruidos de materiales, los tres hombres fueron llegando con sendas carretillas, donde llevaban lo que en el vertedero habían recogido para la construcción de la chabola. Había leños de diferentes longitudes, cajas de pescado provenientes del mercado de alimentos, fragmentos de plástico y variopintos techos, de los que cubren los chiringuitos, fragmentos de fieltros y trapos negros de los que se usan en los invernaderos, trozos de vinilo y parqué, todo mezclado formando un *collage* de todos los diseños y colores. En menos que canta un gallo, la zona en la que iban a montar la chabola se vio transformada en un ajetreado taller donde, además, se congregaban residentes de las chabolas colindantes para ayudar en el trabajo. Bajo la supervisión de Ashura, comenzaron por cortar a una longitud determinada los maderos que harían las veces de vigas. Una vez montado el armazón, fueron añadiendo los apoyos en oblicuo.

Por medio de martillos de oreja, desmontaron las cajas de pescado, prepararon los tablones y los fueron clavando hasta formar el intrincado maderamen de las paredes, que quedaron profusamente tapizadas por su cara interior gracias a las capas de poliestireno extruido y cartón ondulado que añadieron después. Sobre el suelo desnudo, extendieron plásticos y añadieron una capa de poliestireno, que cubrieron posteriormente con el cartón ondulado obtenido al desmontar las cajas. Con una capa de vinilo, quedó rematado el suelo. A modo de tejado, instalaron un entramado de tablones que cubrieron, por ese orden, con poliestireno, cartón ondulado, una capa más de trapo y fieltro y otra de vinilo y, para evitar que el viento se lo llevara, lo fijaron con una hilera de clavos. Por último, cubrieron el tejado con la falda de una carpa de chiringuito, y aquella choza de cuatro *pyong* de superficie quedó completa.

La nueva chabola tenía un aspecto muy digno y, al estar pegada a la de Ashura, las dos parecían formar una sola vivienda. Ashura tomó unas piedras aplanadas y les puso unas velas que iluminaron el interior. La madre de Ojos Saltones sacó del bolsón unas prendas usadas y empezó a quitarles el polvo con garbo. El vinilo, de motivos florales que se revelaron al incidir sobre su superficie la luz titilante de las candelas, adquirió un aspecto casi majestuoso.

—Esto es cosa de magia —exclamó la madre, en tono de admiración e

inspeccionando meticulosamente el interior de la vivienda—. Aquí ponemos un *camping* gas y podemos hasta cocinar.

—No os preocupéis, aquí tendréis de todo —habló la cara de Ashura, ondulante a la luz de la vela y cuya mancha cutánea resultaba aún más prominente de lo habitual. Y, con una sonrisa, añadió—: Venga, ahora a saciar el hambre... y la sed.

Salieron a un espacio abierto donde brillaba una fogata. En la cazuela, dispuesta sobre una lata cortada que hacía las veces de fogón, algo hervía, desprendiendo un aroma agradable.

—Esto *pa* que compréis unos *ramyon* y cuatro o cinco botellas de *soju* —indicó Ashura a uno de los hombres que habían ayudado a montar la chabola, acercándole unos billetes, y preguntó después—: ¿Qué tenemos para acompañar el *soju*?

—¿Qué va a ser, jefe? —respondió uno de los hombres, ataviado con un casco de obra que le daba cierta gracia—. ¡La sopa especial de la Isla! Y picantita; le he puesto un montón de *kochud garu*.

Ojos Saltones regresó de la pequeña tienda de ultramarinos a la carrera con una bolsa de plástico. No sin cierto esfuerzo, Ashura abrió el sobre que encerraba el *ramyon* y comenzó por verter en la cazuela el contenido de un sobrecito que llevaba el aderezo. Cuando se disponía a agregar los tallarines, el tipo del casco lo detuvo:

—Eso al final, *hyong*; primero, mejor, nos comemos la chicha...

—Vaya, es nuestro día de suerte —comentó Ashura—. Esto parece jamón york del de verdad; viene de la Cooperativa...

—Pues claro —comentó otro de aquellos hombres—. En la vida estamos *pa* colaborar.

—*Usté* también, jefe, tendría que dejar esta concesión y coger una privada...

—Pero, ¿cuánto hay que pagar por una concesión privada? —terció el del casco.

—El caso es que todo el género interesante está en las zonas privadas —masculló Ashura, con una expresión áspera en el rostro—. En las públicas, la vida es dura.

EL DEL CASCO sacó una cuchara doblada de un bolsillo de su chaqueta, la restregó un poco en el vuelo de su camisa y la introdujo en la cazuela para probar el humeante guiso.

—¡Esto está de muerte! —exclamó.

—Los nuevos miembros de la familia que se echen sin miedo —dijo entonces Ashura, animando a madre e hijo a que se sirvieran a gusto de aquel caldo y ofreciendo trozos de salchichas y jamón york al chico.

—Esto sabe igual que el *budae jjigae* —comentó la madre, dirigiéndose al joven en voz baja tras probar el guiso con cautela.

Ojos Saltones, entonces, se sirvió un trozo de salchicha. Por su forma de comer, madre e hijo parecían estar compitiendo. Los hombres, entonces, improvisaron unos vasos con recipientes vacíos de yogur recogidos del vertedero, a los que arrancaron la parte superior, y tras sacudir un poco el polvo que los cubría, los llenaron de *soju* y los hicieron circular entre los comensales.

Apenas se extendió el aroma del guiso, invadió el lugar un enjambre de moscas. Se posaban por doquier; eran tantas, y tan atrevido su ataque, que hasta daba miedo tomar la comida con los palillos. Permanecían aferradas a la comida hasta el momento de entrar en la boca, solo el aliento las hacía volar y tampoco entonces se alejaban demasiado. Algunas, incluso, no empezaban a revolotear sino al contacto con la lengua. Los allí reunidos comentaban:

—Hay que ver... Qué energía tienen aún las puñeteras.

—Se ve que de noche andan revoloteando por ahí y el fuego las revive.

—Joder... Yo que creí que con el verano me despediría de ellas, y las puñeteras se nos van a quedar hasta la Fiesta del Otoño...

—No os quejéis. Las moscas que tragamos durante el verano son una forma como cualquier otra de nutrirse.

A pesar de no dejar de cazar moscas mientras comía, Ojos Saltones no podía evitar que algunas quedasen flotando en el caldo y, al tragarlas, le produjesen toses y carraspeos. Tomando de la cazuela el *ramyon* que había quedado, Ashura le dijo a la madre:

—Ya te lo digo; para trabajar aquí, lo primero es adaptarse a ciertas cosas...

Como el intercambio de vasos de *soju* entre los adultos se prolongaba, Ojos Saltones se escabulló, y la madre se quedó con Ashura, quien le ponía al corriente de las circunstancias propias de aquel lugar. De regreso en la recién construida chabola, Ojos Saltones prendió una cerilla, encendió una vela y se tumbó sobre el terso vinilo. El nuevo hogar le resultaba significativamente más espacioso y acogedor que su antigua casa.

Desde el suelo atisbó entonces la mitad de una cabeza que, asomada a la entrada de la chabola, parecía escudriñarle desde el exterior, y que desapareció en cuanto él alzó la suya. Ojos Saltones se puso en pie como un resorte y clavó la mirada en la entrada del chamizo. Tal como esperaba, la cabeza desconocida volvió a asomar tímidamente.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

La cabeza volvió a desaparecer y se oyó una risilla explosiva. Ojos Saltones avanzó sobre sus rodillas hasta el umbral, hecho de tablones cubiertos de plástico. La entrada en escena del autor de aquella risa fue de esas que suelen ir acompañadas de un «¡tachán!».

El crío que entró en la chabola, aparentemente bastante más joven que Ojos Saltones, llevaba una gorra de béisbol medio rota y ladeada, ropa deportiva y un pantalón vaquero cortado que resultaba grande para su porte.

—¿Qué pasa? —dijo Ojos Saltones.

—Eso digo yo —replicó el crío, entre risillas.

Airado, Ojos Saltones le arrebató la gorra, que inspeccionó sobre la marcha. Tenía grabada una letra pequeña, símbolo de un equipo de béisbol. Demasiado grande, acaso, para la cabeza que cubría, iba doblada y cosida por la parte de atrás.

—¡Trae eso aquí! —protestó el muchacho—. ¡Devuélvemela ahora mismo!

Ojos Saltones echó la gorra hacia atrás, ocultándola, y se disponía a arrearle un coscorrón a aquel chico cuando reparó en una calva que le cubría toda la parte izquierda de la cabeza, desprovista de cualquier mechón de pelo y con la piel arrugada.

Sin tan siquiera descalzarse, el chico se abalanzó al interior de la chabola, circunstancia que obligó a Ojos Saltones a lanzar la gorra por la puerta. A toda velocidad, el niño la recogió del suelo y se la volvió a poner.

—¡Maldito! —protestó el crío, escupiendo al suelo.

—Oye, lo siento —replicó Ojos Saltones—. ¿Dónde vives?

—Aquí —explicó el muchacho, apuntando con los labios a la choza que estaba justo al lado.

—¿Con Ashu... Con el encargado de la zona?

El niño asintió y, como si le hubieran preguntado más, empezó a agregar explicaciones:

—El encargado es mi padre. Madre no tengo; vivimos solos los dos. Mi padre nunca me habla.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó Ojos Saltones.

—Porque dice que no soy listo —respondió el chico, agachando la cabeza.

Ojos Saltones pensó que aquello probablemente era verdad, pues se notaba que al chico le faltaba algo. Se dijo también que, tratándose del hijo del jefe, sería conveniente llevarse bien con él. Con un gesto de la mano, le instó a esperar unos instantes, sacó una caja de chapa, que algún día habría contenido galletas y donde ahora guardaba sus posesiones más preciadas, y, revolviendo su contenido, dijo:

—Mira, el robot invencible, Mazinger. Te lo regalo.

Para Ojos Saltones, aquel muñeco ya solo representaba recuerdos de tiempos pasados y le resultaba embarazoso enseñárselo a chicos de su edad. La parte plástica de las articulaciones ya tenía holgura, pero los muelles que accionaban los misiles que lanzaba por los brazos aún conservaban la tensión. Aquel Mazinger Z se lo había regalado su padre un día en que también trajo plátanos. Lo había encontrado en una pila de desechos, junto con coches de carreras, bloques de madera para construir y otros juguetes abandonados.

—Mira, si aprietas aquí... —explicó Ojos Saltones, presionando la parte extruida de las articulaciones.

Los puños de Mazinger salieron volando hacia delante, causando en el joven vecino tal alborozo que hasta dio patadas en el suelo. Ojos Saltones recogió las proyectadas piezas, que encajó de nuevo en los antebrazos del robot, y, hecho esto, le entregó el muñeco al vecino.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Trasquilón.

—¿Trasquilón? Jo, vaya nombre —exclamó Ojos Saltones.

Por algún motivo, aquel chico le resultó simpático, y asimismo le agradó comprobar que, como en su antiguo barrio, en aquel lugar también se usaban apodos en lugar de los nombres reales. Al preguntarle su edad, Trasquilón, sin pensarlo, abrió las dos palmas de las manos, las cerró y, después, mostró un dedo.

—¿Qué? ¿Diez y uno? —preguntó Ojos Saltones, algo extrañado—. O sea, que no te llevo más de tres años.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó Trasquilón, presionándole el pecho con un dedo.

—Ojos Saltones.

—¿Ojos...? Sapo, Sapito, ojos saltoncitos —exclamó Trasquilón, tan divertido que se curvó hasta casi llegar al suelo.

CON UN GESTO de la mano, Trasquilón indicó a Ojos Saltones que lo siguiese y, tomando la delantera, echó a andar a buen ritmo. Ojos Saltones lo siguió vacilante y, cuando habían caminado apenas unos instantes, le interpeló:

—Oye, ¿adónde me llevas?

—Sh... Alto secreto —susurró Trasquilón, volviéndose de pronto y poniéndose un dedo en los labios—. Como se enteren los mayores, se lía buena.

—Pero, ¡dime adónde vamos! —insistió Ojos Saltones.

—Tú sígueme.

Ojos Saltones había oído que en todo el poblado vivían unas dos mil familias, pero, al recorrer, junto a Trasquilón, el sendero que discurría paralelo a aquellas chabolas, de las hechuras y colores más surtidos, reparó en que no solo las zonas llanas, sino también las laderas, estaban tapizadas de chabolas, en cuyas ventanas de plástico brillaban tenues luces. En los amplios descampados que encontraban por el camino había corros de adultos bebiendo alcohol, y los niños, correteando por las callejuelas, jugaban al escondite. Con paso garboso, los dos chicos terminaron de cruzar el poblado de chabolas y remontaron un montículo, donde sus pies sintieron el frío de la hierba y las hojas mojadas.

Aquel su nuevo barrio se llamaba Isla de las Flores, denominación

informal que Ojos Saltones había conocido al partir del centro de acopio de basura de donde había salido el camión que los llevó hasta allí a su madre y a él, y que le había hecho pensar que se dirigían a un lugar paradisiaco con vistas al mar o algo por el estilo.

Tras dejar atrás los montones de basura y el poblado de chabolas, Trasquilón y Ojos Saltones llegaron a una zona de perímetro triangular que constituía el extremo oeste de la Isla de las Flores. Desde lo alto del collado que acababan de coronar se dominaba el río, cuyas aguas, a pesar de estar desdibujándose en la densa penumbra, tintineaban con el reflejo de las luces de los vehículos que transitaban por la vía ribereña.

—¿Qué haces? —dijo Trasquilón a Ojos Saltones, absorto en la contemplación del panorama—. Venga, vamos.

El descenso, por la falda opuesta del montículo, se tornaba dificultoso por momentos y había cosas que golpeaban los pies, lo que causó en Ojos Saltones la sensación de que estaban atravesando campos de cultivo. Trasquilón detuvo sus pasos en lo alto de una colina de arena, coronada por un viejo tronco de sauce de gran altura y donde los juncos y eulalias se doblaban con el viento.

Ojos Saltones oteó los alrededores. Hacia levante, a lo lejos, se divisaba un puente iluminado y que identificó como el mismo que, a bordo de aquel camión, habían cruzado antes de tomar el desvío que los llevó hasta la Isla de las Flores. Hacia el centro del perímetro triangular, y en dirección al cauce fluvial, se alzaba otro montículo de basura, más alto aún que aquel en que se encontraban.

Ya no se veían camiones; había concluido la jornada de trabajo. Trasquilón, acuclillado, metió las manos en la tierra como si buscara algo.

—Busca tú la otra punta —dijo, sosteniendo el extremo de una cuerda que surgió de la tierra.

Ojos Saltones palpó la tierra y halló el otro cabo de aquella cuerda, que estaba atada a un listón de madera. Al tirar los dos simultáneamente, se erigieron sendas columnas y se desplegó, quedando bien tensa, una techumbre de tela. Bajo la carpa había un recipiente de plástico, en el que Trasquilón arrojó una cerilla encendida que prendió una vela. El suelo constaba de una capa de grueso cartón, cubierta de trozos de tela blancos y

azules. Formaban un ángulo dos muros de escasa altura contruidos con bloques de cemento.

Se trataba de un cobertizo excavado en el lado en pendiente de aquel montículo y estaba abierto en dirección al río, ofreciendo el aspecto de un mordisco practicado en un trozo de pan tierno.

—Estás en nuestra Base de Operaciones —dijo Trasquilón, con un matiz de orgullo en el tono y depositando a Mazinger en una caja.

—¡Vaya! Si parece una casa de verdad... —comentó Ojos Saltones, asombrado con el hallazgo y tocando los bloques de piedra que conformaban los dos muros perpendiculares.

—La verdad es que sí —respondió Trasquilón, dando golpecitos en la empalizada igual que lo hacía Ojos Saltones.

Más adelante, y a través de otros chicos, Ojos Saltones se enteraría de que aquel cobertizo era un antiguo puesto de vigilancia que formaba parte de un cuartel militar, y que los críos de la Isla de las Flores habían rehabilitado como refugio empleando cartones, carpa, plásticos y otros desechos procedentes del vertedero. A la entrada había una pequeña explanada y un toldo para protegerlo de la lluvia y del sol. Cuando no se usaba, bajaban las cuerdas y la Base quedaba oculta en la arena, lista para resurgir de un modo que hacía pensar en un telón teatral que, al alzarse, mostrara un mundo nuevo.

Al sentarse dentro del habitáculo, uno podía disfrutar de un panorama totalmente distinto del que se divisaba desde el montículo de arena. Los dos tramos de empalizada y el toldo delimitaban un rincón acogedor, decorado por la sombra de las eulalias y del tronco del sauce y que, en su parte central, ofrecía una vista al ancho río, sobre cuyas aguas brillaba la luz de la luna. A lo lejos, en la otra orilla, tintineaban las luces de la ciudad.

—Vaya, así que esta es vuestra base... —comentó Ojos Saltones, exteriorizando espontáneamente un estado anímico mezcla de sorpresa y admiración.

Trasquilón abrió el cajón de una mesa de escasa altura, de las que quedan casi a ras de suelo, que estaba en un rincón del cobertizo, y de allí sacó un montón de legajos y revistas que desplegó ante Ojos Saltones.

—Que no se entere de esto el jefe, que nos cae una buena, ¿eh? —

masculó entre risillas. Con aquellas palabras el crío, más que expresar una inquietud real, parecía estar fardando ante su nuevo amigo. Para este, aquellas revistas y, en general, todo el contenido del cajón no eran cosas desconocidas, pues sus *hyong*, en el barrio donde vivía anteriormente, ya le habían enseñado cosas similares. Se trataba de revistas extranjeras repletas, de la primera a la última página, de mujeres y hombres desnudos.

—¿Quién es el jefe ese? —preguntó Ojos Saltones.

—Se llama Topo —respondió Trasquilón—. Da miedo.

—¿Cuántos años tiene?

—Ni idea, pero es más grandullón que tú, tiene pinta de adulto y trabaja con ellos.

Con las piernas dobladas y la mandíbula apoyada en las rodillas, Trasquilón y Ojos Saltones permanecieron un buen rato contemplando el río. Para Ojos Saltones, el hecho de que Trasquilón prácticamente no abriese la boca sino para responder a sus preguntas suponía un punto a favor del chiquillo. Además, le pareció más despierto e intuitivo de lo que su forma de hablar podría indicar en un primer momento. Pensó que probablemente se trataba de un tipo sensato. Ojos Saltones sabía que, cuando uno sufre mucho acoso y burlas, tiende a desarrollar un carácter prudente y templado. Él mismo, antes de endurecerse y volverse rudo, era un crío más bien solitario y taciturno.

—¿Qué, te gusta esto? —preguntó Trasquilón.

Ojos Saltones asintió repetidamente y preguntó:

—¿También venís durante el día?

—Yo vengo siempre que quiero —explicó Trasquilón—. Los otros se juntan aquí sobre todo por la tarde noche.

Aquella respuesta hizo que Ojos Saltones vacilara unos instantes.

—Y a tu padre ¿no le importa? —preguntó.

—Ni idea. A mí no me habla nunca.

—Pues, a partir de mañana, mi madre y yo vamos a trabajar para él.

—De nuestra edad, solo estaréis trabajando Topo y tú, porque los demás ese trabajo no lo sabemos hacer —murmuró Trasquilón antes de añadir, con una risilla espontánea—: Yo creo que tu madre y mi padre se van a enrollar.

A aquellas palabras de Trasquilón respondió Ojos Saltones arreándole tal

golpe en la visera de la gorra que el chiquillo cayó hacia un lado.

—¡Que no me des en la cabeza, *cagoendiós...*! —gritó, desde el suelo y con tanto dramatismo como si lo estuvieran matando.

—¿Quién ha empezado aquí a tocar los huevos? No te jode...! —replicó Ojos Saltones.

Desplazándose sobre las rodillas, y sin dejar de palparse la cabeza con las manos, Trasquilón fue a sentarse en un lugar apartado de Ojos Saltones.

—Pero, ¿qué pasa con eso? Si yo no tengo madre y tú no tienes padre... —adujo—. Mi padre ya vivió una vez con una señora, pero se marchó.

—Yo sí tengo padre, cabrón —replicó Ojos Saltones—. ¿Cómo se va a juntar mi madre con un tío, así por las buenas?

—Pues aquí todo el mundo lo hace —replicó Trasquilón, tras recomponerse la gorra. Y, en un tono casi de súplica, añadió—: No se te ocurra volver a darme en la cabeza, joder... Cuando era pequeño, mi madre me echó agua hirviendo en la cabeza, ¿sabes? Por eso no soy listo.

—Vale, no te daré en la cabeza —dijo Ojos Saltones. Y agregó—: Oye, mañana venimos otra vez, ¿vale?

Los chicos apagaron la vela, recogieron el toldo y emprendieron la vuelta. A mitad del camino, cuando iban atravesando los cultivos, Trasquilón se acuclilló en un surco y, tomando de la tierra algo en toda la cantidad que abarcaba su mano, se lo ofreció a Ojos Saltones.

—Prueba, están ricos.

Tras frotarlo para quitarle la arenilla, Ojos Saltones lo palpó con los dedos. Eran cacahuetes. Peló uno y, mientras disfrutaba del tierno bocado, reparó en que todos los cultivos de la zona eran de aquel fruto seco.

—Si nos pillan, nos cae una bronca —comentó Trasquilón entre risillas.

—¿De quién son estos cultivos? —preguntó Ojos Saltones.

—Por lo visto, de los campesinos que viven al otro lado del brazo estrecho del río —explicó Trasquilón.

Dejaron atrás los cultivos e iban subiendo por la cuesta que daba acceso al poblado de chabolas contiguo al vertedero cuando, de súbito, Trasquilón le tocó el hombro a Ojos Saltones como queriendo avisarle de algo. El chico se tumbó con la cara pegada al suelo, acción que Ojos Saltones, alarmado, imitó. Mas, al no ver ni oír nada extraño en absoluto, se irguió a medias e

interrogó a Trasquilón:

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esto?

—Un momento, no te muevas —le dijo Trasquilón, haciéndole señal de que guardara silencio y agarrándolo por la nuca.

Perplejo, Ojos Saltones pegó la espalda a la hierba mojada y esperó tumbado sin más. Trasquilón solo se levantó transcurrido un cierto lapso de tiempo. Recorrieron el lugar con una mirada circunspecta. Nada ocurría. Nada, aparte de unas voces de adultos que provenían de lejos y parecían discutir o cantar en voz muy alta, perturbaba el silencio reinante.

—Ya se han ido —sentenció Trasquilón, con la mirada clavada en un punto lejano y oscuro.

—¿Que se han ido? ¿Quiénes?

—Solo los veo yo.

—No me jodas —protestó Ojos Saltones, asaltado por la idea de que su nuevo amigo le estuviera tomando el pelo—. ¿Es que hay fantasmas, o qué coño...?

—Es el destello azul —respondió Trasquilón, enfilando la cuesta—. Solo lo conozco yo.

Presas de un súbito temor, Ojos Saltones adelantó a Trasquilón y pronto llegó a lo alto de la cuesta, donde volvió a ver las luces del poblado de chabolas y la montaña de basura envuelta en las tinieblas.

* * *

EN LA FASE entre el sueño y la vigilia, Ojos Saltones oyó un alboroto que no parecía provenir de muy lejos. Continuó acurrucado sin más hasta que su madre, de modo inmisericorde, sacudió las sábanas y lo obligó a levantarse.

—Venga, arriba. A trabajar —le dijo, zarandeándolo.

A duras penas, y con los ojos aún medio cerrados, el joven se sentó. La mujer lo tomó por los brazos y, poniéndolo en pie, lo reprimió:

—¿Te voy a tener que poner yo también la ropa, a un tío tan grande?

Tambaleándose, y mientras la madre se calaba un sombrero de ala ancha y redonda que le cubría medio rostro, Ojos Saltones se enfundó el pantalón y una sudadera.

—Todo esto nos lo ha conseguido el jefe —se oyó mascullar a la madre a

través de la mascarilla—. ¡Venga, que es *pa* hoy!

A pesar de que la visera le caía hasta llegar a rozar su nariz, y las botas militares le quedaban tan holgadas que el pie le bailaba en ellas, predominaba en el ánimo de Ojos Saltones un sentimiento de orgullo por haber entrado a formar parte de aquel equipo de trabajo como miembro de pleno derecho y sin nada que envidiar a los adultos. No le faltaban ni los guantes de goma, iguales a los de su madre, ni el rastrillo. Delante de la choza, dos canastos alargados y sujetos con asas esperaban a Ojos Saltones y a su madre, que fue la primera en colgarse uno de ellos al hombro. Al hacer lo propio, el joven se sintió como si, instantáneamente, hubiera crecido varios palmos.

Por el sendero que discurría paralelo a la hilera de chabolas transitaba una multitud de trabajadores del acopio de basuras. Caminaban en apretadas filas y ataviados de la misma guisa que Ojos Saltones y su madre. Al llegar al amplio descampado donde los camiones cambiaban su rumbo, aquel gentío se dispersó con tanta presteza que todos parecían tener asignadas sus posiciones exactas de trabajo y pugnar por ver quién llegaba primero a la suya. Remontando la corriente humana, Ashura se acercó a Ojos Saltones y su madre, que andaban rezagados, y les interpelló:

—¡Venga, que vais a paso de tortuga!

—Perdona —dijo la madre—, es que hay un montón de gente...

—Vale —dijo Ashura—. ¿Ves dos pilas de basura ahí abajo?

—¿No son cuatro?

—No, fíjate solo en las dos grandes. El montón de la derecha es el del ayuntamiento, el de la izquierda, de una concesión privada. Nosotros tenemos que ir al de la derecha —explicó Ashura.

En cuanto a Ojos Saltones, Ashura no le decía palabra y, a excepción de la mirada que le echó de arriba abajo, como pasando revista, parecía no reparar en su existencia. Para el jefe, probablemente era más que suficiente con que al chico no se le cayera al suelo el canasto que llevaba colgado a la espalda.

Las pilas de basura estaban compuestas por residuos de todo tipo. Los trabajadores revisaban rápidamente el género recién vertido y lo que no cogían era inmediatamente aplastado, apretujado y aplanado por buldóceres, pasando a formar parte del propio montículo. Los pies se hundían a cada paso y se trababan en los desechos, circunstancia que entorpecía la marcha

considerablemente. A veces, incluso, algún objeto quedaba enganchado en las botas y, tras dar varios pasos, había que sacudir el pie para que se desprendiera. El punto más alto de aquella montaña de basura ofrecía una panorámica general; se divisaba el río, la carretera que lo bordeaba y el desvío que, tras cruzar el puente, daba acceso a la Isla de las Flores. Por allí se veían pasar hileras de camiones con los focos encendidos, resaltando las nubes de polvo que levantaban a su paso. En todas las zonas de que constaba el vertedero, correspondiente cada una a un distrito de la ciudad, se oía vociferar a los encargados, que daban instrucciones a los trabajadores de las cuadrillas de recogida de residuos.

—¡Venga, vayan formando dos filas! —gritó Ashura, dando a las palabras el tono ligeramente formal que exigía la mezcla de edades—. ¡No hay tiempo que perder!

Ashura les explicó que la mayor carga de trabajo se daba en la franja que iba de las cinco a las nueve de la mañana, pues era cuando los camiones traían los residuos de mayor valor, pero les contó que también había que cubrir las horas comprendidas entre el mediodía y la caída de la tarde. En total, vendrían a trabajar unas doce horas diarias.

En las concesiones de gestión pública, la recuperación de basura estaba organizada por concesiones, cada una correspondiente a un distrito de la ciudad. En cada concesión, una partida de trabajadores esperaba diariamente la llegada de los camiones de basura, que llevaban su código de distrito anotado en la luna frontal. Cuando un camión vertía su basura, llegaba una primera tanda de trabajadores, la integrada por los que habían pagado, al inscribirse, la tasa que les daba prioridad en la explotación de la basura. Lo que quedaba tras este primer rastreo era recuperado posteriormente por una segunda partida de trabajadores.

Más adelante, Ashura aleccionó también a Ojos Saltones:

—Aquí todo es del primero que lo ve, no hay más. Los cacharros de plástico, las bolsas y todas esas cosas delgadas son para luego; lo que no se puede escapar son los trozos de vinilo y de lona, las cosas gruesas en general. También las botellas de vidrio y la ropa, si está en buenas condiciones; si no, va el papel y el cartón antes que los trapos y las telas. Tú, aunque estés en la segunda tanda, ve pegado a tu madre y lo que a ella se le escape lo coges tú.

Cuando se le haya llenado la cesta a ella, la llevas ahí detrás y la vacías.

De madrugada, los camiones comenzaron a llegar. La basura que traían a primera hora correspondía, en su mayor parte, a los distritos del centro y zonas comerciales, siendo comparativamente muy preciada. Hacia el mediodía, se comenzaba a verter el género procedente de áreas residenciales y complejos de apartamentos, y en cuanto a los residuos de zonas de obras y cinturones industriales, iban llegando a lo largo de la tarde.

Con la intensa refulgencia de sus faros, los camiones trepaban lentamente la cuesta del vertedero. Los enjambres de moscas formaban cúmulos negruzcos que destacaban en las nubes de polvo. Tras verificar los códigos de distrito en la luna de uno de los camiones, el encargado vociferó algo. Uno de los trabajadores echó a correr con ligereza y, agitando los brazos al modo de un agente de tráfico, guio al conductor del vehículo al lugar donde habrían de verter su carga. «¡Dale! ¡Dale!», indicaba. El camión describió una amplia circunferencia y, en un momento dado, dio marcha atrás, se detuvo y comenzó a subir el volquete. Los trabajadores de la zona acudieron a toda carrera, como compitiendo por ver quién se acercaba más a la avalancha de basura, que ya caía. Al vertedero llegaba una sucesión ininterrumpida de camiones.

—¡Ya llegan los nuestros! —gritó Ashura a los recuperadores de su zona.

El tipo bajito y con casco que había ayudado en la construcción de la chabola echó a correr como loco hacia el camión para guiar al conductor. Seguido de un nutrido grupo de trabajadores, el vehículo giró, elevó lentamente el volquete, descargó la basura y se acercaron otros vehículos correspondientes a la misma concesión municipal. Los trabajadores llegaron a la carrera y se agruparon tan cerca del montón de basura como si se fuesen a clavar en él. Otro camión, que llegaba en aquel momento, tuvo que dar un frenazo.

—¡Que os voy a atropellar! —protestó un conductor, asomando la cabeza por la ventanilla—. ¡¿Dónde está el *encargao*?!

Apenas se plantó Ashura ante los faros del vehículo, el conductor, reconociéndolo de inmediato, le increpó:

—¡¿Qué pasa, me quieres mandar a la trena o qué?!

—¡Es verdad. Siempre se lo estoy avisando! —se excusó Ashura—. ¡No

te cabrees, anda!

—¿Sabes cuánta gente ha muerto aquí aplastada y atropellada al dar marcha atrás?! —insistió el conductor.

—¡Lo tendré en cuenta! —replicó Ashura—. ¡No se inquiete *usté!*

Hizo falta que Ashura, blandiendo un madero, echara a correr sobre los residuos, en dirección a los trabajadores, para que estos retrocedieran hasta el punto donde debían esperar.

—¿A ver, quién os ha dicho que os metáis sin esperar la señal ni nada?! —exclamó, jadeando—. ¡Si hay un accidente, nos quitan el permiso a todos! ¡¿Queréis, perder la tasa de inscripción como si nada?!

Los camiones maniobraron hacia atrás y vaciaron sus volquetes. Tras confirmar que se había descargado toda la basura de su concesión, Ashura, con un grito y moviendo el brazo igual que los oficiales del ejército al ordenar el ataque, dio la señal de comienzo y una multitud de más de cuarenta personas se abalanzó al instante sobre aquel montón de residuos que, imponente, se alzaba por encima de la estatura de una persona adulta. La madre de Ojos Saltones, novata en aquellos menesteres, se fijaba en la persona de al lado. Trastabillando brazos y piernas, y con el joven pegado a sus talones, trepó hasta el punto más alto del montón de basura. Al principio, Ashura tampoco se separaba de ellos. Adelantándose, tomó del montón un bidón de agua arrugado, que echó a la cesta de la mujer. Teniendo en cuenta las indicaciones del jefe, Ojos Saltones añadía botes de yogur, envases de productos de aseo, cuencos, fragmentos de lavabos rotos, latas y botes de aluminio, botellas de cristal y cosas por el estilo.

Casi todos los trabajadores llevaban amarrados a la frente espejos reflectantes que les permitían ganar ligereza a la hora de localizar sobre la marcha los objetos recuperables. Para la madre, por el contrario, la oscuridad se sumaba a la dificultad propia del principiante, y no faltaban los casos en que, aun después de haber usado el rastrillo, precisaba acercarse algún objeto a los ojos para saber de qué se trataba. Debido a estas dificultades, y a pesar de que Ojos Saltones recuperaba parte de lo que se le escapaba a la madre y lo echaba al cesto, no era infrecuente que otros trabajadores con más pericia se les adelantaran, llevándose piezas que por proximidad corresponderían a madre e hijo.

En un primer momento de la recuperación de basura, los trabajadores pasaban el rastrillo superficialmente. A continuación, y volviendo sobre sus pasos, removían más en detalle. Puesto que el rastreo se llevaba a cabo de la cima hacia abajo, el montículo se reducía en altura y crecía lateralmente. En una segunda batida, trepaban nuevamente y realizaban una búsqueda más minuciosa. Después, descendían por la otra cara del montículo, que sometían a un rastreo igualmente exhaustivo. En total, el trabajo llevaba en torno a diez o quince minutos por camión. Una vez retirada la primera tanda de trabajadores, entraban en juego los de la segunda partida a recoger lo que de útil hubieran dejado aquellos.

Despuntaba el día y el Sol iba tiñendo el cielo de tonos rojizos. A pesar de su aspecto cochambroso y desagradable, la basura, con sus blancos y sus negros, sus rojos, azules y amarillos, aquella acumulación multicolor, también producía a veces destellos, ofrecía, por momentos, superficies tersas. La variedad geométrica era infinita; había objetos elongados, rígidos, algunos incrustados en el conjunto, rodados otros, humeantes, los había impregnados de aromas sanguinolentos, agresivos al olfato, inductores de náusea, y todos, por encima de cualquier otra apreciación, resultaban extraños, cosas desconocidas. A pesar de tratarse de objetos cotidianos, cuando uno los miraba uno a uno, algunos de ellos, como las piernas de muñeca sueltas, producían cierto temor.

El rastrillo de Ojos Saltones se topó con un objeto que un instante antes había causado sobresalto en su madre. Desprendía un fluido y se quedó enganchado en la herramienta. No sin cierto espanto descubrió una cabeza que, a juzgar por la forma puntiaguda de sus orejas, asemejaba la de un gato. Tenía vacías las cuencas de los ojos, destacaban en su boca los caninos, y los gusanos que infestaban su vientre comenzaron a caer sobre las botas militares de Ojos Saltones. Repugnado, el muchacho lanzó el cadáver lo más lejos que pudo. Con el tiempo, sabría que estas cosas eran parte habitual del residuo que la ciudad generaba continuamente, no menos cotidianas que residuos como, por ejemplo, las latas de cola o aquellas botellas de *soju* que aparecían con colillas apagadas en su interior, llenas, a su vez, de marcas de dientes. Cosas portadoras, todas ellas, de un aura melancólica que contribuía a hacerlas aún más extrañas y temibles para el muchacho. Apenas salió el sol, y

procedentes de los cuatro puntos cardinales, se congregaron allí enjambres de moscas tan nutridos que cubrieron los montículos de basura y los cuerpos enteros de los trabajadores.

Los camiones de basura llegaban en larga comitiva y por orden de distritos. La zona de recuperación discurría en paralelo al río y abarcaba, de este a oeste, toda la orilla sur de la Isla de las Flores, una franja donde, al parecer, cabrían unos setenta campos de béisbol. Al parecer las concesiones privadas, por otra parte, ocupaban una superficie equivalente a cien estadios de béisbol. Cada zona correspondía a uno de los veintiún distritos de la ciudad y, por lo general, cada partida de trabajadores, inscritos a través del pago de la tasa de los derechos de explotación al encargado, tenía acceso a la basura de tres o cuatro zonas. Cuando habían terminado una pila, pasaban a las concesiones vecinas, dejando la anterior libre para la entrada de la segunda tanda de recuperadores. A continuación, y para culminar la fase matutina de los trabajos del vertedero, llegaban camiones cargados de tierra y cubrían la basura acumulada durante el día.

YA HABÍA TRANSCURRIDO más de un mes desde la llegada de Ojos Saltones y su madre a la Isla de las Flores. Por mucho que la mujer tratara de animar al joven, intentando convencerle de que aquello era un poblado como cualquier otro de la ciudad, se imponía la evidencia: vivían en un vertedero, en un lugar cuya esencia era recoger las cosas que la gente de la ciudad ya no quería, las cosas que, una vez usadas, cuando se cansaban de ellas o bien cuando se volvían inservibles, tiraban, y lo mismo sucedía con los residentes de aquel lugar: si estaban allí era porque la ciudad los había desechado. Eran, sin más, desechos humanos.

Desde su llegada a la Isla de las Flores, Ojos Saltones sentía nostalgia por su antiguo barrio. Extrañaba aquellas callejuelas empinadas, estrechas y que se desplegaban en todas direcciones, las tapias de cemento, pintadas de colores variopintos, donde andaba y se apareaba aquello que, más que perros, eran sucias bolas de pelo. Echaba de menos a aquellas ancianas que, con sus chaquetas de chándal raídas, con los caídos pechos medio al aire, formaban corros en plena calle y bebían *makkoli*, las briquetas de carbón a medio consumir; extrañaba hasta los envoltorios de *ramyon* que el viento arrastraba por los suelos, también el laberinto de callejuelas donde más de una vez, desorientado, emprendiera bajadas y subidas sin fin, a aquellas niñas que llevaban a la espalda bebés casi de su tamaño y cantaban asomadas a las ventanas en casas que sus padres cerraban con llave al irse al trabajo, aquellos porches, adornados de flores todos los veranos, llenos de tinajas de *doenjang*, la ropa interior tendida en los balcones y ondeando al viento, aquellas noches, las luces de las ventanas y aquella negrura del cielo, salpicada de estrellas tintineantes. Y el mercado... Ay, aquel mercado, qué hermoso resultaba ahora en su recuerdo... El mercado con sus talleres de costura, que recorría, cuesta arriba, cuesta abajo, para hacer sus recados, aquellas prendas tan untuosas y recién confeccionadas, las jóvenes que allí trabajaban, ora con la radio a todo

volumen, ora cantando a coro, con sus risas y su algazara, las empanadillas hervidas que le ponían a veces en la boca... Extrañaba aquel mercado, donde su madre colocaba su puesto callejero, aquellos tenderetes siempre surtidos de frescos productos hortícolas, impregnados aún de la humedad y la fragancia del campo, los pescados cubiertos de agua o de hielo, sus vientres tersos y brillantes. Su antiguo barrio era, en fin, un lugar rebotante de vida. Sin embargo, en el ánimo que el muchacho sentía respecto de su nuevo entorno no predominaban, precisamente, el fastidio ni el tedio, pues para él la Isla de las Flores era, sencillamente y antes que cualquier otra cosa, un nuevo mundo.

Su antiguo barrio era algo peculiar, con el mercado, aquel constante bullicio y el trasiego de gentes. Mas no por ello el joven dejaba de sentirse parte de la gran ciudad, pues eran muchas las cosas propias de esta a las que se sentía conectado, como el autobús, el metro, las torres que se alzaban al otro lado del paso elevado, cosas como los bancos, las comisarías o los cines. Así era hasta aquel día en que, de súbito, como por obra de un hechizo, como atravesando una suerte de agujero, de pozo o de viejo portón, se había visto transportado, sin más, a una dimensión donde uno esperaría encontrar espectros y toda suerte de cosas extrañas.

Lo que más le sorprendió fue acaso la acumulación de objetos. Quedó pasmado al descubrir la capacidad que tenía la gente para crear cosas, nunca se habría imaginado que ni ricos ni pobres fuesen capaces de comprar, acumular, comer, vestir y, una vez usado, tirar todo aquello. Todo le pareció, sin más, asombroso.

En un primer momento, y al desconocer el oficio, Ojos Saltones se limitaba a seguir a su madre en la primera tanda de trabajo, tal como se lo había indicado el encargado de la concesión, Ashura. Aquello generó un conflicto entre los adultos, pues los trabajadores de la segunda tanda formularon ante el jefe una queja por lo que consideraban un agravio. Una trabajadora de mediana edad llegó, incluso, a increpar y violentar a la madre del chico. A raíz del incidente, el joven pasó a la segunda tanda, donde su trabajo consistiría en recoger lo que escapaba a los trabajadores de la primera fila para, después, cargar con los objetos que su madre había recogido, llevarlos al pie del montículo de basura y, una vez allí, clasificarlos por

categorías. Cada diez o quince días, le despachaban el género recogido a los chamarileros, chatarrereros y traperos que acudían al lugar para venderlos, a su vez, a plantas de reciclaje.

Sin estar entre lo más provechoso que ofrecía el vertedero, la concesión controlada por Ashura no era, tampoco, una zona improductiva, como las de la orilla norte del río. No era ni de lo mejor ni de lo peor. Vinculada a los distritos del este y sureste de la ciudad, a esta zona de vertido concreta llegaba la basura procedente de algunos mercados y complejos de apartamentos, donde residía gente más bien acomodada, así como de complejos industriales. Las concesiones privadas, por otra parte, correspondían en su mayor parte a las zonas comerciales del centro, a la base militar estadounidense y a las fábricas del suroeste, englobando también los grandes complejos de apartamentos de clase media de la zona meridional. Algunas de dichas concesiones suscribían contratos de explotación exclusiva con empresas de nombres como Cooperación y Medio Ambiente o Central de Reciclaje y que, a través de la gestión directa de la mano de obra, se aseguraban la adquisición del residuo recuperado en aquellas zonas, que después vendían a plantas de reciclaje. Con independencia de ciertos días designados para la venta al por mayor, cotidianamente tenía lugar un goteo incesante de vehículos que se llevaban el género recuperado y adquirido al peso; entre ellos, había comerciantes de la quincalla que acudían en motos, propietarios de chatarrerías y chamarilerías privadas que llegaban al volante de pequeños camiones, así como jefes de compañías privadas, que conducían vehículos de mayor capacidad, tipo Kia Boxer o Titan. En las concesiones municipales, por su parte, la venta se realizaba directamente a las plantas de reciclaje en los días de venta al por mayor o bien, previa negociación del precio, a los propietarios de concesiones privadas.

Al parecer, el nuevo trabajo reportaba a la madre de Ojos Saltones el triple de lo que ganaba anteriormente con su puesto del mercado. Con los beneficios de su primera venta, bajó a la pequeña tienda del vertedero, ubicada al pie de la colina, para adquirir una caja de *makkoli*, cantidad suficiente para invitar a todos los adultos del poblado. Los días de venta al por mayor, cuando no tenían turno de noche, los adultos cruzaban el río y, tras quitarse la roña y dejarse la piel lustrosa en unos baños públicos de la

pequeña población que allí se extendía, acudían a divertirse a una zona de bares situada en un barrio periférico de la ciudad.

Aunque el apodo Ashura obedecía principalmente a aquella mancha cutánea de color azul oscuro que el encargado tenía en el rostro, recogía también, de alguna forma, cierta aversión que Ojos Saltones sintió hacia aquel hombre desde que se conocieron, y que, añadida a ciertas circunstancias relacionadas con su madre, contribuyó a que la relación entre los dos quedara sesgada hacia el antagonismo. Debido a la ayuda obtenida de aquel hombre, sin cuya mediación no habría sido posible para madre e hijo instalarse en la Isla de las Flores ni ganar dinero con la recuperación de basura sin necesidad de pagar la tasa de inscripción, el joven estaba obligado a rendirle obediencia, y aunque no pudiese llegar a llamarle padre, sí debía dispensarle el trato propio de un sobrino a su tío. Una madrugada, algo extraño despertó al muchacho. Notó que no era su madre quien estaba a su lado, sintió una respiración fatigosa y descubrió que, pegado a su espalda, había, efectivamente, un cuerpo pequeño. Ojos Saltones tanteó con el talón y el niño, al sentir los golpecitos, balbuceó alguna cosa sin sentido, se giró hacia el otro lado y continuó tumbado. Contrariado al no saber qué hacía allí el bueno de Trasquilón, Ojos Saltones recordó aquella insinuación tan insultante que el rufián hizo en su primer encuentro al sugerir que los dos adultos podrían acabar juntos. En aquel momento, Ojos Saltones se hizo el propósito de proteger a su madre. Presa del sobresalto, a punto estuvo de levantarse y darle su merecido a Ashura o a cualquier tipo que osara tocarla. En la penumbra, abrió una caja de utensilios de cocina que había a la entrada de la chabola y, empuñando un cuchillo, se dirigió al cuarto contiguo, delimitado por lo que, más que una puerta propiamente dicha, era un simple tablón envuelto en plástico y con un pestillo del otro lado. Desde dentro, retiró el pestillo y accedió a la estancia. Allí reinaba una oscuridad aún más densa y se arrepintió de no haberse puesto, al menos, una lámpara reflectante frontal como las que usaban en el trabajo. Al instante, se produjo un estruendo y percibió ante sí una luz intermitente.

—¿Quién anda ahí?! —oyó decir, en una voz leve y al mismo tiempo amenazante—. ¡Pero si es tu crío!

Aturdido, Ojos Saltones extendió una mano, tapó con ella la fuente de luz

que lo deslumbraba y dio un paso atrás. Desnudo totalmente, Ashura se había puesto en pie y, empuñando la linterna con una mano, extendía el otro brazo en dirección al joven como si quisiera atraparlo. Como expelido, Ojos Saltones retrocedió sobre sus pasos y salió de la chabola.

—¡Ay, mi madre...! —exclamó Ashura en la entrada, aún en paños menores y apuntando al chico con la linterna—. ¡Pues ¿no lleva un cuchillo, el mocoso este?!

—¿Quién es?! —se oyó gritar desde el interior del cobertizo.

Al oír la voz de su madre, Ojos Saltones dejó caer el cuchillo y emprendió tan desbocada carrera que no paró hasta haber dejado atrás el poblado de chabolas y verse encaramado a la colina en cuya cumbre estaba el escondrijo conocido como la Base. Allí, a mitad de la otra vertiente, en solitario y con la vista puesta en la lejana carretera ribereña, permaneció hasta el alba. Aunque no le había dado tiempo a ver con certeza si su madre y Ashura estaban haciendo aquello que se imaginaba o solo yacían desnudos y acurrucados, sí había alcanzado a confirmar que los cubría una misma manta. Llevaría media hora sentado en la Base con la mirada perdida cuando comenzó a aplacarse su furia y a disiparse su tristeza. Por entonces, y gracias a la capacidad intuitiva que sus vicisitudes le habían obligado a desarrollar, ya se había hecho una idea de algunos rasgos que definían los modos de vida de los adultos en la Isla de las Flores. Por ejemplo, los jóvenes tenían por costumbre no implicarse demasiado en los asuntos de sus padres y, como si de familias ajenas se tratase, se limitaban a reír y hacer bromas. Situaciones que, en cualquier otro barrio, habrían sido motivo de refriegas y hecho brotar caudales de sangre de alguna nariz no pasaban, allí, de un leve intercambio de improperios y risas. Entre los trabajadores de la recuperación de basura, se daba una alta proporción de adultos solteros y casas monoparentales.

También había familias convencionales, pero estas, por lo general, no vivían en la Isla, sino que alquilaban habitaciones en la otra orilla del brazo estrecho del río y trabajaban a jornada completa. En cuanto al poblado chabolista en sí, era un hervidero donde cohabitaban unas dos mil familias, seis mil personas en total, masa humana que, en la otra orilla, equivaldría a varias decenas de poblados. Muchas tardes, al caer el sol, se veían los corrillos que, con el tiempo y en torno al alcohol, se habían ido estableciendo

no solo con trabajadores de un mismo equipo, sino también de las concesiones vecinas. Las riñas no faltaban, pero solían durar poco, y también era frecuente entre los adultos establecer y romper con facilidad relaciones afectivas temporales y marcadas por la informalidad, pues muchas parejas se separaban tras unos meses de convivencia. Por su parte, los niños y los jóvenes habían construido un submundo propio y contaban con un sistema de relaciones sociales diferenciado del que regía la vida de los adultos. Se daban también, aunque en pequeño número —quizá no más de diez en todo el poblado, entre ellos Ojos Saltones y Topo— casos de muchachos que alternaban el ámbito de los niños con el de los adultos, pues desde muy pronto imitaban a estos. En la Isla de las Flores, cuando uno cumplía diecisiete o dieciocho años, ya se le consideraba un adulto a todos los efectos, y eran aquellos *hyong* los que más temor infundían a los chicos como Ojos Saltones o Topo. Lo cierto es que Ojos Saltones fue a caer en una pandilla que, en comparación con la población del lugar, resultaba escasa en integrantes, circunstancia que terminó de cortar el ya débil vínculo familiar que, a duras penas, le quedaban al joven desde que su padre se encontraba en paradero desconocido.

Despuntaba el día cuando Ojos Saltones, tras ver cómo los camiones de basura que integraban la primera comitiva del día tomaban un desvío de la carretera ribereña, cruzaban el río y se dispersaban por el vertedero, se levantó y, con ligereza, descendió la cuesta. No tenía ganas de acudir al tajo ni, menos aún, de quedarse enfurruñado en la chabola. Aquel día necesitaba dejar de lado lo humano y lo divino; era la ocasión propicia para haraganear un poco. Sin embargo, no se le ocurría ningún lugar adonde ir. Su antiguo barrio, de la ciudad de donde él y su madre habían salido, ofrecía sus parques, mercadillos, salas recreativas, bibliotecas de cómics, infinitas posibilidades, en definitiva, para matar el tiempo sin más. Sin embargo, decidió acudir al refugio que, aunque aún no le inspirase la suficiente familiaridad para considerarlo suyo, los otros chicos tenían por cuartel general. Permanecería en la Base hasta el mediodía y se incorporaría, después, al turno vespertino de trabajo. En su primera visita a la Base, que se produjo de noche y, además, guiado por aquel crío de apodo Trasquilón, había subestimado la distancia y la sencillez del sendero. Esta vez, al descender la cuesta en solitario, lo único

que alcanzaba a reconocer era el caudaloso río. Se preguntó dónde se habían metido los campos donde la primera vez recogieran los cacahuetes. Detuvo momentáneamente sus pasos, oteó los alrededores y llegó a escarbar superficialmente, sin conseguir más que un puñado de tierra. Después, sin embargo, descubrió un cauce de torrentera y hojas secas en el suelo, indicios de que se encontraba en un antiguo campo de cultivo. Continuó su camino a través de los surcos hasta que divisó unos álamos y, finalmente, llegó a un paraje arenoso poblado de eulalias y hierbas silvestres. Hacia la mitad de la cuesta, encontró aquella empalizada de escasa altura. Había llegado a la Base. Hurgó en la tierra hasta encontrar la cuerda, tiró de un cabo, alzando el toldo, sacudió la tierra que cubría el vinilo y, al modo de un dueño que entra en su propiedad, tomó asiento en el interior. El mundo, allí, quedaba reducido al trozo de paisaje que tenía por marco los dos fragmentos de muro perpendiculares entre sí. Hacia el confín de Levante, despuntaba ya el día. El cauce del río, que durante la noche ofrecía una superficie negruzca, se iba aclarando, y en un complejo de apartamentos, en un lugar remoto del otro lado del río, las luces tintineaban, desaparecían poco a poco como si el vacío las fuese engullendo. El sol alumbraba cada vez más y, de súbito, se habían difuminado los faros de los coches que circulaban por la carretera de la ribera opuesta del río. De pronto, alguien le gritó:

—¡Eh, *hyong*!

Trasquilón acababa de irrumpir en la panorámica delimitada por los dos fragmentos de muro.

—¡Sabía que te encontraría aquí! —continuó, riendo entre dientes.

—¿Desde cuándo soy yo tu *hyong*, gañán? —replicó Ojos Saltones, en tono indiferente.

—Te dije que se enrollarían tu madre y mi padre —dijo Trasquilón—. ¿Te lo dije o no?

—¿Y solo por eso ya soy tu *hyong*? —replicó Ojos Saltones, riendo. Extrañamente, no sentía enojo hacia Trasquilón.

—Bueno, suena mejor *hyong* que Ojos Saltones, ¿no? —adujo Trasquilón, que añadió después—: Mi padre me ha mandado a por ti.

TODO EL MUNDO estaba ya enfrascado en la tarea de arañar dinero de los montones de basura. A Ojos Saltones se le había pasado el arrebató, pero decidió seguir mostrándose indignado por fuera durante unos días. En un lugar como aquel, sin direcciones ni números de casa, donde todo era una acumulación de desechos en general, sin distinción entre personas y objetos, ceder a la indignación porque su madre se hubiese amancebado con un hombre distinto de su padre no tenía demasiado sentido. Y es que el lugar transmitía la sensación de no tener otro horizonte que el de una planta de reciclaje, cosa que se aplicaba no solo a los objetos, sino también a las personas.

El Sol había alcanzado el punto más alto de su trayectoria y sus rayos tintineaban en las aguas del río. Trasquilón y Ojos Saltones se abandonaron a una prolongada contemplación del paisaje. A esa hora del día, era habitual que les entrase el gusanillo y hurgaban en la basura buscando algo de comer o de beber. Lo solían detectar por el olfato, y si aparecía un yogur o algún zumo, tomaban unos sorbos que completaban después con algún bocado, ya fuese alguna pieza de fruta, ya de bollería industrial caducada. No desayunaban sino hasta después de las nueve, ya de regreso en la chabola, finalizada la fase matutina del trabajo. Tras la marcha de los camiones procedentes del centro de la ciudad y zonas comerciales, otros vehículos procedían a cubrir de tierra los montones de basura y la siguiente tanda, correspondiente a los complejos de apartamentos, llegaba al mediodía. Aquella franja horaria la dedicaban los trabajadores a clasificar el género recuperado por la mañana y a atender cosas cotidianas. También aprovechaban para descender al pie de la colina donde se asentaba el poblado de chabolas para abastecerse en la pequeña tienda de ultramarinos, o recogían agua de los camiones cisterna, que acudían dos veces al día. La colada, por su parte, se hacía en la otra orilla, lejos del vertedero. También cruzaban, de vez en cuando, a la pequeña población que se extendía al otro lado del brazo estrecho del río. Después solían comer algo, y del mediodía al ocaso no podían salir del vertedero. A última hora de la tarde, llegaba la basura procedente de las zonas residenciales de la ciudad; terminada esta fase, hacia el ocaso, había otro momento tan provechoso, en lo que a calidad del género se refiere, como las horas de la madrugada. Los adultos apenas disponían de

tiempo para cocinar y atender las cosas de la casa; los niños siempre andaban con hambre. Los que tenían padres aún podían comer algo a lo largo de la mañana, cuando había hueco, pero de cara a la cena la solución más común consistía en pescar alguna sobra arrimándose a los corros que los adultos, en torno al alcohol, formaban tras la jornada vespertina. Por otra parte, también los niños y adolescentes del lugar se agrupaban a veces en alguna chabola, o en cualquier parte de la Isla de las Flores, para cocinar comida recuperada del vertedero por los adultos. Aunque la mayor parte eran conservas caducadas, salchichas y jamón york envasados en plástico, pescado desechado en las lonjas y cosas por el estilo, las intoxicaciones y dolencias digestivas eran infrecuentes tanto en los muchachos como en los adultos. Más comunes eran los casos de diarrea, pero de ello no se hablaba toda vez que el estado del propio estómago no estaba entre los temas de conversación habituales.

—¿No tienes hambre? —preguntó Trasquilón.

Ojos Saltones fingió no oírlo; quería quedarse más tiempo en la Base.

Trasquilón, entonces, sacó un paquete de plástico completamente arrugado y desgarrado por una esquina, que resultó contener salchichas, grandes como los dedos de un adulto y algunas ya mordisqueadas.

—Huele bien —dijo Trasquilón, acercándose a la nariz la salchicha que quedaba más cerca de la abertura.

Quitó el polvo que cubría un lado de la salchicha, escupió el primer bocado y comenzó a dar cuenta de ella. Tampoco tardó Ojos Saltones en meter la mano en el envoltorio y servirse, cosa que antes de llegar a la Isla nunca habría hecho. En su antiguo barrio no solo se habría abstenido, incluso, de pensar en comerse una cosa así, sino que, quizá, tampoco habría permitido que otra persona engullera por las buenas un alimento tan mugroso, probablemente lleno de conservantes y desechado tras pasar un tiempo en un rincón de alguna nevera.

—No están tan mal —comentó.

Cada uno se sirvió cinco unidades.

—Oye, tengo una curiosidad —dijo después Ojos Saltones—. Eso del destello azul que solo ves tú, ¿de qué va?

—Solo te lo he contado a ti —dijo, con un súbito encogimiento de su cuerpo y mirando con preocupación hacia los lados—. Nadie más lo sabe.

—A ver, tío —insistió Ojos Saltones—, te he preguntado qué es.

—Ni idea —explicó Trasquilón—, solo sé que andan por ahí de noche y se parecen a nosotros.

—O sea, fantasmas, ¿no?

—No dan miedo. Los hay mayores y niños. Hay hombres y mujeres.

Aquellas palabras de Trasquilón pusieron a Ojos Saltones en una especie de alerta. Fue como si, de pronto, comprendiera que lo de los destellos azules no era un juego de niños. Desvió bruscamente la conversación para dejar un tema tan inquietante:

—Y aquí, a la Base, ¿cuánta gente viene?

—Seremos media docena contándome a mí. Solo puede venir uno con el permiso del jefe —dijo Trasquilón, enderezando la espalda con cierto aire de vanidad.

—Entonces, yo aún no puedo estar aquí —dijo Ojos Saltones, a quien la situación causaba cierta gracia.

—No lo sé yo tampoco —explicó Trasquilón—. Te tiene que dar el permiso Topo, el jefe.

—Y el Topo ese —preguntó Ojos Saltones—, ¿es mayor que yo o qué? Y ¿pelea bien?

—Creo que eres más alto tú, pero él está muy fuerte.

—Y tú ¿dónde andas siempre zascandileando? —interrogó entonces Ojos Saltones, cuya curiosidad era demasiado grande para aplacarse así como así.

Y es que, a pesar de vivir en chabolas contiguas, Ojos Saltones no veía mucho a Trasquilón durante el día. El muchacho no solía aparecer ni siquiera a la hora de comer y Ojos Saltones estaba lleno de curiosidad hacia él. Transcurrida una semana de su llegada al lugar, la madre de Ojos Saltones había empezado a cocinar todos los días en casa de Ashura y comían los cuatro juntos en torno a una bandeja de alpaca. Ante la continua incomparecencia de Trasquilón, la madre, a veces, preguntaba por él a Ashura, pero este no solía responder. Hasta que un día, ante la pregunta, frunció el ceño y, con la vista clavada en Ojos Saltones, sentenció: «Aquí no hay un solo crío que haga caso a sus padres».

Ojos Saltones reanudó la ronda de preguntas:

—Oye, y aquí, ¿no hay escuela?

—¿Escuela? —replicó Trasquilón, con entusiasmo en la voz—. Sí, aquí también hay de eso. Yo puedo ir siempre que quiera. Hoy no, hoy me quedo contigo, ¡ji, ji!

—¿Y lo mismo los demás?

—Sí, todos. Entre la tienda y el río hay una iglesia, que es la escuela de aquí.

—Claro, y tú siempre vas allí, ¿no? —prosiguió Ojos Saltones, imprimiendo a su voz la modulación ligeramente guasona propia de quien no termina de creer lo que le están contando.

—No —respondió Trasquilón, en tono diligente—, hay otro sitio aparte, donde voy solo yo, la casa de Flaquita.

—¿Flaquita? ¿Quién es esa...?

—Vente y la verás —propuso Trasquilón—. Te llevo si me prometes que no se lo cuentas a nadie.

La propuesta hizo saltar de un respingo a Ojos Saltones, para quien estar allí sentado con el bueno de Trasquilón y sin hacer nada empezaba a resultarle tedioso. Con su presteza habitual, Trasquilón echó a andar y, seguido por Ojos Saltones, emprendió la cuesta. En lo alto del montículo, y tras girar un momento la vista hacia Ojos Saltones, el pequeño tomó el rumbo contrario al del poblado de chabolas. Atravesaron un paraje silvestre donde predominaban los tréboles, los almoredos y eulalias de considerable altura y salpicado, aquí y allá, de acumulaciones de chatarra y escombros. Aquel sendero, que conducía al confín noroccidental de la Isla de las Flores, ofrecía una panorámica del brazo estrecho del río, donde se divisaban varias chozas de campesinos y viviendas construidas con bloques de hormigón, además de algún invernadero.

Aún iban atravesando unas plantaciones de lechugas para aproximarse a una vivienda cuando, procedente de esta, se oyó una gran algarabía de ladridos. Transcurridos unos instantes, Ojos Saltones identificó varios ladridos distintos que se hacían oír a intervalos irregulares. La puerta, que asemejaba una caja cuadrada, se abrió hacia fuera y asomó, de cintura para arriba, una mujer de cabellos sumamente desordenados.

—¡Chicos, ha venido el tío! —exclamó, al ver llegar a Trasquilón, la mujer, de unos treinta y tantos años y ataviada con un forro polar azul y un

pintoresco pantalón de horticultora de aparatosos motivos florales.

Su cabello era corto y crespo cual el de una anciana, pero tan descuidado que recordaba esas escenas de los dibujos animados en que un personaje recibe una descarga eléctrica y se le erizan los pelos. En un brazo sostenía a un perrito no mayor que un puño y muy flaco que recibió a la visita entre gruñidos y ladridos tan agudos y aparatosos que parecía comprometida la integridad de sus cuerdas vocales. Unos diez canes más había en el interior de la vivienda, todos de pequeño tamaño, y de lo impetuoso de sus ladridos parecía que se iban a caer de espaldas.

—Hala, adentro —instó la mujer a Trasquilón y Ojos Saltones—. A ver si cerrando la puerta se callan.

Una vez dentro, Trasquilón se puso a acariciar a todos los perritos, uno a uno, y acercó una mano al hocico de la perra que la mujer tenía en brazos, la cual, para sorpresa de Ojos Saltones, no hizo más que lamerla. La algarabía de ladridos pronto se disipó.

—No os quedéis de pie —dijo la mujer. Y, dirigiéndose a Trasquilón, preguntó—: Oye, ¿quién es tu amigo?

—Es mi *hyong* —respondió Trasquilón.

—¿Sí? No sabía que tuvieras un hermano.

—Me cayó de un camión de basura, ji, ji —bromeó Trasquilón.

—Lo que no caiga de ahí... —comentó la mujer, también entre risas y adoptando su rostro una expresión que parecía expresar conformidad con la visita de Ojos Saltones.

Trasquilón, entonces, tomó a la perrita de los brazos de la mujer y se la puso en el regazo. Sin otro propósito que mostrarse cortés con la dueña de la casa, Ojos Saltones extendió el brazo en actitud de acariciar al can, que, con un movimiento rápido, casi imperceptible y acompañado de gruñidos, mordió la mano del joven.

Fruto del sobresalto y también, en parte, del dolor, Ojos Saltones dejó escapar un grito y se puso en pie como un resorte. Alarmados, todos los perros de la estancia dieron un paso atrás. Lomos arqueados, colas entre las patas, empezaron a ladrar con fiereza.

—¡Flaquita, no hagas eso! —reprimió Trasquilón a la perra, sujetándola del cogote y zarandeándola.

Meneando la cola, la tal Flaquita ocultó la cabeza entre las piernas de Trasquilón. De haber ocurrido en la calle, aquella descarada habría recibido un buen puntapié y rodado por el suelo... Lo cierto es que Flaquita se sosegó enseguida y, por curioso que parezca, todos los perros se calmaron también al instante.

—Aquí Flaquita es la jefa, ji, ji —comentó Trasquilón, acariciando de manera prolongada el vientre de la perra.

—Es la mayor —agregó la mujer— y la que más tiempo lleva en casa.

Acaso consciente de que hablaban de ella, Flaquita levantó la vista y la fijó en la mujer. Ojos Saltones ya comprendió por qué Trasquilón llamaba a aquel lugar «la casa de Flaquita» y supo también que, además de tener edades que, a escala canina, rebasaban los sesenta años humanos, todos los perros que allí vivían presentaban algún achaque. La veterana rondaba los catorce años y, a diferencia de los demás, muy mezclados, era una chihuahua pura. Los chuchos en cuestión eran de lo más variopinto; los había de pelaje largo, corto, rizado, blanco, negro, pardo, a rayas, a lunares; unos eran patilargos, otros paticortos, los había de hocico afilado, romo. Los había lisiados de las patas delanteras, tullidos de las traseras, con las patas delanteras curvadas, uno tuerto, a otro le faltaba media oreja. A todos, en fin, les ocurría algo.

—Llega a tiempo el tío Trasquilón —comentó la mujer, como dirigiéndose a Flaquita—. Justo a la hora de comer.

Tomó de una alacena platos y otros recipientes destinados a la comida de los canes, entre ellos tapas de jarras de cerámica, algún perol, platos mellados de alpaca, de porcelana otros, soportes de macetas en plástico, los llevó a un espacio estrecho y cubierto de papel de vinilo que hacía las veces de pasillo, además de cocina y sala de estar, y allí, en hilera y pegados a la pared, los dispuso. A rastras, Trasquilón acercó las bolsas de comida para perros y, sirviéndose de una palangana, lo repartió entre los recipientes allí alineados. Apenas caía el alimento, los perros se agolpaban. Solo la privilegiada de Flaquita contaba con un plato en condiciones, de los de acero inoxidable que se usan propiamente para la comida de perros. En él pusieron un buen puñado de arroz con atún de lata, del que la perrita comió apenas unos bocados antes de retirarse. Trasquilón, entonces, reveló el motivo del trato de favor que dispensaban a Flaquita:

—Es que ya es anciana y está malita. Fíjate, sirviéndole así la comida y casi ni la prueba.

Nada, a excepción del leve runrún de las bocas al masticar y de los recipientes al dar ligeros golpecitos contra el suelo, rompía la calma reinante. De pronto, se oyeron ladridos procedentes del patio y correspondientes a varios canes.

—A esos también hay que darles de comer... —dijo la mujer, acercándose a la ventana.

A Ojos Saltones, que también se asomó, le pareció que había también más perros en un invernadero ubicado a un lado del patio.

—Anoche vi a los Kim de lejos —dijo entonces la mujer, girándose hacia Trasquilón.

—Yo también los vi el otro día en la garganta —ahondó Trasquilón—. Pero a mí nunca me dicen nada.

—Pero si se te aparecen —opuso la mujer— es porque te aprecian, tío Trasquilón.

Según iban vaciando sus respectivos recipientes, los perros acercaban el hocico a los contiguos. No tardó el lugar en quedar convertido en un ajetreo de gruñidos y canes revolcándose por el suelo en actitud indolente.

A diferencia de los animales sanos y robustos, aquellos perros, al desplazarse, se arrastraban, cojeaban o daban saltitos. Cuando algunos de ellos comenzaron a lamer el plato de Flaquita y dar cuenta de su comida, la perra se limitó a girarse y hundir la cabeza nuevamente en la ingle de Trasquilón. Dio un suspiro prolongado, más propio de una anciana humana que de una pequeña perrita como ella, y fijó en Ojos Saltones su sanguinolenta mirada.

—¿De dónde han salido todos estos perros? —preguntó Ojos Saltones, dirigiéndose a la mujer por primera vez.

No creía que aquellos chuchos procedieran de ningún intercambio monetario. Sin responder palabra, la mujer miró a Trasquilón y ambos rieron.

—El viejo chatarrero colecciona de todo, ji, ji —dijo Trasquilón.

—A estos también los ha tirado la gente, como la basura —comentó la mujer.

Según le contaron, habían comenzado por adoptar a un par de perros

abandonados o perdidos. Posteriormente, los residentes de una zona que se recalificó tuvieron que abandonar sus casas y abandonaron a numerosos canes. Así se fue formando la jauría.

Como también había que dar de comer a los perros que estaban fuera, Trasquilón y Ojos Saltones salieron al patio. La mujer retiró la tapa de un hornillo que reposaba sobre un fogón.

—Aquí hay arroz que ha sobrado... —exclamó, escudriñando el interior del hornillo.

Al parecer, el padre de aquella mujer, a quien llamaban «el abuelo chatarrero», se acercaba asiduamente a la ciudad y conseguía arroz sobrante de las casas de comidas. La mujer trajo varios cartones y encendió el fogón, hecho con un bidón de lata. Sobresaltados con el ruido, los perros, que trajinaban por el patio, comenzaron a ladrar con estruendo. Al abrir Trasquilón la puerta del invernadero y cruzar el umbral, los canes gruñeron, aullaron, ladraron, movieron impetuosamente la cola y acudieron a la carrera. Tres o cuatro de ellos se acercaron a Ojos Saltones, trepaban para apoyarse en su cintura, daban saltitos y le lamían las manos. Habría en total unos treinta, y al igual que los perros viejos y enfermos del interior de la casa, todos eran de razas y tamaños distintos, algunos de buena talla. La mujer agregó pienso a la masa glutinosa que se estaba hirviendo en el hornillo, removiéndola y, sirviéndose de un cuenco, la fue repartiendo. Trasquilón y Ojos Saltones las llevaron al interior de la vivienda, donde las dispusieron en fila para que los perros dieran cuenta de aquella sopa caliente.

Ojos Saltones y Trasquilón se quedaron zascandileando hasta la noche en la casa de Flaquita y en el descampado contiguo, donde estaba acumulada y clasificada la chatarra que acopiaba el anciano. Había neveras, lavadoras y electrodomésticos varios apilados en montones distintos, además de televisores y ordenadores colocados en capas, como si de una suerte de edificio se tratara. También, dispersos por el taller donde se llevaba a cabo el desmontaje, había trozos de cristal roto, planchas de hierro, botellas de vidrio de cerveza y de *soju*, de cola y de gaseosa, en cajas, igualmente acumuladas, así como cartones desmontados y amarrados en manojos como el papel. Los objetos pequeños de plástico estaban en bidones o baldes; los grandes, atados en paquetes y clasificados por tamaños. El anciano chatarrero llegó a última

hora de la tarde y al volante de un pequeño camión, donde llevaba la chatarra amarrada en un paquete que superaba la altura de una persona adulta. Ojos Saltones vio descender del vehículo a un hombre sexagenario, de barba blanca y no muy alto.

El viejo adquiría el género de chatarrerías similares a la suya o bien directamente a los propietarios de concesiones privadas y la vendía, a su vez, a plantas de reciclaje. Los electrodomésticos los desmontaba directamente para vender las piezas, tarea que llevaba a cabo cada pocos días, durante la tarde y con la ayuda de otros ancianos y mujeres del lugar que disponían de tiempo libre.

Aquel día, Ojos Saltones comenzó a albergar un discreto sentimiento de respeto y reconocimiento hacia Trasquilón. En la Isla de las Flores, la vida de un muchacho cualquiera, ya de por sí, valía menos que la chatarra, pero si además uno hablaba de forma peculiar y estaba limitado en lo intelectual, como Trasquilón, la dificultad para integrarse era aún mayor. Desde la madrugada hasta las horas del ocaso, los adultos no tenían tiempo ni de pestañear; para ellos, la presencia de los niños y adolescentes no suponía más que un obstáculo para el trabajo. Bajo la apariencia atolondrada y dispersa de Trasquilón, Ojos Saltones creía vislumbrar, por momentos, esbozos de una persona más avispada e interesante de lo que revelaba a primera vista. Era a través de aquel chico como había conocido tanto la Base, un lugar que, aunque curioso, no dejaba, en el fondo, de ser un escondrijo como los que pueden tener los chicos de un barrio cualquiera, como la casa de Flaquita, lugar que, por las cosas que tuvo la oportunidad de conocer allí, le había causado auténtico pasmo. Y es que aquella casa encerraba mucho más que los invernaderos y el pequeño taller de chatarrería del patio trasero. La vivienda marcaba el comienzo de una zona que se extendía hasta el vértice oeste del triángulo que formaba la Isla de las Flores, un paraje lleno de sauces, olmos, moreras, lespedezas, rosas blancas y plantas de todos los tamaños, que conformaban un bosque. Hacia la ribera, por otra parte, se extendía una espesura de eulalias, espadañas y juncos que rebasaban la altura de los chicos.

Con un ligero movimiento de los ojos hacia un lado, y en un tono de voz más bajo del habitual, Trasquilón propuso a Ojos Saltones que algún día se

aventurasen juntos al bosque, donde se supone que estaba el paraje al que llamaban «la garganta». Ojos Saltones, que ya andaba algo inquieto por llevar toda la tarde holgazaneando en aquel lugar, se sintió agitado.

—Oye, hay que volver al barrio —dijo—. Nos estarán buscando.

—Bah —opuso Trasquilón—, hasta que se ponga el sol no hay prisa. Pero bueno, si quieres nos vamos ya a casa.

Con el pretexto de despedirse de la señora, Trasquilón entró en la casa nuevamente y Ojos Saltones, sin más remedio, lo siguió. De pronto, oyeron una música muy leve. A continuación, vieron que la mujer, encorvada de hombros y ciñéndose el pecho con los brazos cruzados, empezaba a temblar con virulencia. De forma un tanto apremiada y exhaustiva, como si buscara algo, Trasquilón escudriñó el lugar.

—Ahí, en la habitación —dijo la mujer, con los dientes apretados y señalando con un movimiento de quijada.

Ojos Saltones desconocía por completo la letra de aquella canción, pero la tonada en sí le resultaba muy familiar. Decía algo así como: «Avaricioso, zoquete, ya ha salido el sol y duermes aún, levántate ya, ding-dong-deng, ding-dong-deng...». De súbito, la mujer, con las piernas extendidas, se desplomó hacia atrás. Tendida en el suelo, brazos en cruz, piernas batiendo el aire, forcejeó. Sus ojos, en blanco, parecían vueltos del revés y de la boca le manaba espuma como si fuera un perro rabioso, como agua hirviendo al desbordar una olla. A toda carrera, Trasquilón se adentró en la estancia y, de algún modo que Ojos Saltones no llegó a ver, hizo que parase aquella música de despertador. Mas la mujer siguió tendida y pateando el suelo de la estancia. Forcejeaba como si estuviese librando una contienda. Espantado, Ojos Saltones se precipitó hacia el umbral y, en previsión de una necesaria escapada, tomó en sus manos los zapatos.

—¿Qué demonios le pasa?! —exclamó.

Trasquilón, antes de responder, plegó un cojín en dos, lo colocó bajo el cuello de la mujer y permaneció unos instantes en silencio, como cuidándola con la mirada.

—Es que es su hora, ji, ji —contestó finalmente Trasquilón, a quien lo sucedido no parecía infundirle el menor sobresalto. A juzgar por lo impertérrito e indiferente de su risita, parecía, por el contrario, familiarizado

con aquella situación.

Al cabo de un tiempo indeterminado para Ojos Saltones, la mujer, con el rostro descolocado, se levantó y dirigió a los dos jóvenes una mirada penetrante, como si fuese la primera vez que los veía.

—Hoy ha venido temprano —comentó Trasquilón, en tono compuesto.

Estupefacto, Ojos Saltones no hacía más que mirar ora a Trasquilón, ora a la mujer. Esta pareció reconocer a Trasquilón solo entonces:

—Tú... Eres el tío de Flaquita... pero este, ¿quién es?

—Ya te he dicho que es mi *hyong*. Cayó de un camión de basura. Y usted, ¿quién es?

—Soy la anciana del sauce, del sauce de la garganta...

—¿Cómo va a ser una abuela tan joven? —replicó Trasquilón.

—Soy una solterona vieja. Me llaman abuela por mi edad.

—Y, ¿qué la trae por esta casa?

—Es que he poseído el cuerpo de esta mujer. Me ha pedido que venga en su ayuda, que tiene muchas penas.

Trasquilón dialogaba como si nada con aquella mujer, cuya voz y expresión facial se habían transformado de un modo drástico y quien, tras cubrirse la cabeza con la capucha del forro polar azul, se dirigió a la puerta, seguida de Trasquilón y Ojos Saltones. Al reparar en su presencia, el abuelo chatarrero, que se encontraba ordenando sus bártulos en el patio, se quitó los guantes de algodón y se acercó a ellos.

—Vaya, le ha vuelto a dar la locura —dijo el anciano, acariciando el rostro de su hija y levantando sus pestañas—. Hacía mucho...

La mujer no apartó la mano del viejo y permaneció en actitud apacible y compuesta.

—Voy al pueblo por cosas para hacerte de comer —le dijo.

—No, no te vayas de aquí —replicó el anciano—. Quédate jugando con los niños y los perros.

Como si no hubiese oído las palabras de su padre, y agitando los brazos con amplios movimientos, la hija enfiló hacia la foresta. Trasquilón y Ojos Saltones la siguieron y también el viejo chatarrero se unió a la comitiva.

—No les dejes ir muy lejos —dijo el anciano—. Te los traes a casa antes de que anochezca.

Sorteando hierbas y espigas de distintas especies que rozaban las rodillas, se abrieron paso a través de la maleza. Al llegar a un paraje donde las eulalias les superaban en altura, Ojos Saltones se detuvo. La mujer avanzaba apartando las hierbas sin más. Trasquilón, como siempre, la seguía.

—Oye, ¿adónde va esta señora? —preguntó Ojos Saltones.

—A la garganta de los rápidos —respondió Trasquilón, echando la vista atrás—. Allí no llega cualquiera.

Aunque no lo reveló, al joven las eulalias y espigas le golpeaban frecuentemente el rostro mientras trataba de apartarlas y alguna, incluso, se metía en sus ojos saltones. Empezaron a aparecer árboles de gran porte y, en muchos puntos, asomaban parches de arena bajo las sombras del bosque. Rodeado de árboles, se erigía un pabellón a medio derruir. Las hojas de la puerta se habían caído y, bajo las desprendidas tejas, se extendía un montículo de tierra densamente cubierto por tallos de sorgo. A un lado del palacete vieron un árbol muerto, desparramadas sus ramas en todas direcciones, tronco de gran diámetro, pero que probablemente no había sido demasiado alto. En el grueso tocón quedaban unas cuantas ramas alargadas y blanduzcas, con agujeros de podredumbre y a las que seguían aferradas algunas hojitas verdes. Según les refirió más adelante el abuelo chatarrero, aquel santuario era el lugar de adoración de la Isla de las Flores y lo que quedaba de aquel sauce, de varios siglos de antigüedad, era el árbol sagrado del lugar. Al parecer, en tiempos pasados aquel conjunto acogía rituales chamánicos que llevaban a cabo los habitantes de la aldea que allí existía, y tras cuya desaparición el lugar quedó en ruinas. Así fue, en cualquier caso, como Ojos Saltones descubrió el lugar que llamaban la garganta y que para él resultaría aún más interesante que la Base para acudir al caer la tarde. Al ocaso, aquel promontorio, que delimitaba la Isla por su lado de poniente, ofrecía hermosas vistas del río.

Con las manos juntas y frotándoselas en actitud de ofrenda, la mujer comenzó a dar vueltas al santuario, recogiendo, a su paso, tablas desprendidas y colocándolas diligentemente en su lugar.

—Ruego, oh, que la familia no se disperse y permanezca siempre unida... —murmuró la mamá de Flaquita, como Trasquilón apodaba a aquella mujer, entre otras frases indescifrables, y sin dejar de caminar en torno al santuario.

Tomando en su mano una tabla que había rodado al costado de una roca, lo acarició repetidamente y, lanzándola a la frondosidad de las eulalias circundantes, prosiguió:

—Dadme fuerza, oh, para los cabezas de familia, para que toda la familia esté fuerte y resista.

Trasquilón seguía a la mujer como un patito a su madre. Ojos Saltones se separó del grupo y, acercándose al santuario, comenzó a contemplarlo. Se fijó en el *maru*, en las tejas diseminadas por el suelo, en las piedras que trazaban un camino, en las rocas, de donde sobresalían profusas matas de betiguera. Salpicaban el paraje florecillas azules que habían brotado por doquier sobre los parches de arena, matas de ajeno y cenizo. Ojos Saltones observaba el conjunto con detenimiento. De pronto la mujer, de espaldas a la puesta de sol, se había vuelto una negra sombra.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó a Trasquilón.

—La abuela de la garganta, ji, ji.

—Oye, recuerda que hay que llevarla a casa antes de que oscurezca —avisó, imperturbable, Ojos Saltones.

Internamente, Ojos Saltones se dijo que la tal mamá de Flaquita era una persona perturbada e inestable. Los dos chicos tomaron a la mujer de las manos y retornaron a casa del abuelo chatarrero, que esperaba. El anciano puso su mano en el hombro de su hija y ambos, suscitando una gran algarabía en la canina prole, entraron en casa. Cuando quisieron darse cuenta, había caído la tarde y el lugar estaba envuelto en la penumbra.

—Al final va a haber que llamar a una chamana para que la trate —masculó el anciano.

—Pero si no está enferma ni nada —replicó Trasquilón.

—Me preocupa que salga de la casa y se vaya por ahí como hacía antes. —Y añadió—: Cuando yo me voy a trabajar, se queda sola. No estaría mal que vinierais vosotros de cuando en cuando.

Como volviendo en sí de pronto, la mujer se incorporó y comenzó a preparar la cena; los chicos pusieron rumbo a los campos, inmersos ya en la penumbra.

A esas horas, Ojos Saltones se había convertido en la persona más cercana a Trasquilón de todo el mundo. A diferencia de la Base, lugar muy

frecuentado por los chicos de la Isla, conocer la casa de Flaquita, y más aún de la forma tan cercana en que lo había hecho Ojos Saltones, había constituido todo un privilegio. Los dos chicos se encaminaron a un paraje que el vertedero aún no había llegado a engullir, más allá de los surcos y las tierras abandonadas por los agricultores que moraban en las orillas del brazo estrecho del río, en dirección a la zona del basurero que quedaba en la parte Este de la isla.

—No le vayas a contar a nadie que hemos venido aquí —le dijo Trasquilón en un tono lo suficientemente firme y resuelto para que Ojos Saltones adoptara cierta actitud de acatamiento.

—Vale —convino—, alto secreto.

Juzgando inapropiado preguntarle directamente a Trasquilón por las dudas que, al respecto de todo aquello, albergaba aún, Ojos Saltones optó por plantear la cuestión con un rodeo:

—Oye, por un casual, eso del destello azul ¿tiene que ver con lo de la familia Kim?

—¡Chis! —mandó callar Trasquilón, en voz muy baja y escudriñando en actitud de alerta el lugar, que comenzaba a oscurecerse—. Podrían estar por aquí...

—Entonces —insistió Ojos Saltones—, ¿se supone que a la dueña de Flaquita a veces le entra en el cuerpo el espíritu ese del sauce?

—Pues claro, eso es... —confirmó Trasquilón.

No podía, aunque lo pensara, decirles que habían perdido el juicio. Lo cierto es que aquel había sido para él el día más interesante desde su llegada a la Isla de las Flores. Por algún motivo, los secretos que Trasquilón y él compartían desde aquel día le daban cierta sensación de seguridad y alivio. En su nuevo estado de ánimo, predominaba una sensación que se apoyaba en la idea de haber descubierto un nuevo mundo, y ello le quitaba toda su importancia al hecho de que su madre se hubiera amancebado con un tío.

Estaban llegando al final del campo de cacahuetes cuando de pronto, como en un respingo, algo surgió de la oscuridad.

—¡Eh, Trasquilón! —dijo alguien.

Sobresaltado al oír su nombre, el chiquillo estaba a punto de echar a correr cuando, también a la carrera, llegaron dos muchachos y, tras tumbar por tierra

a Trasquilón, lo inmovilizaron. Bloqueaba su camino un tercer chico, de mayor estatura que los otros dos agresores pero una cabeza más bajo que Ojos Saltones, quien, plantado ante él, dudaba si intervenir o no.

—Tú debes de ser el nuevo —le dijo aquel crío, que correspondía a la descripción del tal Topo, por lo que Ojos Saltones se propuso afianzar su posición ante él desde el principio no dejándose amedrentar.

—Me llamo Ojos Saltones. *Pa* lo que se ofrezca.

Su apodo suscitó risas en los otros dos críos. Topo, por el contrario, arrugó el gesto.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis he hecho ahora —respondió Ojos Saltones, manteniendo la firmeza del tono y añadiéndose dos años, tal como hiciera en su antiguo barrio para equipararse a sus *hyong*.

—Trabaja en la zona de mi padre —dijo, desde el suelo, Trasquilón.

—De acuerdo —dijo Topo, como aliviado—. Bueno, como yo llegué aquí antes que tú, me tratas de *hyong*, ¿estamos? Por cierto, ¿es verdad que este y tú habéis estado entrando en la Base como Pedro por su casa?

Ojos Saltones comprendió entonces por qué los chicos que iban con Topo habían caído sobre Trasquilón nada más verlo; alguno de aquellos los había visto por la Base. Por otra parte, pensó que no había motivo alguno para llevarse mal con Topo.

Sonriendo, dijo:

—Fuimos a ver si te encontrábamos allí. Trasquilón me había hablado de vosotros.

—Y, ¿para qué?

—¿Qué pasa, no podemos ser amigos? —replicó Ojos Saltones, tendiendo la mano al modo de los adultos.

—Vaya, qué enternecedor —dijo Topo, girando la cabeza y esbozando media sonrisita.

Topo no tardó en soltar la mano de Ojos Saltones, que había estrechado con tibieza en un saludo que suscitó un repentino y drástico cambio de ambiente en el grupo. Con Topo al frente de la marcha, todos pusieron rumbo a lo alto del promontorio donde se ubicaba la Base. Al caminar, se iban adelantando unos a otros.

Nada más llegar al cuartel, desplegaron el toldo y los acompañantes de Topo dejaron sobre el escritorio sendas bolsas de plástico que acarreaban. Topo encendió dos velas y se acucilló.

—Aquí por las mañanas, con el rocío, se nos va a empapar el culo — observó—. Va a haber que poner un poste y montar un tejadillo.

Dicho esto, Topo procedió a abrir las bolsas, que contenían alimentos. Probablemente, ya había planeado cenar con los chicos. Sin que nadie se lo pidiera, los acompañantes de Topo descendieron rumbo al río con latas vacías. En un hornillo improvisado con una lata de aceite cortada por la mitad, Trasquilón echó fragmentos de cajas de cartón y comenzó a preparar una fogata. Ojos Saltones estaba sentado aparte del grupo, circunstancia que resultaba algo embarazosa.

—Oye, Ojos Saltones —le dijo Topo—. Te llamas así, ¿no? ¿Tú podrías hacernos un tejadillo aquí en la Base?

—Yo también había pensado que no vendría mal un techo. Si me ayudas, lo monto enseguida, mañana o pasado.

—Oye, tío, yo soy una persona ocupada —protestó Topo—. Trabajo en una concesión privada, ¿sabes? —Y añadió—: Yo te traigo los palos, eso sí, y todo lo necesario; a ver si entre Trasquilón y tú apañáis un tejado chulo.

A su vuelta del río, los acompañantes de Topo traían las latas llenas de agua además de dos peces recuperados de la basura procedente de una lonja, que cortaron en dos y comenzaron a limpiar. En el tiempo que llevaba en la Isla, Ojos Saltones se había habituado a ver este tipo de cosas, y a pesar de tratarse de alimentos que estaban a punto de echarse a perder o que sobrepasaban ligeramente la fecha de caducidad, no había producto que no se tornara sabroso bien hervido junto con algo de *kochu jang* o *doenjang*. Si, además, se le agregaba *ramyon*, unos puñados de arroz fresco o algo por el estilo, ya resultaban manjares dignos de pugna. Bajo la mesita de cortas patas donde comían había escondida una cazuela, latas, palillos de madera y hasta cucharas. Trasquilón encendió el fuego en una pequeña lata de aceite ennegrecida, se tumbó boca abajo y, tomando cartón ondulado, encendió el fuego. El ambiente no tardó en cargarse de olor a plástico quemado.

—¡Cuidado, *desgraciao!* —exclamó Topo, arreándole un coscorrón—. ¡Vaya peste! ¡¿No te tengo dicho que antes de encender hay que despejar el

fogón?!

—Pues, aun ahora, huele mejor aquí que donde vivimos —terció Ojos Saltones, cuyas palabras fueron recibidas por Topo de modo apacible:

—Pues claro; ¿por qué te crees que hicimos la Base?

Para Ojos Saltones, aquello tenía sentido. Y es que la Base, para él, había supuesto una salvación, prácticamente lo único que había evitado que saliera huyendo de allí nada más llegar a la Isla de las Flores, un mundo que, por lo demás, le resultaba confinante y sin salida.

Trasquilón dejó de atizar el fuego, arrugó el morro en señal de disgusto y se apartó de la hoguera. Se apreciaba que el golpe recibido en la cabeza había hecho mella en su ánimo.

El caso es que allí estaban cocinando, con el fresco aroma de la hierba y el olor a pescado del río, alejados de los adultos y de los enjambres de moscas. Después de cenar, se fueron tumbando en la lona con que cubrieron el suelo, ocupando Topo el centro. Debido a las farolas que flanqueaban la carretera ribereña y a la claridad de la orilla opuesta, el cielo estaba parcialmente cubierto por una densa neblina, en cuyo seno las estrellas más brillantes practicaban agujeros de luz. A saber de dónde habría sacado Topo el cigarrillo que exhibió entonces. Lo encendió y, tras darle unas caladas, se lo acercó a Ojos Saltones:

—Fuma un poco.

Tras unos instantes de vacilación, Ojos Saltones aceptó el pitillo. No era la primera vez que le ofrecían tabaco, pues, en su antiguo barrio, los *hyong* ya le habían incitado a fumar, pero hasta entonces siempre había declinado. Ahora, sin embargo, Topo doblegó su voluntad azuzándolo con frases como «¿Es que quieres ser un crío para siempre?» o «Así no te van a salir pelos en la huevera». Con fingida naturalidad, pues habría bastado una ligera tos para que el grupo lo tomara por un crío, dio una larga calada y exhaló el humo prolongadamente. Afortunadamente, la farsa no llamó la atención de Topo, que tenía la mirada puesta en el cielo. Tras dar varias caladas con simulada indolencia, preguntó quién más quería fumar y extendió la mano, sobre la que, de forma instantánea, se abalanzó otra para arrebatarse el cigarrillo. Fue entonces cuando reparó en el joven que yacía junto a él, apodado Sapo.

—Pues ya quedan pocos días para la Fiesta de Otoño —masculló Topo,

como hablando para sí.

—¿Aquí también se celebran las fiestas? —preguntó, sorprendido, Ojos Saltones.

—Sí; hay un sitio donde ponen altar de muertos y todo. Los adultos se van a cenar fuera.

—¿Fuera, adónde?

—A la otra orilla, a la ciudad. —Y, girándose hacia Ojos Saltones, añadió —: Oye, tío, a mí ser colega tuyo y de Trasquilón no me beneficia; los críos andan en la escuela de la iglesia y cosas así. Nos tienes que hacer un techo.

—Sin problema. Por cierto, ¿no importa que te llame Topo?

—Cabrón, ¿quieres cambiarme el apodo o qué?

Y fue así como una cuestión que había llegado a inquietarle, la del precio a pagar a cambio del acceso a la Base, quedó superada sin mayor problema.

COMO TODOS LOS días, la recuperación de basura de los distritos céntricos y zonas comerciales, que se iniciaba de madrugada, finalizó a eso de las nueve. Los buldóceres se afanaban en su tarea de allanar los montones de basura apilados por doquier para que, seguidamente, los camiones volquete, cargados de tierra, los sepultaran. Los trabajadores de la concesión de Ashura cargaban lo recogido en cestas y lo transportaban en dirección a los espacios vacíos. Transitaban constantemente entre los montones de basura y el descampado, donde se iba acumulando lo recuperado en aquella primera franja de trabajo. Después, se procedía a clasificar y pesar el material acopiado. El encargado verificaba lo aportado por cada uno y el responsable de la concesión tomaba nota en una libreta.

Dos veces al mes, la concesión llevaba a cabo una venta al por mayor del género recuperado a las plantas de reciclaje y el dinero así obtenido se repartía entre los trabajadores proporcionalmente al trabajo realizado por cada uno. Los días previos a la Fiesta de Otoño se duplicaba el volumen de basura procedente de las zonas comerciales. Además, la cantidad de residuos orgánicos generados en zonas residenciales y complejos de apartamentos, cuya acumulación era siempre copiosa a partir del mediodía, rebasaba la del resto del año. Pero la avalancha sistemática de basura se prolongaba dos o tres días más allá de la festividad en sí. Aquellas fechas, las más productivas del año para los moradores del vertedero, multiplicaban las cantidades de cartón, papel, envoltorios y plásticos de bolsas. Durante los tres días festivos que abarcaba la Fiesta de Otoño, los recuperadores, prácticamente, no tenían tiempo de descender un segundo de las montañas de basura.

—Anda, baja y te traes un poco de agua —encargó a Ojos Saltones su madre, nada más llegar a la chabola.

El joven se dirigió a aquella chabola de Ashura, convertida, ya por entonces, en el hogar de las dos familias, y tomó dos garrafas de plástico

blanco del espacio que hacía las veces de cocina. Con los recipientes en las manos, se adentró en las calles del poblado. El momento de sentarse frente a frente con los otros tres miembros de la familia, durante el tardío desayuno, no le resultaba insoportable —aún— pero sí algo incómodo. Con el tiempo, se había ido conformando un entorno donde Ashura ocupaba el lugar del cabeza de familia y la madre de Ojos Saltones ejercía de abnegada mujer de la casa. Con las cabezas juntas, Trasquilón y Ojos Saltones comían sobre aquella bandeja de alpaca que hacía las veces de mesa. Por deseo de Ashura, se había instaurado la costumbre de congregarse siempre los cuatro en torno al almuerzo.

Trasquilón no asistía sino ocasionalmente a aquella escuela adscrita a la iglesia, y a Ashura no parecía preocuparle si su hijo estudiaba o no. Únicamente, y juzgando al muchacho incapaz de trabajar en la recuperación directa de la basura, como hacía Ojos Saltones, lo había puesto a ayudar en tareas propias de la segunda fila, como cargar en las cestas el género ya recogido o acarrearlo promontorio abajo. Así era excepto los días en que Trasquilón manifestaba el deseo de ir a la escuela. Ashura, entonces, no le forzaba a trabajar ni se oponía a que asistiera a clase. Ojos Saltones, por su parte, trabajaba solo una parte de la jornada de su madre, que abarcaba desde la madrugada hasta la caída del sol o incluso después. No faltaba nunca al trabajo de la madrugada, cuando llegaba la basura del centro de la ciudad y zonas comerciales, pero, por las tardes, cuando se trillaba la parte correspondiente a las áreas residenciales, y al ocaso, cuando llegaba el residuo de las zonas de obras y fábricas, solo trabajaba de forma intermitente. Los lunes, días de mayor ajetreo, Ojos Saltones, a instancias de Ashura, ayudaba a su madre. En días normales, por el contrario, se excusaba con el pretexto de ir con Trasquilón a la escuela de la iglesia, coartada que lo eximía de posibles reprimendas.

A esa hora, las mujeres preparaban el almuerzo y muchos chiquillos, acompañados o no, se arremolinaban en torno a los camiones cisterna, que estacionaban junto a la pequeña tienda de ultramarinos. A la cola de recipientes que la gente ponía en hilera frente a las mangueras de los camiones, incorporó sus garrafas Ojos Saltones, en actitud diligente y haciéndose hueco entre las gentes que aguardaban su turno. Cerca de la

tienda y de las oficinas del vertedero había dos carpas caqui de estilo militar, que albergaban la iglesia, y un pabellón prefabricado en forma de arco que, al parecer, llevaba allí poco tiempo. En el patio delantero había numerosos vehículos, tanto utilitarios como furgonetas, en cuya superficie los rayos solares producían tintineos, y habían colgado coloridas pancartas. Todo parecía indicar que se estaba celebrando algún evento. En el tejado del pabellón provisional habían instalado un altavoz que emitía canciones alegóricas, una suerte de himnos. Cuando le llegó el turno, Ojos Saltones llenó las garrafas y comenzó a caminar con ellas en las manos, pero pronto comprobó que el empeño era desproporcionado para sus fuerzas. Se detenía a descansar cada pocos metros. Al pasar por la tienducha, abarrotada de gente, divisó una gorra de béisbol que le resultaba familiar.

—¡Eh, Trasquilón!

—¡*Hyong!* —replicó el chico, girándose y echando a correr hacia él con cara de entusiasmo—. ¿Qué? ¿Vienes de por agua?

—Ya lo ves —replicó Ojos Saltones—. Y tú, ¿qué andas haciendo, sin desayunar ni nada?

—Voy a la escuela. Van a repartir *ttok* y *ramyon* —explicó Trasquilón.

—Ah, ¿sí? Y, ¿no puedo ir contigo?

—Puede ir cualquier crío de este barrio, ji, ji.

—Muy bien; dejo las garrafas y te acompaño.

A paso lento, Trasquilón y Ojos Saltones tomaron el camino que discurría por las chozas de cartón. Trasquilón llevaba su garrafa por un asa y se movía constantemente hacia los lados. Gracias a la ayuda, no tardaron en llegar a casa.

—Pero si hoy venís juntos —exclamó la madre de Ojos Saltones, recogiendo las garrafas llenas para pasarlas al interior de la vivienda. Al ver que los dos chicos no solo no entraban en la chabola sino que daban muestras de estar deseando salir disparados, añadió—: ¿Qué? ¿No vais a almorzar ni nada? Os va a regañar el jefe.

—Es que vamos a la iglesia —alegó Ojos Saltones—. Por lo visto, van a repartir *ttok* y *ramyon*.

—¿*Ramyon?* —comentó la madre, con un matiz de alegría en la voz—. Entonces, no dejéis de ir.

Como alma que lleva el diablo, los chicos recorrieron las estrechas callejuelas, enseguida dejaron atrás la tienducha y, tras bajar la cuesta, llegaron a la iglesia. Ya habían cesado aquellos himnos del hilo musical y, en su lugar, el altavoz del pabellón arqueado transmitía las oraciones que, con voz potente, recitaba el misionero.

—Ahora están con lo de las oraciones —dijo Trasquilón, que parecía muy al tanto del protocolo—. El reparto lo hacen después de esto.

Los dos chicos se acercaron a aquellas carpas militares que hacían las veces de escuela. Ojos Saltones recordaba, de su reciente visita, que una de las carpas hacía las veces de jardín de infancia y la otra se usaba como clase de primaria. La carpa que alojaba la clase de preescolar tenía el suelo tapizado de papel vinilo y estaba dotada de estanterías llenas de juguetes de plástico del malo, así como bancos de trabajo. El espacio destinado a la escuela primaria, por su parte, estaba equipado con sillas y pupitres viejos. Había, también, un pupitre con ruedas. Fue la carpa de preescolar lo que captó la atención de los chicos, pues allí, apiladas en gran cantidad, había cajas de *ramyon* y bandejitas de plástico que contenían *ttok*. En el interior, una mujer y un hombre se disponían a colgar de la pared una pancarta que, en letras de gran tamaño, decía «Misión de la Iglesia del Paraíso». Trasquilón y Ojos Saltones resolvieron esperar fuera.

Parece que había terminado el oficio religioso, pues la puerta del pabellón se abrió y surgió de él una muchedumbre. Salieron en primer lugar los niños y profesores voluntarios, seguidos del pastor, cabello cano y traje de chaqueta. A su lado un predicador, ataviado con un deslucido uniforme de trabajo. Después, una multitud de mujeres cuya indumentaria identificaba claramente como residentes de un lugar muy distinto de la Isla de las Flores. Rostros empolvados, elegantes vestidos de una pieza, algún jersey, sobretodos combinados con sombreros, trajes de chaqueta. Algunas mujeres iban acompañadas de sus hijos. En total, el grupo constaría de unas treinta personas.

—A ver, un momentito... —gritó una mujer joven, cámara en ristre—. Una foto todos juntos... Pastor... Los mayores... Presidenta, predicador... Se van colocando todos por aquí...

Apenas recibidas las instrucciones de la fotógrafa, todo el mundo se

comenzó a emplazar bajo la pancarta. Las mujeres de mediana edad, que constituían la mayor parte de la concurrencia, se dispusieron en dos filas. Sobre la carpa militar, tan desierta hasta entonces, pareció cernirse la luz de un gran foco. También los críos, en actitud diligente y ordenada, se fueron posicionando junto a sus madres. El lugar donde se agolpaban todos quedó súbitamente impregnado de un aroma similar al de un campo florido.

—¡Niños! ¡Por aquí! —vociferó nuevamente la fotógrafa, siempre con el instrumento al cuello—. ¡A ver, nos vamos sentando...!

Con gran algarabía, los niños que estaban esperando fuera se disponían a sumarse cuando el predicador, que estaba a un lado del pastor, se adelantó y, con un gesto de la mano, bloqueó su camino:

—¡A ver, primaria por aquí! —indicó—. ¡Por ahí solo preescolar! ¡Venga, se van sentando por aquí, por favor!

Las instrucciones produjeron un trasiego de cuerpos pequeños y grandes cabezas. Todos los críos, entre ellos Trasquilón y Ojos Saltones, se giraron y salieron de la carpa. En riguroso turno, y siguiendo las indicaciones de la maestra voluntaria, los niños de preescolar se fueron sentando en hilera a los pies de los adultos. La presidenta de la asociación abandonó el lugar que ocupaba y, acercándose al niño más pequeño, de unos cinco años, se acuclilló para tomarlo en brazos. Todas las mujeres pujaban entre sí por tomar en su regazo a los más pequeños de cara a la instantánea. Tan marcado era el contraste de indumentaria y apariencia entre los niños, sentados en primera fila, y los adultos, dispuestos en hilera tras ellos, que el conjunto asemejaba una escena sacada de algún documental rodado en parajes remotos y selváticos.

De pronto, Ojos Saltones experimentó la sensación de que algo le golpeaba el pecho. Sintió como si el universo, y todo lo que contenía, quedaran súbitamente envueltos en tinieblas y solo un punto, de forma muy notoria, se iluminase. El cabello, ni largo ni corto, descendía por la mejilla de aquella chica hasta su hombro, describiendo ondulaciones sobre los delicados rasgos faciales. Era clara de piel y en sus labios se percibía un leve centelleo. Llevaba un uniforme escolar del color del chocolate oscuro. A su lado, una mujer de mediana edad, probablemente la madre de la joven, tenía un brazo ceñido en torno a esta. En cuanto a la edad de la chica, sería ligeramente

mayor que Ojos Saltones. Este se vio asaltado por una duda: se preguntó si todas las chicas de aquel perfil socioeconómico ofrecerían un aspecto similar.

Un día, tiempo atrás, iba Ojos Saltones descendiendo las empinadas callejuelas de su antiguo barrio. El paso elevado que dominaba la carretera daba acceso a un mundo que le resultó totalmente nuevo. Era un barrio de clase media, con patios y, en ellos, diversos árboles y flores de tamaños homogéneos. Al avanzar un poco más, llegó a una colina boscosa que acogía el único parque con que contaba el distrito y, bordeando las faldas de aquel montículo, llegó a una zona de viviendas lujosas, rodeadas de amplios jardines. En cada esquina de la impoluta calle había un puesto de vigilancia.

Fue en el paso elevado donde se vio frente a frente con aquella joven. Él regresaba de un mercado que estaba a varias paradas de distancia; ella parecía dirigirse a algún centro de estudios. A juzgar por el uniforme escolar que vestía, debía de estar en secundaria. Cuando Ojos Saltones divisó a aquella muchacha en la distancia, dejó de ver a los otros transeúntes que cruzaban el paso elevado y tuvo la sensación de que solo la chica y él ocupaban la escena. En este punto, quedaba congelado el recuerdo. En adelante, el joven pasó una temporada frecuentando aquel paso elevado, por donde merodeaba a la hora aproximada en que se había topado con la chica, hasta que, un día, la encontró nuevamente. La vio bajar del autobús y subir por una de las escaleras que daban acceso al paso elevado; él utilizó la otra. Esta vez estaban prácticamente solos. Solo vio pasar a un hombre de traje y corbata que portaba un sobre de documentos y caminaba con rapidez. Por detrás, con paso reposado y regular, la chica avanzaba en dirección a Ojos Saltones. Al cruzarse, el joven apreció, con cierto detalle, un pequeño lunar que la muchacha tenía en la parte alta de una mejilla y hasta un broche de fina traza que le sujetaba el flequillo. Ella apenas dirigió una mirada de soslayo a Ojos Saltones, que no parecía más merecedor de su atención que los paneles indicadores de la carretera o la barandilla del paso elevado. Solo al llegar al final del puente se atrevió el muchacho a echar la vista atrás, quedando allí plantado. En aquel preciso instante, la joven pisaba el último peldaño de las escaleras. Iba ya deshaciendo el camino para seguir a la chica cuando un súbito pensamiento le obligó a detener la marcha. «Espera —masculló—, ¿cómo me llamaba yo cuando iba a la escuela? ¿Chong-ho? Sí, era Choi

Chong-ho...». Lentamente echó a andar rumbo a las empinadas callejuelas que conformaban su antiguo barrio.

Transcurrido un tiempo —quizá entrado el invierno, pues llevaba una gruesa cazadora—, llevaba un rato merodeando al pie del puente cuando vio nuevamente a la chica. En esta ocasión, en vez de cruzar esperó y, cuando la joven hubo bajado las escaleras, la observó desde una considerable distancia. Después, siguió sus pasos por una zona residencial acomodada del otro lado del parque. Dejaron atrás un puesto de vigilancia y la joven, al llegar a una vivienda, subió las escaleras y desapareció tras un portón metálico. Ojos Saltones se apostó junto a una alargada valla y, al asomarse sobre esta, vio que se acercaba a su posición un hombre de mediana edad ataviado con uniforme azul marino de vigilante.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —le increpó, sosteniéndole por la nuca.

—Nada.

—¿Dónde vives?

—Al otro lado.

—No estés aquí merodeando —le dijo aún, barriéndolo con una mirada incisiva de arriba abajo—. Anda enseguida a tu casa.

El joven, en aquel instante, evocó a su padre, quien, atendiendo a su dedicación, bien podría haber pasado alguna vez por aquella casa para desmontar el portón metálico.

* * *

HECHA LA FOTO OFICIAL, el grupo se movilizó nuevamente para tomar otra instantánea. Esta vez, fue inmortalizando el reparto de las quinientas cajas de *ramyon* por cortesía de la Asociación de Feligresas de la Iglesia del Paraíso. En la instantánea aparecía tanto la presidenta de las devotas como el predicador, ambos con gesto sonriente y sosteniendo una caja de *ramyon* entre los dos. Abundaban las cámaras entre la concurrencia y, culminada la ceremonia, gran parte de los allí congregados se dio a intensas sesiones de fotografías, ora personales, ora en pequeños grupos. Las mujeres escudriñaban el lugar con la mirada, se protegían la nariz con ambas manos y, al igual que la joven fotógrafa oficial espolvoreaba insecticida contra los

mosquitos, ellas hacían lo propio con ambientadores en espray.

El olor que impregnaba los cuerpos en la Isla de las Flores pasaba desapercibido a sus habitantes, pues su olfato estaba habituado. Sin embargo, cuando cruzaban el río y se aventuraban al mundo exterior, la gente reaccionaba a su presencia mirando a un lado y a otro con inquietud o cubriéndose la nariz con una mano. La asidua visita de feligreses que habitaban en complejos de apartamentos y zonas residenciales de la ciudad a la llamada Iglesia del Paraíso hacía frecuente la celebración de eventos como el de aquel día. Durante las festividades, a la de por sí nutrida afluencia de gentes del exterior había que sumar la proliferación de obsequios que llegaban de todas partes, tanto de grupos sociales como de autoridades municipales e incluso de parlamentarios, que siempre dejaban algún parabién en sus visitas a las oficinas gestoras del vertedero. Aunque algunos actos se celebraban entre adultos, la mayor parte de los eventos organizados por la iglesia estaban pensados para congregarse tanto a los trabajadores creyentes del vertedero como a su prole.

Por fin llegó el ansiado momento del reparto. Los críos se organizaron en dos filas, una correspondiente a la escuela primaria, la otra a preescolar. En esta última, los niños que iban acompañados por sus madres —la mayor parte— recibían directamente el producto y aquellos que habían acudido solos dejaban apuntado su nombre y dirección para que alguien, posteriormente, repartiera los regalos por las casas. Trasquilón y Ojos Saltones se insertaron hacia la mitad de la cola de primaria y solo entonces pudo ver a aquella joven que, junto a una mujer de mediana edad, se encontraba al final de la fila. Madre e hija llevaban a cabo el reparto, encargándose, respectivamente, de entregar las cajas de *ramyon* y las bandejas de plástico, que contenían empanaditas de *ttok*. Por supuesto, no se trataba de la muchacha a quien Ojos Saltones, tiempo atrás, había seguido osadamente hasta aquella casa de la zona del parque, mas lo cierto es que nunca, hasta aquel momento, había experimentado aquella inquietud, aquel galope del pecho. Habría querido echar a correr y abandonar la fila, pero esta ya se había adentrado un buen trecho en la carpa, y se acercaba su turno. Ya nada podía evitar que, de forma mecánica, pegado a los talones del chico que le precedía en la cola, continuara avanzando y se plantase frente a la mesa de reparto.

Al acercarse su turno, los niños adoptaban una actitud comedida que parecía reflejar alivio y sosiego; la vista de las cajas de *ramyon* y las bandejas de *ttok*, apiladas tras la mesa de reparto, aplacaba la preocupación de llegar tarde y quedarse sin su ración. Surtido Trasquilón, llegó el turno de Ojos Saltones. La madre de la joven llevaba un collar y se había quitado la chaqueta que le cubría el vestido de dos piezas. A su lado, la tez blanquecina de la muchacha. La madre le entregó la caja de *ramyon* y la joven puso ante él la bandeja. Al mirarlo de frente, le sonrió y a punto estuvo él de caer desplomado, tal fue el debilitamiento que experimentó en las piernas. El predicador, que se encontraba detrás de madre e hija, dijo entonces:

—Chiquillo, no me suena tu cara...

—Llevo poco aquí.

—Bien. No dejes de venir a la iglesia, ¿eh?

—Así lo haré —respondió Ojos Saltones, con un hilillo de voz que, inconscientemente, se extinguía.

Ruborizado, salió de la carpa y vio asomar el rostro de Trasquilón entre la multitud de niños

—Por poco te quedas sin *ramyon*, ¿eh? —dijo Trasquilón.

—Calla, tío.

Tomando la delantera y con paso acelerado, como si quisiera asegurarse de que nadie lo llamaba por la espalda, Ojos Saltones emprendió el camino de vuelta. Los niños que ya habían salido de la carpa quitaban la goma de las recién recibidas bandejas y daban cuenta de su *ttok*. La multitud de chiquillos desprendía un fuerte aroma a aceite de sésamo.

Con las cajas al costado, Trasquilón y Ojos Saltones emprendieron la cuesta que pasaba por la chatarrería. Se habría corrido la voz, pues por el camino encontraron numerosas mujeres que, con sus niños de la mano y a paso rápido, bajaban rumbo a la iglesia.

—Oye, ¿ya lo han repartido todo? —preguntó una de ellas, que venía mirando de soslayo las cajas de Trasquilón y Ojos Saltones.

—Aún queda todo esto, ji, ji —dijo Trasquilón, haciendo un gesto con el brazo.

Ojos Saltones se dijo que ya no podía caer más bajo. Para él todo eso de que las señoras y los críos del vecindario, incluido él mismo, acudieran en

tropel al reparto de comida suponía una vergüenza insoportable.

Al llegar al poblado, Trasquilón depositó su caja en el suelo y, tomando la bandeja de *ttok*, dijo:

—Oye, *hyong*, ¿no podríamos abrir esto tú y yo y comernos una parte por adelantado?

—Podemos dejar una en casa —opinó Ojos Saltones, en tono compuesto y denotando complicidad— y la otra llevarla a la Base.

—¿A la Base? ¡Bien! —respondió Trasquilón, asintiendo con entusiasmo y echándose nuevamente al costado su caja de *ramyon*, y añadió—: Sí, porque, si nos lo llevamos todo a casa, mi padre se lo acabará todo con sus amigotes bebiendo *soju*.

Nada más llegar a la chabola, los dos niños oyeron una voz que denotaba embriaguez. Ashura farfullaba las siguientes razones:

—Bueno, ya hemos cumplido por hoy. Hay que ser equitativo. *Claaaaaro*, hombre...

Trasquilón miró con perplejidad a Ojos Saltones, quien se llevó un dedo a los labios y, furtivamente, abrió la puerta de la pieza contigua, la chabola contigua a la de Ashura, espacio que ya se había convertido oficialmente en el cuarto de los chicos. Ojos Saltones tomó su caja de *ramyon* y la depositó bajo la manta, que dobló con esmero. Con un gesto, le indicó a Trasquilón la bandeja de *ttok*. Trasquilón delante, los chicos accedieron a la choza de Ashura.

—Llegáis justo a tiempo —dijo la madre—. Íbamos a poner la mesa.

—¿Qué traéis ahí? —inquirió Ashura, clavando en los chicos una escéptica e incisiva mirada.

—Nos lo han dado en la escuela, ji, ji —explicó Trasquilón.

—¿Quién? —replicó su padre—. ¿Los de la capilla?

—Claro, quién va a ser —terció la madre, recordando sus vivencias del orfanato—. Las señoras esas de barrios bien, que vienen a hacerse fotos.

Trasquilón abrió la bandejita y se echó a la boca una empanadita de *ttok*. Tan presto y vehemente fue su movimiento que parecía haberlo succionado.

—¡¿Qué pasa, ahora va el postre antes de la comida?! —protestó Ashura, golpeando con la mano abierta la nuca de su hijo.

—Déjalo —intercedió la madre de Ojos Saltones—. Es la Fiesta de Otoño,

habrá que probar el *ttok*.

Dicho esto, la mujer tomó una empanadita, la acercó a la boca de Ashura y, después, le dio dos a Ojos Saltones, que esperaba con avidez.

—Bueno, algo es algo —agregó la madre, mientras todos masticaban a dos carrillos—. En nuestra situación, no podemos ni hacer *ttok* en casa. Ya lo siento. —Y, mirando a Ashura, preguntó—: Oye, al final, ¿hay venta o qué?

—Ya te lo dije; los festivos hay venta al por mayor, pero solo en las concesiones privadas. Los de las públicas ya notificamos en su momento en las oficinas que nos parecía injusto quedarnos fuera. Y nada, nos dijeron que, a cambio de no trabajar esta tarde, podemos hacer una venta al por mayor.

—¡Qué bien! —comentó la madre de Ojos Saltones, cuyo entusiasmo contrastaba con el puchero que conservaba el rostro de Trasquilón a causa de la colleja recibida. Ojos Saltones, por su parte, no parecía albergar otro pensamiento que el de devorar una empanadita tras otra.

Cuando la madre llegó para poner una mesa que constaba solo de *kimchi* y *doenjang jjigae*, se oyó un súbito y estruendoso ruido de máquinas que precedió a un violento temblor de las ventanas de plástico. Ashura, quien apenas acababa de empuñar la cuchara, echó la vista al techo de la estancia y, muy airado, protestó:

—¡Hay que joderse!, ¿no lo pueden hacer a otra hora? ¡Están como una chota, de verdad!

La madre echó el candado de la puerta y bajó unas trampillas de plástico que también comunicaban la chabola con el exterior.

—Venga, a comer rápido —dijo.

Bien conscientes de lo que ocurría, Trasquilón y Ojos Saltones fueron presa de cierta inquietud por terminar de comer enseguida y salir a fisgar la escena. Dos veces al mes llegaba un helicóptero del ayuntamiento, que llevaba a cabo una desinfección aerotransportada y completa de la Isla de las Flores. Por otra parte, cada día, después de que los camiones cubrieran las pilas de basura con tierra, entraba un motocultor y desinfectaba el lugar por aspersión. Tales eran las tareas mínimas necesarias para evitar que la proliferación de moscas en el lugar resultara excesiva para que los trabajadores pudieran llevar a cabo la recuperación de basura. A Ojos Saltones, aquello le recordaba los camiones de pequeño tamaño que mandaba

la junta del distrito a su antiguo barrio y que ahumaban exhaustivamente el aire para eliminar a los mosquitos, empeño siempre vano pues los bichos no tenían más que volar hacia otro lugar evitando el humo. En la Isla de las Flores, por el contrario, el helicóptero espolvoreaba un producto antiparasitario de cierto grado de humedad y las moscas, en aquella suerte de niebla, caían como si de granizo se tratase. Los lugareños veían con buenos ojos que les desinfectaran el poblado pero, con el tiempo, comenzaron a usar mascarillas antigás en el vertedero y salir despavoridos hacia las chabolas en cuanto comenzaban a espolvorear el producto.

Tanto el característico zumbido del helicóptero como el olor del desinfectante llenaron pronto el poblado. Concluida, apenas, aquella atropellada colación en familia, los dos chicos, hasta entonces ansiosos y expectantes, corrieron como alma que lleva el diablo para contemplar el helicóptero de cerca. En vano, pues fingieron no oír sus gritos, trató Ashura de hacerles desistir de su propósito. El helicóptero, con su característica escandalera, ya había surcado el cielo, pues todos los tejados y callejuelas estaban tan cubiertos de moscas muertas que se veían negros como el tizón.

Como era de esperar, fuera de las casas no había más que críos. Llevados por el entusiasmo, los jóvenes del lugar acudían corriendo a un descampado que dominaba visualmente el vertedero. Volando a una altura equivalente a un edificio de seis o siete plantas, el helicóptero, en cuya cabina se distinguían con nitidez los rostros de piloto y copiloto, esparcía el insecticida hacia ambos lados. Con gestos visuales, un empleado de las oficinas del vertedero ordenaba a los críos que bajaran del montículo. Con gran algarabía, los muchachos agitaban los brazos en dirección al helicóptero. Al ver que ignoraban sus mandatos, el tipo de las oficinas, que llevaba una mascarilla por encima del casco, llegó a blandir una lata en actitud intimidatoria.

—¡Gamberros! —les gritaba—. ¿Qué queréis, que os fumiguen también a vosotros?

Nada más caer la tarde, los numerosos solares que salpicaban el poblado se llenaban de fogatas, encendidas utilizando bidones cortados por la mitad y en las que asaban distintos tipos de carnes. También cocinaban toda suerte de sopas y guisos. La Fiesta de Otoño, con su apogeo de alimentos desechados, suponía para los pobladores del vertedero una oportunidad única en todo el

año de hartarse de los variopintos despojos propios de las festividades. La proliferación de alimentos que conocía el vertedero aquellas fechas hacía pensar que la gente de la ciudad quisiera vaciar la nevera ya desde dos o tres días antes. Había alimentos en perfecto estado que la gente había adquirido en mayor cantidad de la que podía consumir. En otros casos, probablemente, se hartaban de un determinado producto y acababa en la basura. Había pegotes de comida congelada que se había derretido dentro de los plásticos, envases similares a bolsas de agua caliente llenas de ostras, pescado seco y retorcido, trozos de carne aún congelada, lechugas romanas aún frescas y desprovistas solo de sus hojas exteriores, innumerables tripas, cabezas y colas de pescado despojadas de madrugada en las lonjas; había, incluso, piezas completas que no se habían vendido... En el vertedero, era una temporada de prolongada fiesta vespertina.

Con motivo de la festividad, las familias que vivían en habitaciones alquiladas del otro lado del brazo estrecho del río se acercaban a la población que se extendía en las proximidades, y donde llegaban, incluso, a elevar altares y ofrendas de muertos bastante dignos. Pero también había, entre los moradores del propio poblado de chabolas, quien, no juzgando apropiado ofrendar a sus difuntos alimentos procedentes del vertedero, acudía a la pequeña tienda del lugar. Con motivo de la Fiesta de Otoño, dicho establecimiento se surtía de partidas extraordinarias de *ttok* procedentes de la población vecina. Adquirían también algo de carne, que hervían para hacer caldo. En definitiva, el culto propio de aquella festividad se desarrollaba prácticamente igual que en cualquier otra parte de la ciudad.

Como todas las tardes, al ocaso, Ashura había acudido al descampado de siempre, donde se incorporaba a una caterva congregada en torno al alcohol. Aquella noche regresó a casa más tarde de lo habitual, ya envuelto el poblado en tinieblas. Al sentir que alguien andaba merodeando junto a la chabola, como buscando espacio para orinar, Ojos Saltones se despertó. «Hay que joderse —se dijo—, ya podrían ir a mear un poco más lejos». A juzgar por los continuos eructos, debía de tratarse de un hombre ebrio. Finalmente, se abrió la puerta y Ashura irrumpió en la chabola. Ojos Saltones, entonces, oyó la voz de su madre, quien, en tono incisivo e iracundo, increpó a Ashura:

—¡Qué demonios pasa contigo, elemento!

—¡Y tú, qué clase de esposa eres, desgraciada! —replicó Ashura—. ¡Soy un mierda, sí! ¡Ya no te parece bien o qué!

—¡Pues, por lo menos, suelta el dinero de la venta en vez de jugártelo a las cartas! ¡¿Qué crees, que no estoy al tanto?!

Reparando en que Trasquilón también se había despertado, Ojos Saltones le dio unos golpecitos y susurró:

—Oye, vámonos a la Base.

Sin esperar a oírlo dos veces, Trasquilón comenzó a vestirse. Entre los dos tomaron las mantas, que también hacían las veces de colchón, y salieron de la chabola. Por el camino oyeron continuas toses, llantos de bebés, ruidos propios del apogeo bacanal de las noches, griteríos de pendencias y toda suerte de sonidos originados bajo aquellos tejados de escasa altura que, en larga sucesión, conformaban el poblado de chabolas. La luna, a mitad de su recorrido celeste, confería tintes blanquecinos al río y a los sembrados, que los chicos, adelantándose uno al otro, no tardaron en cruzar. Tras coronar el promontorio, descendieron la cuesta en dirección a la ribera. Cuando iban cruzando los surcos del sembrado de cacahuets, Trasquilón, súbitamente, se acuclilló. Ojos Saltones, sin alegar nada esta vez, se echó también al suelo.

—¿Dónde está? ¿Por dónde viene? —preguntó.

Sin decir palabra, Trasquilón señaló la margen derecha del río. Los ojos saltones de su amigo se entornaron para enfocar con mayor precisión la orilla de poniente, donde las eulalias se mecían al viento. De pronto vio algo. Era una luz azulada. Contó dos focos, tres luego. Los destellos azules se desplazaban poco a poco, ora con rápidos movimientos, ora deteniéndose, alejándose después. Al fin, se desvanecieron sin más. Trasquilón tragó saliva y se puso en pie.

—¿Lo has visto, tío? —exclamó.

—Sí —afirmó, también tragando saliva, Ojos Saltones, bien al tanto, por entonces, de que aquello no era un cuento inventado por Trasquilón.

El destello azul no parecía generado por ningún bicho, resultaba bastante grande para ser un foco de luz y, al desplazarse, no emitía ruido alguno. Por otra parte, la oscilación que describía en el aire asemejaba una suerte de danza.

—¿Son ellos? —preguntó Ojos Saltones, reproduciendo el pronombre que

había usado la mamá de Flaquita para referirse a la tal familia Kim.

—Sí, es lo que te dije —respondió Trasquilón, con la mirada tan fija en la frondosidad de las eulalias, por donde habían desaparecido los destellos, que parecía enajenado.

—Vamos tras ellos —dijo Ojos Saltones, tirando de Trasquilón.

—No, les podemos espantar —objetó Trasquilón, apartando la mano de su amigo.

Trasquilón comenzó a bajar la cuesta en dirección a la Base. Ojos Saltones —qué remedio— lo siguió. Durante el descenso, echaba la vista atrás constantemente.

CONFORME LO PROMETIDO, Topo les había conseguido leña, cartones y plásticos. Con aquellos materiales, y en apenas medio día, montaron un tejado para la Base. Trasquilón palpó el escritorio hasta encontrar un mechero y encendió una vela. La llama no tardó en conferirle a la Base un aire más hogareño que el de su chabola. Además, allí no se oían los cánticos, risotadas, ruidos de peleas y demás algarabía propia del poblado. Hasta el ruido del tráfico que discurría por la carretera ribereña llegaba atenuado a la Base. Pero lo mejor de todo era el alivio que experimentaba la nariz, pues el hedor que impregnaba el poblado no alcanzaba aquel lugar. Los chicos extendieron la manta en el suelo y se tumbaron. La amplitud de aquel espacio, no poco acogedor, era suficiente para acomodar, a un tiempo, a toda la pandilla.

—Qué bien se está —masculló Ojos Saltones.

—Oye —intervino Trasquilón— ¿y no podríamos vivir nosotros por nuestra cuenta?

—Somos un par de críos —replicó Ojos Saltones—. No nos van a dejar ir así, sin más.

Ojos Saltones recordaba que, en su antiguo barrio, cuando un menor perdía a sus progenitores de forma brusca, por fallecimiento o separación, la junta de distrito o la comisaría se encargaba de gestionar la custodia. Cuando, a raíz de la desaparición del cabeza de familia, la madre, abrazándolo, proclamó que solo por encima de su cadáver le arrebatarían al pequeño para llevarlo al orfanato. Ahora se preguntaba cómo era posible que a un chico

como él, tan escasamente afectado por vivir en un lugar u otro ni por la opinión de la gente, podía haberle ocasionado tanto rubor el simple hecho de cruzar su mirada con la de aquella chica de uniforme escolar.

—¿Apagamos la vela? —preguntó Trasquilón.

Sin solución de continuidad, Ojos Saltones giró la cabeza hacia el escritorio y dio un soplido. La súbita oscuridad en que quedó sumido el habitáculo duró el breve lapso de tiempo que tardó la luz de la luna en filtrarse a través de la puerta de plástico. Justo cuando el sueño comenzó a doblegarles, nublando poco a poco su consciencia, se oyeron toses provenientes del exterior. Despertando de súbito, Ojos Saltones se irguió de cintura para arriba como un resorte. Fuera se seguían oyendo toses y carraspeos cada vez más claros.

—¿Quién anda ahí? —gritó Ojos Saltones, despertando a Trasquilón.

POR ALGÚN MOTIVO, más que miedo sentía una irresistible curiosidad. Abrió la puerta de la Base y salió, seguido de Trasquilón, que se quedó en el umbral. Barrió el panorama con una mirada circunspecta, pero nada, sino la luz de la luna, les acompañaba. Se dio media vuelta e iba a entrar en la Base cuando vio que Trasquilón, desde la puerta, señalaba con el dedo:

—Oye... Que por ahí viene alguien...

Al girarse, comprobaron que, en efecto, algo similar a una sombra remontaba la ladera, como proveniente del río, y se acercaba a ellos. Resultó ser un niño que, a una distancia prudencial, se detuvo y permaneció observándolos en silencio. Tomando la iniciativa, Trasquilón avanzó unos pasos y le dijo al niño:

—Eres de la familia Kim, ¿a que sí? Ven, que no hay nadie más que nosotros.

El niño se acercó un poco más, lo suficiente para que Ojos Saltones pudiera atisbar sus rasgos, no muy diferentes de los propios. Cabello enmarañado, llevaba una camisa de colores variados, un pantalón vaquero cortado y, como era habitual en los jóvenes del lugar, enfundado sin garbo ni finura.

—Os conozco —expuso, más cerca ya de ellos—. Mi abuelo me ha dicho

que venga. —Ojos Saltones supo, entonces, que las toses y ruidos de merodeo que se oían desde la Base eran atribuibles al abuelo de aquel crío.

—¿Y eso? ¿Tenéis algo que decirnos?

—Estamos enfermos y dicen que hay algo que nos puede sanar.

—¿Y qué es? —le preguntó Trasquilón—. Lo que sea os lo podemos conseguir. En el vertedero se encuentra de todo.

—La gelatina que se hace con el alforfón —reveló el crío, tras unos instantes de vacilación.

La reacción de Ojos Saltones y Trasquilón a tan peculiar demanda consistió en quedarse mirando unos instantes.

—Te lo conseguiremos —dijo, al fin, Ojos Saltones.

—Gracias —respondió el niño, inclinando la cintura en señal de deferencia.

—Por cierto, no sabía que tuvieseis la misma pinta que nosotros... —comentó Ojos Saltones.

—Eso es porque vivimos siempre a vuestro lado —comentó el niño, en voz muy baja y sonriendo.

—En nuestro barrio, la gente vive de lo que rebusca en la basura —intervino Trasquilón—. ¿A qué se dedica tu familia?

—Nos dedicamos siempre a cultivar la tierra, nada más —explicó el joven—. Aunque, últimamente, cuesta mucho más que antes...

—Pero, ¿cómo dices que cultiváis vosotros si todos esos sembrados de ahí son de los agricultores de la ribera?

—Todo lo cultivamos nosotros —dijo el niño, que ya se disponía a marchar, con una risilla y abarcando toda la extensión de los cultivos con un gesto de los brazos—. Pero, desde que está el vertedero, todo se ha vuelto más difícil. —Y, girándose, añadió—: Aunque dice mi abuelo que, cuando se marche toda la gente de aquí, poco a poco volverá a ser como antes.

—Bien, tú no te preocupes —dijo Ojos Saltones. Te conseguiremos la gelatina.

—Cuenta con ella —añadió Trasquilón.

EL CHICO DIO la media vuelta y puso rumbo al río. Ladera abajo, su silueta

fue menguando y no tardó en desaparecer.

No antes de aquel instante, Trasquilón y Ojos Saltones sintieron una aceleración de su latido cardiaco y tal temblor de las piernas que parecían estar a punto de fallarles.

—Tiene que ser un espectro —murmuró Ojos Saltones—, ¿no crees?

—No sé. Y dice que viven siempre junto a nosotros...

Ojos Saltones también recordaba aquellas palabras del crío. La situación no le causaba miedo; era, más bien, presa del asombro. Se le antojaba, por otra parte, que aquel niño acaso fuese más digno de lástima que su propia familia. Los dos chicos emprendieron el retorno a la Base; cuando se andaban tumbando nuevamente, la luna ya había recorrido un buen trecho de su trayectoria hacia el oeste.

* * *

AL DESPUNTAR EL ALBA, la niebla, que subía desde el río y, en su expansión, llegaba a cubrir las faldas de la Isla, hacía que el día pareciera nublado. La humedad y el frío obligaron a los chicos, aún dormidos, a acurrucarse y pegarse bien uno a otro. Los despertó, probablemente, el aire frío del amanecer.

—Vámonos a casa —dijo Ojos Saltones, empujando con el trasero.

—¿Allí? —replicó Trasquilón—. Yo paso.

—Habrá que traerse el *ramyon*. Se nos había olvidado.

—Ay, mi *ramyon*...

Dicho esto, Trasquilón cogió su gorra, se la caló bien y se puso en pie de un respingo. Juntos remontaron el promontorio, envuelto en niebla, y se adentraron en el poblado de chabolas. Trasquilón, que iba delante, preguntó con preocupación:

—Por cierto, *hyong*, ¿cómo vamos a conseguir la gelatina?

—Ya, a mí también me preocupa eso. En la tienda no tendrán más que tofu, brotes de soja y cosas de esas.

—*Hyong*, ¿y si se lo dices a tu madre?

La mano de Ojos Saltones buscaba ya la cabeza de Trasquilón, pero se detuvo y se limitó a decir:

—¡Por nada del mundo! ¡Ni a mi madre, ni a Topo ni a ninguno de los

chicos!

—Pero si la mamá de Flaquita ya lo sabe... —alegó Trasquilón en tono de protesta. Entonces, Ojos Saltones, señalándole la cara con el índice y asintiendo con convicción, exclamó:

—¡Ah, eso es! ¡Ella es la persona apropiada!

Una vez en su chabola, se adentraron sigilosamente en su cuarto y, sentados en el suelo, permanecieron atentos a los movimientos de los adultos en la habitación contigua. En contraste con la algazara de la noche anterior, Ashura y la madre conversaban ahora en tono cordial, calmado, y hasta se oía alguna risa.

—Ya están aquí —observó Ashura.

Como para desentumecerse, Trasquilón estiró los hombros y abrió los ojos como platos.

—Te dije que cerraras la puerta con mucho cuidado... —susurró Ojos Saltones.

Los dos chicos pasaron a la estancia contigua, donde Ashura no parecía realmente enojado y presentaba una expresión relajada del rostro; su voz, eso sí, fue potente al interrogarles:

—Tipejos, ¿qué pasa, que ya dormís fuera de casa y todo, con lo canijos que sois? ¿Se puede saber dónde habéis estado trajinando toda la noche?

—Allí, en una cabaña abandonada —dijo Ojos Saltones.

La bola pareció funcionar con Ashura, a quien la madre, con una mirada crítica, increpó:

—¡Qué vienes ahora diciendo de los críos... Como si no estuvieses tú siempre armándola buena por ahí! ¡Anda, vamos a desayunar y dejémonos de sandeces, que mejor será...! Hoy he hecho *myok kuk* con carne y todo.

Ashura estalló en tales carcajadas que su mentón quedó mirando al techo. Después, sacó sendos billetes del bolsillo trasero del pantalón y entregó uno a cada crío.

—Oye —dijo—, que vamos a ir a la ciudad los encargados de todas las zonas a despejarnos un poco. Tomad, para que os dejéis de enredar y os compréis algo bueno.

Denotando avidez, sin levantar las narices de la mesa, Ojos Saltones y Trasquilón dieron cuenta de aquel desayuno. Allí no faltaba su arroz cocido,

al que la madre había añadido *myok kuk*, su *kimchi* de rábano blanco ni su pez sable cortado en trozos. La mesa no tenía nada que envidiar a las de la clase media.

La víspera de sus incursiones a la otra orilla del río, los adultos de la Isla se dirigían a unos baños públicos ubicados en la población suburbana del otro lado del brazo estrecho del río. Si andaban por la ciudad sin lavar, no podían acceder a ningún lugar decente ni al autobús, pues los otros clientes se tapaban la nariz, miraban a los lados con inquietud, como buscando la fuente de un olor que les resultaba chocante, y, una vez identificado el origen, se alejaban a toda prisa o se cambiaban de mesa. Los habitantes de la Isla habían solicitado a las oficinas gestoras del vertedero la instalación de duchas, pero no podían lavarse a fondo sin recurrir a los baños públicos, donde acudían coincidiendo con fechas señaladas, como la Fiesta de Otoño o el Año Nuevo Lunar. Tenían que ir el día de la propia festividad, pues la víspera el acceso estaba restringido a los residentes de la población. Coincidiendo con las festividades, se congregaban en aquellas instalaciones miles de usuarios, todo un apogeo al tratarse del único baño de la zona. La continua afluencia de usuarios, tanto adultos como niños, convertía el lugar en una gran sopa de garbanzos y los cuerpos, inevitablemente, chocaban entre sí. En la zona femenina, donde concurrían más menores y el tiempo medio de baño era más prolongado, llegaban a escasear los cazos que se usaban para echarse el agua encima. Los habitantes de la Isla tenían que esperar colas para acceder al agua de las piletas, a menudo ya mugrienta. Solo el baño les convertía, temporalmente, en ciudadanos normales. Y, puesto que la vida en las chabolas no permitía, en modo alguno, disponer de prendas lustrosas y aparentes, el olor del vertedero, impregnado en la ropa, persistía tras el paso por los baños. Toda la ropa con que trabajaban, dormían y descansaban en casa eran trapos elegidos del vertedero. Entre ellas había productos textiles importados, intactos por fuera y de calidad decente, pero aquello no solucionaba el problema del olor. De ahí que la gente escogiera las prendas menos alteradas y las encomendara a una lavandería de confianza y cercana a los baños. Solo entonces podían pasar desapercibidos en el autobús interurbano que llevaba al centro. También quienes no tenían prendas de reserva tomaban prestados productos de limpieza ajenos. De cuando en

cuando, las mujeres y hombres que habían ido a la ciudad aprovechaban para dejarse ver por el poblado de chabolas con la ropa limpia. A veces, incluso, pasaban desapercibidos ante los encargados de zona, y se acercaban a pavonearse a los corros donde sus compañeros, entre exabruptos y disputas, brindaban. La madre de Ojos Saltones, tras haber asistido un par de veces a los baños públicos, pidió encarecidamente a Ashura que llevara también a los chicos. Este, negando con la cabeza, rehusaba con el argumento de que los granujas no querían bañarse. La mujer, a su vez, alegaba siempre que, de haber sido más pequeños, se los habría llevado ella de buen grado al baño de las mujeres, pues tras quitarse la mugre uno se sentía renovado y fresco.

Hacia el mediodía, los encargados de zona acudieron en masa a uno de los descampados, denotando, ya por entonces, un alborozo más propio de los niños. De acuerdo a las palabras que intercambiaban, parecía que, después de quitarse la roña y dejarse la piel bien lustrosa, planeaban ir a la ciudad, ver una película y cenar *bulgogi*, echar unos tragos y cantar en un karaoke barato. Se decía que algunos trabajadores de concesiones privadas, junto con sus encargados, habían llegado incluso a ventilarse íntegro el beneficio de un día de ventas en tabernas, cabarés y karaokes de alto *standing*. Se decía que, incluso, planchaban los billetes arrugados para que, al guardar los fajos en los bolsillos, estuvieran bien aplanados. «¿A qué viene eso, tío?», «es que así salen más rápido, bien enfiladitos...».

Suspendido por descanso el trabajo del vertedero, todo el lugar, con la única excepción de la tiendecita y aledaños, ofrecía un aspecto sosegado y silencioso. No había camiones subiendo y bajando la cuesta, tampoco equipos pesados y muy pocos trabajadores, pues la gran mayoría participaban de aquella excursión a la ciudad. No había, en las sendas y descampados del poblado de chabolas, el menor rastro de adultos.

Ojos Saltones y Trasquilón ya habían dejado atrás las calles del poblado, y se dirigían a la Base con sus cajas de *ramyon* al hombro, cuando oyeron sus nombres por detrás. Al girarse, Ojos Saltones vio a Topo que, acompañado de otros dos chicos, cada uno con una bolsa de plástico en la mano, se dirigía hacia ellos.

—¿Qué es eso? ¡Pero si llevan *ramyon*! —dijo Topo, golpeando una de las cajas con desdén—. Qué, ¿os las han dado en la capilla?

—¿Y esto? —comentó a su vez Ojos Saltones, fisgando una de las bolsas que llevaban los chicos—. No creo que hoy, precisamente, vayáis a comer sopa especial de la Isla...

El sarcástico comentario hacía referencia al encuentro mantenido anteriormente, cuando habían hervido *jjigae* con pescado. En cuanto a la expresión «sopa especial de la Isla», así designaban en la Isla de las Flores todo lo cocinado con los desechos alimenticios que los adultos recuperaban durante el trabajo.

—Pues claro, tío —replicó Topo—. Estás hablando con el benjamín de la Cooperativa.

Se conocía coloquialmente como Cooperativa una de las concesiones particulares, la que recibía siempre la basura de mejor calidad. En la Cooperativa, a la que Ashura siempre se refería con especial envidia, se recuperaba el residuo procedente de un área urbana que incluía una base estadounidense, varias fábricas y una zona residencial. Al igual que las concesiones correspondientes a los distritos de la margen meridional del río, la tasa de inscripción en la Cooperativa ascendía a más del triple de lo que se pagaba en otras zonas. En la base americana, todo producto caducado se desechaba sin miramientos aunque no rebasara la fecha más que en unos pocos días y con independencia de su estado. Abundaban, también, mercancías de todo tipo, entre ellas prendas de ropa castrense, tan inalteradas que algunas, incluso, se podían vender. De las fábricas llegaban avalanchas de materiales reciclables, desde fragmentos de acero hasta plásticos, poliestireno y cartones. Si Topo trabajaba en aquella concesión, aunque fuese en la segunda tanda, era gracias a su padre y a su hermano mayor, pioneros de la Isla de las Flores.

Las dos bolsas de plástico que traían Topo y sus amigos estaban llenas de pequeñas cajas.

—Oye —dijo— gracias a mí, hoy vais a conocer el Paraíso.

Aquel alarde de Topo fue recibido por sus dos compañeros en actitud de reverencia. «Lo que disponga Vuesa Merced», parecían transmitir. Nada más llegar a la Base, Topo verificó el nuevo tejado dando golpecitos en las columnas que lo sostenían, así como en las hojas de plástico de la puerta. En su inspección de la Base, se conducía como si el lugar, desde un primer

momento, fuese de su propiedad.

—Os ha quedado bien —valoró—. Lo único, podríais hacer dos ventanas en el lateral, ¿no?

—Ay, ni hablar —objetó Ojos Saltones—. En montar la puerta de entrada tardamos un día entero.

—Vale —concedió Topo—. Ahora que se acerca el mal tiempo, está bien así.

Los chicos abrieron de par en par la puerta que daba acceso al cobertizo y, entrando todos al habitáculo, se sentaron en círculo.

—Oye —exclamó Topo, tumbándose de lado y con las manos en la cabeza—, ¿de dónde ha salido esta manta tan guapa?...

—Es nuestra, ji, ji —apuntó Trasquilón.

—Anoche este y yo dormimos aquí —agregó Ojos Saltones—. En casa los mayores estaban discutiendo y, claro...

—Ya, tu madre y el padre de este, ¿no? —comentó Topo, esbozando media sonrisa que parecía denotar familiaridad con la situación relatada—. No es nada; en la Isla, los jóvenes vivimos en la Base. En mi familia es igual. Mi hermano y yo vivimos en una casa y mi padre en otra.

Ojos Saltones ya estaba al tanto de que, en la Isla, cualquier cosa que uno contara, siempre y cuando lo hiciese respetando ciertas pautas tácitas, se aceptaba con humor. En Topo, por otra parte, creía ver algo diferente de otros chicos del lugar. El muy tunante se desenvolvía en toda lid sin mediación alguna de los adultos. Se ganaba las habichuelas por sí mismo, sin haber pasado por la escuela ni nada por el estilo. Los dos chicos que habían llegado acompañando a Topo ya eran conocidos para Ojos Saltones, pues los había visto en una ocasión. No así los dos que asomaron después a la puerta de la Base.

—Cuánto tiempo, jefe —exclamó uno de ellos, alto y aparentemente mayor que los otros.

Aquel chico, que nada más entrar clavó en Ojos Saltones una mirada que denotaba cierta hostilidad, tenía quince años, uno más que Ojos Saltones, quien se había presentado a Topo con dos años más de su edad real a fin de concederse importancia. Cuando todos hubieron tomado asiento, se procedió a realizar una ronda de presentaciones:

—Este es Ojos Saltones —explicó Topo—, el nuevo que os dije. Trabaja en el vertedero, como yo.

—¿Ojos Saltones? —exclamó el chico espigado—. Vaya mierda de mote, tío. Aunque el mío tampoco es la hostia. Me llaman Saltamontes-cadáver¹.

—Sí, a este menda le puedes llamar Saltamontes o Cadáver, como prefieras —terció Topo, entre risas que secundó toda la concurrencia.

La forma en que aquel chico había presentado su propio mote causó tanta gracia a Ojos Saltones que acabó doblado de la risa y hasta dando palmadas al suelo. Por su parte, Saltamontes-cadáver, ante una reacción del grupo que probablemente le había resultado inesperada, adoptó una expresión facial de fastidio. Seguidamente, y por turnos, cada uno se presentó con su mote. Un chico de carrillos abultados se apodaba Sapo; a otro, que tenía toda la cara cubierta de costras causadas por la atopía, lo llamaban Grano. Completaba el grupo Escarabajo, un muchacho de baja estatura, tez aceitunada y edad en torno a la de Ojos Saltones. A éste, su propio mote, a pesar de ser obra de aquel mismo agente que le dio de cachetes en el destacamento policial de su antiguo vecindario, le llegó a resultar elegante en comparación con los que acababa de oír.

—Oye, tío —interpeló entonces Saltamontes-cadáver a Ojos Saltones, con la cabeza metida entre los hombros y levantando la mirada—, tú te has burlado de mí, ¿eh?

El lugar se sumió en un repentino silencio. Topo, aparentemente recreado, miró alternativamente a los dos hasta que, con semblante grave, Ojos Saltones respondió:

—Oye, que me he reído solo porque te has reído tú.

—Tú me quieres tocar las narices... —replicó el chico, alzándose de un respingo dispuesto a asestar un puntapié a Ojos Saltones, que también se puso en pie como un resorte.

—Si queréis bronca —exclamó Topo, interponiéndose entre ellos—, que sea en la calle y como es debido.

Todos salieron, pues, a la entrada de la Base. Lo de las peleas no era nada nuevo para Ojos Saltones, experto en varias decenas de enfrentamientos cuando vivía en su antiguo barrio. Era probable, por otra parte, que un tipo tan susceptible como Saltamontes-cadáver tuviera muchos puntos débiles.

Manos caídas, descuidada la pose, Ojos Saltones se plantó en medio del patio. Su contrincante se daba al juego de piernas y blandía los puños a la espera de su oportunidad. A Ojos Saltones no le gustaba prolongar los combates más de lo necesario. En anteriores refriegas, había adquirido el hábito de aprovechar el primer talón de Aquiles de su oponente para lanzar unas pocas y certeras acciones dirigidas a tumbarlo en el menor tiempo posible. Cuando su adversario le lanzó una patada, él, en lugar de esquivarla, agarró el pie y, con la mano libre, le atizó en el rostro. Saltamones cayó desplomado hacia atrás y, tras recibir dos patadas en el costado, adoptó la postura de un bicho bola, tosiendo como si se ahogara.

De tan corto y fácil, el combate llegó a resultar aburrido para Ojos Saltones.

—Eh... ¿Estás bien? —le dijo a Saltamontes, agachándose y dándole golpecitos en la espalda.

—Dadle agua —intervino Topo.

El tal Escarabajo, entonces, tomó agua de un bidón y se la acercó a Saltamontes, que la apartó con un gesto brusco de la mano, se puso en pie y desapareció rumbo a los sembrados.

—Déjalo, le pasa por tocar los huevos —dijo Topo, instando a Escarabajo a abandonar su impulso de seguir al chico—. Ya volverá cuando se le pase.

El incidente le había brindado a Ojos Saltones la oportunidad de mostrarse ante Topo y los demás chicos como un rival a tener en cuenta, circunstancia que le causó cierto sentimiento de suficiencia que, sin embargo, procuró no revelar.

—Tampoco había necesidad de esto —expresó—. Tendríamos que haber seguido riendo sin más.

—Por eso le llamamos Saltamontes-cadáver —explicó Topo—. A la mínima se enerva.

Ausente Saltamontes, todos rieron sin contención. Topo sacó cuatro pequeñas cajas de una bolsa de plástico, abrió una que contenía varias latas de conservas y un envoltorio marrón.

—¿Qué es esto? —dijo Sapo, fiscingando la bolsa.

—Yo ya lo había visto antes —dijo Grano—. Viene de los cuarteles de los americanos. Traen un montón de cosas.

Sin decir palabra, Topo abrió el envoltorio, del que salieron paquetitos de diversas formas. Había bombones redondos envueltos en papel de plata, galletas también empaquetadas, mantequilla, queso, jamón york, paquetes de chicle y hasta unos pitillos, también café y cacao, azúcar, leche en polvo y alimentos de lo más surtidos. Todos acercaron la cabeza a las rodillas de Topo, aunque no pasaron de contemplar el género. Topo tomó de la bolsa dos abrelatas. Uno con un agujero alargado en un extremo, como una aguja; el otro, afilado, asemejaba una azada.

—Oye, a ver si hay algún cartón o papel de periódico —indicó Topo, tras vacilar unos instantes.

Escarabajo salió corriendo y tomó un fragmento de cartón de los que había apilados como combustible para las fogatas. Con parsimonia, Topo comenzó a abrir las latas, que contenían tanto jamón york en bloques como caldo de pollo.

—A esto le llaman *C-ration* —declaró Topo—. De vez en cuando aparece una en la basura de mi zona.

Tomó las cuatro cajas de que constaba la tal *C-ration*, las abrió, las dispuso sobre el trozo de cartón y, en orden, comenzó a repartir su contenido entre los chiquillos. Dividió por la mitad los cuatro bombones, entregando medio a cada muchacho. Lo mismo, a razón de cuatro por cabeza, hizo con los chicles. Tocó cada uno a dos caramelos, y en cuanto al contenido de las latas, Topo lo vertió todo en una sartén de que disponían para cocinar en la Base. Tras cubrirlo de agua sin mucho garbo, dispuso una lata de aceite sobre el infiernillo y encendió el fuego, de donde no tardó en surgir un aroma formidable. Cuando el agua comenzó a hervir, los chicos agregaron los tallarines tipo *ramyon* a aquel guiso, que casi alimentaba con su mero aspecto y aroma. Cuando Topo se puso a servir la comida, cada chico tomó una de las latas vacías y unos palillos de usar y tirar, pero ya utilizados varias veces, y se acercaron todos a la cazuela.

—¿Por qué tiran cosas que están nuevas? —preguntó Ojos Saltones, masticando un trozo de carne y un haz de tallarines.

—Pues eso digo yo —respondió Topo—. Con lo bueno que está.

—Ya podríamos comer siempre así, ji, ji —intervino Trasquilón, que no dejaba de reír y tardó tan poco como los demás en vaciar su lata.

Los chicos estaban felices. Dándose aires de mariscal, Topo tomó un cigarrillo, se lo puso en la boca y, con cara de deleite, contempló cómo todos comían a dos carrillos. Terminada la cena, Grano pareció asaltado por un súbito recuerdo:

—Esto —dijo, sacando algo de un bolsillo— lo había traído yo para dejarlo aquí en la Base.

Tras examinar el objeto con la mirada, Topo pulsó un botón, produciendo un leve sonido electrónico. En la pantalla tomó forma un muro que, ladrillo a ladrillo, se iba derribando por obra de un objeto cilíndrico que se desplazaba por la parte inferior.

—Anda, un rompeladrillos —exclamó Topo—. Tío, esto es para críos de preescolar. Últimamente está de moda el Super Mario y esas cosas.

—¿Qué es eso? —preguntó Grano.

—Yo una vez me encontré uno en el trabajo —explicó Topo, devolviéndole el juego a Grano—. Estaba roto, lo único. Lo tiramos sin más.

Sentados aparte y por turnos, Trasquilón y Sapo se engancharon al rompeladrillos.

Topo y Ojos Saltones, por su parte, tomaron asiento en el promontorio que daba a la parte trasera de la Base y se dieron a la contemplación del río, en cuyas aguas brillaban los rayos solares.

—¿Tú has cruzado alguna vez a la ciudad? —preguntó Topo.

—Allí vivía —explicó Ojos Saltones—, pero, desde que estoy aquí, nunca he vuelto.

—Oye, pero tú me dijiste que vivíais en un barrio de una ladera —protestó Topo, aparentemente irritado por el testimonio—. Yo me refiero al centro de la ciudad. Yo fui una vez y me comí una hamburguesa.

—Sí, he estado de paso. Había un centro comercial, cines y un montón de tabernas.

—Los adultos, cuando salen de aquí, van solo a los suburbios. Tú y yo podríamos ir un día al centro, ¿qué te parece?

—Y, ¿para qué? —replicó Ojos Saltones, riendo—. Allí sin dinero no hay nada que hacer...

* * *

ACABABA LA LUNA llena de encumbrar su redondez sobre el caudaloso río cuando, discretamente, Ojos Saltones y Trasquilón abandonaron la Base y, sin necesidad de intercambiar palabra al respecto, tomaron el rumbo que ambos tenían en mente. Cruzaron los sembrados, subieron el altozano y se encaminaron a los prados que se extendían al lado opuesto de las chabolas. A lo lejos se divisaba un foco luminoso y se oían esporádicos ladridos. Al aproximarse a la vivienda, los ruidos, que provenían del invernadero anexo a la casa, se tornaron más estruendosos y el inicial galimatías dio paso a un coro en que se distinguían ladridos correspondientes a varios perros diferentes.

—Pasad, chiquillos —dijo el abuelo chatarrero, asomando a la puerta.

Una vez en el interior de la vivienda, Flaquita los recibió con fieros ladridos. Después echó a correr a los brazos de Trasquilón, donde, meneando la cola, se acurrucó. Todos los chuchos acercaron la nariz a los pies de Ojos Saltones y comenzaron a gemir. Ya era la hora de la cena y la mamá de Flaquita estaba a punto de poner la mesa.

—Vaya, ya están aquí los tíos —exclamó—. ¿Dónde andáis todo el día que venís tan tarde? ¿Habéis cenado?

—¿Dónde van a haber cenado? —intervino el abuelo chatarrero—. Venga, llegáis a tiempo.

—No se preocupe —arguyó Ojos Saltones, con franqueza—. Llevamos todo el día picando; no tenemos mucha hambre.

—Venga, que hemos hecho *ttok* —contrarreplicó el viejo—. Aunque sea, *probarlo*.

La mamá de Flaquita tomó un mazacote de *ttok* ahumado y unos cuantos pastelillos, también de *ttok*, y los dispuso en un plato que ofreció a los chicos. Mientras padre e hija cenaban, los perros masticaban su pienso con avidez y los muchachos dieron cuenta de aquel *ttok*. Hacía mucho que Ojos Saltones no probaba la pasta de habas rojas con que se hacía el *ttok* ahumado; la última vez habría sido en la niñez, con motivo de algún cumpleaños.

De súbito, y en un tono que denotaba confianza, Trasquilón interpelló a la mamá de Flaquita:

—Oye, ¿dónde venden alforfón en gelatina?

—¿Alforfón? —respondió la mujer, al cabo de unos instantes, observando

al chico y aún con la cuchara en la mano—. ¿Para qué?

La presencia del abuelo chatarrero obligó a que el pisotón de Ojos Saltones a Trasquilón fuese leve, tanto que el chico no se dio por aludido y pudo completar su intervención:

—Hemos hablado con el crío pequeño de los Kim. Dice que están enfermos y que para curarse tienen que comer gelatina de alforfón...

Fingiéndose no haber oído aquello, el abuelo chatarrero se limitaba a comer. No así la mamá de Flaquita, que tras depositar su cuchara sobre la mesa, se acercó a Trasquilón y dijo:

—Debe de ser el pequeño. Donde los Kim viven tres generaciones juntas, como nosotros antaño. —Y añadió—: ¿Alforfón? Otra cosa no, pero eso en el mercado se encuentra por doquier...

—Puedo ir yo de una carrera —intervino el abuelo chatarrero, girándose— y traerlo.

En silencio, la mamá de Flaquita y los dos chicos se giraron para mirar al viejo, quien, tomando un trago de agua e incorporándose como un resorte, añadió:

—Además es la Fiesta de Otoño. Si no nos damos prisa, no podremos conseguirlo.

—¿Le puedo acompañar? —preguntó Ojos Saltones.

—Sí, claro —respondió el viejo—. Hay que cruzar el puente; entre ir y volver, tardaremos veinte minutos o así.

Mientras la mamá de Flaquita y Trasquilón ponían a cocer el arroz que había sobrado para dárselo a los perros del invernadero anexo a la casa, el abuelo chatarrero y Ojos Saltones montaron en el pequeño camión. Para el abuelo chatarrero se trataba de una ruta muy trillada y, a pesar de lo irregular de la pista, no tardaron en salir a la senda que pasaba por la pequeña tienda del poblado, dejar atrás las oficinas del vertedero e incorporarse a la ancha vía sin pavimentar por donde transitaban los camiones de basura. El pequeño camión pasó el puente que Ojos Saltones y su madre habían cruzado el día de su llegada a la Isla, pero luego, en lugar de proseguir por la carretera ribereña, giró hacia la vía local secundaria que por allí discurría. A partir de aquel punto, la calzada era de asfalto y hasta la flanqueaban algunos árboles. Era la primera vez, en varios meses, que Ojos Saltones salía de la Isla de las Flores.

—Así que el viejo Kim y su familia existen de verdad... —masculló, como si hablara solo, el viejo chatarrero.

—El niño dice que han vivido siempre a nuestro lado —dijo Ojos Saltones.

—El caso es que yo ya había oído eso de que les gusta el alforfón —prosiguió el viejo, girándose esta vez en dirección a Ojos Saltones—, pero pensaba que eran cuentos de mi hija.

—Igual que yo... —replicó el chico.

A lo lejos se divisaba ya la población, cuyos intensos focos iluminaban los sembrados y los surcos del arrozal. Se atisbaba, también, un edificio de tres alturas y, siguiendo la nueva calzada, se mostró ante ellos la hilera de construcciones que albergaba el mercado, atravesadas por callejuelas estrechas que daban acceso a bloques de viviendas.

Al llegar a una calle ancha, el vehículo giró a la izquierda. Salió a su paso, primero, un aparcamiento de no poca amplitud y, más adelante, un angosto callejón que daba entrada al mercadillo.

El abuelo chatarrero aparcó el camión y, seguido por Ojos Saltones, dio unas cuantas vueltas. Recorrieron tiendas de productos alimenticios, de bienes de todo tipo, casas de comidas. A diferencia de los establecimientos aledaños, la tienda en cuya puerta se detuvo el viejo permanecía abierta, cosa que no era habitual tratándose de una fecha tan señalada. Las gentes del mercado, por lo general en corros de tres o cuatro personas sentadas, degustaban productos típicos del festivo regados con *makkoli*. Algunos ancianos miraban la televisión en solitario. La tienda en cuya puerta se detuvieron disponía de verduras, brotes de soja, hasta tofu y, en general, productos de los que se usan en la elaboración de platos de acompañamiento, por lo que allí paraban constantemente gentes que habían salido a hacer la compra para la cena. El abuelo chatarrero hizo memoria y recordó nítidamente que aquel era el lugar donde se podía adquirir el alforfón.

—¿Tiene alforfón, señora? En gelatina...

—Pues, mire usted, se nos ha *terminao* —dijo la tendera—. En días de fiesta no hay mucho de eso. Pásese mañana a ver.

—Es que lo necesito hoy, ¿sabe *usté*? —insistió el abuelo chatarrero.

—Y, ¿eso? ¿Se ha *jugao* usted a las cartas un plato de gelatina? —replicó

la mujer, entre risas que denotaban lo descabellado de la petición. Sin pensárselo dos veces, se asomó y gritó en dirección a la tienda de enfrente:

—¡Oye! ¿Tenéis alforfón en polvo?

Tras husmear un poco por su local, el vendedor de la tienda contigua blandió en el aire un paquete de plástico, que movía ligeramente en un gesto que parecía expresar «¿Esto, señora?».

El abuelo chatarrero se acercó y comprobó que la inscripción del paquete correspondía al producto buscado. El vendedor buscó más por la tienda y halló en total unos cinco paquetes.

—Me los pone todos, si hace el favor —dijo el abuelo.

—Ahí va —bromeó el tendero—. ¿Qué va usted a poner, una fábrica?

Una vez conseguido el alforfón en polvo, y como recordando de pronto algo que tuviera pendiente, el abuelo chatarrero cogió un pack de diez botellas de *makkoli*. Repartió la compra con el muchacho y regresaron al camión.

—Claro, es como hacer una pasta —comentó el viejo—, no hay más que amasarla y, cuando se endurece, se vuelve gelatina. Se me había olvidado. Antaño se hacía así con la soja verde, con la bellota y con todo.

—Yo hace mucho que no como gelatina de alforfón —refirió Ojos Saltones.

—No me extraña —dijo el viejo, asintiendo—. Se han perdido un montón de cosas de antes.

El camión puso rumbo a la Isla de las Flores; desde la distancia las colinas, de escasa altitud, parecían enlazadas en una larga sierra. La luna, por encima, parecía flotar. De espaldas a ellas, hacia el lado derecho de los prados que siempre se veían al cruzar desde el vertedero, tintineaban las luces de la población que se extendía al otro lado del brazo estrecho del río.

—Oiga, aquí en la Isla, ¿antes había un barrio? —preguntó Ojos Saltones.

—Claro —respondió el abuelo chatarrero, prolongando la «a»—. Ahí nació yo. Había una barriada grande. Cuando hicieron el vertedero, la gente cogió la indemnización y se instaló en el poblado del otro lado del brazo del río. Aunque, por lo visto, muchos tampoco estaban a gusto y acabaron largándose también de allí.

Asaltada su memoria por la añoranza de su antiguo vecindario, Ojos

Saltones se dio entonces a un momentáneo paseo mental por las empinadas callejuelas.

—Digo yo, ¿dónde va a vivir bien la gente? —prosiguió el viejo—. Sin dinero no se vive bien en ningún sitio... Aquí, al menos, uno tiene aseguradas las habichuelas, ¿no? Lo único es aguantar un poco los mosquitos y las moscas. Y, ahora que viene el frío, ni eso.

Girando el volante, el abuelo chatarrero guió el camión hacia el puente que cruzaba el brazo estrecho del río.

—Es una suerte que hayáis venido —le dijo a Ojos Saltones, que lo escuchaba sin intervenir—. Antes mi hija no paraba por casa, andaba siempre por ahí sola. Los mocosos la llamaban loca y le tiraban piedras. —Y, tras una pausa, prosiguió—: Lleva así desde los veinte años más o menos, cuando murió su madre. La gente decía que, si la había poseído algún espíritu, había que llamar a una chamana que se lo sacara y tal. Hoy día, aunque le sigue pasando de vez en cuando, está mejor que antes.

Tras subir una cuesta, el camión pasó nuevamente ante las oficinas del vertedero y frente a la tienducha de ultramarinos.

—Aquí en el vertedero, igual que convivimos con las moscas, también hay entre nosotros... cómo decirlo... espectros... ¿A ti no te da miedo?

—Qué va —respondió Ojos Saltones, negando con la cabeza—. Me parece interesante.

Y era cierto. Qué fantasma iba a causarle espanto precisamente allí, en la Isla de las Flores, con aquel pestazo de cada mañana, con el polvo y los enjambres de moscas, con aquellos horribles camiones volquete y la inmundicia que depositaban; qué miedo iba a infundirle ningún espectro si, en su día a día, resultaba tan normal que el rastrillo se topara con cuerpos de animales en descomposición sepultados por la basura que uno apartaba con el pie sin apenas reparar en ellos... Qué le iba a asustar en medio de todos aquellos objetos desechados y usados por la gente que, en número incalculable, corrían el mismo destino que las cabezas de pez que aparecían de vez en cuando, distorsionadas hasta resultar masas informes, desmenuzadas hasta lo indivisible, vueltas objetos amorfos, grotescas, perdida toda relación con su apariencia original. «Ay —estuvo a punto de decir Ojos Saltones, con la vista fija en los matorrales del camino—, qué

ganas de alzar el vuelo y marchar a otro mundo...».

El camión se detuvo en la puerta de la vivienda. Los ladridos, esta vez, parecían ser más de bienvenida que de advertencia pues, intercalados, se oían incesantes gemidos y parecían alzar la voz. Con la compra en la mano, el anciano y el chico se adentraron en la casa, donde uno de los perros, viejo y lisiado, acudió a la carrera atraído por el aroma de lo que contenían las bolsas.

—¿Qué es esto? —preguntó la mamá de Flaquita, tomando las bolsas—. Fue Ojos Saltones, y no el abuelo chatarrero, quien respondió:

—Es alforfón en polvo. Con esto se hace la gelatina.

—¿Sí? ¡Bien! —exclamó la mamá de Flaquita—. Yo eso lo sé hacer.

La mujer salió a la entrada de la vivienda, donde dispuso sobre el fogón un bidón que hacía las veces de hornillo. Sin sacarlo de su envoltorio, la mujer depositó el polvo de alforfón en un cuenco de plástico, de los que se usan para servir el *kimchi*, al que añadió agua. Con una paleta de cocina en forma de cucharón, comenzó a batir la mezcla. Impaciente, el anciano abrió una botella de *makkoli* y se sirvió un cuenco que vació de un solo viaje. Sirviéndose de la paleta, la mamá de Flaquita tomó la recién formada pasta de alforfón y, en una fuente, comenzó a amasarla. Después la aplastó ligeramente a fin de enrasarla y depositó la fuente en el tablón que servía de encimera.

—En cuanto se enfríe, se pone dura enseguida —dijo y, dirigiéndose al viejo chatarrero, añadió—: Padre, ¿está bebiendo?

—Sí, para ver cómo está —respondió el anciano—. Aparte de la gelatina, habrá que darles un vasito de *makkoli*, ¿no crees?

Desde que el viejo chatarrero y Ojos Saltones retornaron del mercado hasta que la masa terminó de endurecerse transcurrió, aproximadamente, hora y media. De haber contado con un molde cuadrangular, la gelatina de alforfón habría formado un bloque más esmerado. En el molde en forma de media luna donde la prepararon, adquirió forma de empanada, aunque más tarde, al colocarlo en una tabla de cortar y hacerlo rodajas, consiguieron darle un aspecto cuidado y similar al característico de la gelatina de alforfón. La mamá de Flaquita se puso la fuente en la cabeza y los chicos sostuvieron la bolsa de plástico que contenía las botellas de *makkoli*. A punto estaban de

salir de la casa cuando Flaquita, con vehementes ladridos, manifestó su intención de acompañarlos. El viejo chatarrero la alzó en sus manos y, mirando al exterior, le dijo a la mamá de Flaquita:

—Hija, pídeles que sanen tu mal.

La luna ya se hallaba suspendida en un punto muy cenital de la bóveda celeste y todo el mundo visible estaba envuelto en luz blanquecina. Si la luz de la luna poseía una cualidad que la diferenciaba de la eléctrica, era la de atildar el paisaje, ocultando oportunamente sus elementos desagradables, y dotar al río, a los árboles, a las hierbas y aun a las piedras de un aire más amigable y acogedor. Seguida de los chicos, la mamá de Flaquita atravesó los parajes donde las hierbas formaban tupidas florestas y puso rumbo a la garganta. La luz de la luna transfiguraba el bosque en un mundo radicalmente distinto. Tanto las retorcidas ramas de los árboles como los chaparros arbustos se enganchaban en los pies. Las eulalias, que rebasaban en altura a los chicos, plantaban en sus rostros heladas gotas de rocío. Envolvían el lugar altos árboles, cuyas ramas decoraba la luz de la luna.

Una vez en la pequeña explanada que daba acceso al santuario, bajaron al suelo la fuente que contenía la gelatina. Dispusieron las botellas de *makkoli*, destapadas y ordenadamente, en el porche del templo. Tomando una de ellas, la mamá de Flaquita se ubicó bajo el viejo sauce y, tras echar un trago, roció repetidamente la base del tronco. Tras vaciar una botella casi entera, la mujer experimentó una contracción de sus hombros, manifestó náuseas y, sin más, se desplomó. Golpeó repetidamente el suelo con manos y pies, irguiéndose después para quedar sentada como si nada hubiese ocurrido. Trasquilón, que había presenciado varias veces aquella escena, mantuvo una actitud compuesta mientras asía las manos de la mujer. No así Ojos Saltones, a quien el espectáculo, que contemplaba por segunda vez, no dejó de causar una transitoria inquietud. Vagamente, conjeturó que aquellos episodios no le sobrevenían a la mujer de un modo periódico sino, más bien, como respuesta a algo que acontecía en su interior.

—Venid, sed bienvenidos... —comenzó a decir la mujer, agitando las manos ante sí y escudriñando el bosque con la mirada—, recibid estas ofrendas.

Trasquilón y Ojos Saltones vieron unos puntos de luz azul que se movían

entre los árboles. Al punto los destellos, con un leve murmullo, comenzaron a agruparse y se detuvieron a una distancia prudencial del santuario. La mamá de Flaquita retrocedió y, acompañada de los dos chicos, comenzó a moverse en dirección a la ribera. Solo entonces aquellas sombras volvieron a movilizarse y llegaron hasta el santuario, donde comenzaron a dar cuenta de la gelatina de alforfón y del *makkoli*. Entonces se acercó a ellos una sombra menuda en la que Trasquilón reconoció al pequeño de los Kim:

—Te hemos traído la gelatina de alforfón.

—Gracias —dijo el niño, saludando con una inclinación de la cintura, al igual que en su primer encuentro.

—¿Ha venido toda tu familia? —preguntó Ojos Saltones.

—Sí —dijo el niño, enumerando como si recitara una suerte de conjuro—, mi abuelo, mi abuela, mi padre, mi madre, mis tíos, mis tías, mis primos, mis primas, mis otras tías y yo, el más pequeño.

—¿Me reconoces? —le preguntó entonces la mamá de Flaquita—. Eres el hijo pequeño del señor Kim, ¿verdad?

—Sí, señora —respondió el niño, con una risilla—. Somos la familia Kim. Usted se comunica con la anciana del sauce, ¿a que sí?

—Sí, ahora mismo esa anciana soy yo.

—Coma con nosotros —la invitó el niño.

—No, gracias —dijo la mujer—, me he tomado un cuenco de licor bien fresquito.

El niño, entonces, se unió nuevamente a la muchedumbre. Un continuo murmurar atestiguaba que los Kim charlaban, comían y bebían. Asomándose entre los árboles, el niño se acercó nuevamente y, dirigiéndose a los chicos, dijo:

—Venid, mi familia quiere veros.

Los tres, Trasquilón tomando la delantera, se acercaron a los Kim. A primera vista, habría unas veinte personas y, por su ordenada colocación junto al santuario, no parecía sino que se fueran a tomar una foto de grupo. Un miembro de la familia, ataviado con un mono de trabajo gris y ajado, como los que vestían los hombres de mediana edad en el vertedero, y con una gorra del Saemaeul, dio un paso adelante y les dijo:

—Yo soy el padre del crío. Mi familia estaba enferma y, gracias a

vosotros, ya nos hemos repuesto.

Asintiendo y moviendo los miembros en el aire, un anciano que estaba detrás de aquel hombre dijo:

—Mirad, ya tengo las piernas y los brazos como nuevos, jo, jo.

El viejo, de barba nívea, llevaba un viejo traje de chaqueta y pantalones de algodón, de los antiguos, con agujeros por donde le asomaban las rodillas. También había una mujer de mediana edad, pantalón holgado de motivos florales, camisa y un paño en la cabeza, atuendo, en conjunto, típico de la gente dedicada a los menesteres agrícolas. La mujer, que resultó ser madre del pequeño Kim, le dijo a la mamá de Flaquita:

—Anciana del sauce, gracias por cuidar de mi familia.

—Dice que son ustedes muy fuertes —replicó la mamá de Flaquita—. Para eso estamos, para ayudarnos unos a otros.

—Podríais venir un día a mi barrio —propuso el pequeño de los Kim a Trasquilón.

—¿Quieres decir que tu barrio es este? —replicó Trasquilón, a lo que el niño, con su habitual risilla, respondió:

—Llevamos mucho tiempo viviendo en la Isla de las Flores.

—Gracias por la comida —dijo entonces, en tono vigoroso, el anciano Kim—. Bueno, es hora de volver al trabajo.

Los Kim se movilizaron con gran algazara y, convertidos nuevamente en destellos azules, comenzaron a esfumarse por entre los árboles que rodeaban el claro donde estaba el santuario. Pronto desaparecieron sin más. La mamá de Flaquita y los dos chicos quedaron un tiempo pasmados y con la vista perdida.

—¿Qué ocurre aquí? —masculló al fin Ojos Saltones, como volviendo en sí repentinamente y adquiriendo su voz un matiz de tibieza que no encajaba con las circunstancias—. Pero, ¡si son iguales que las gentes del vecindario! ¿También trabajan en lo de la basura?

—Si han dicho que trabajan la tierra, ji, ji —replicó Trasquilón.

—También la anciana del sauce —agregó la mamá de Flaquita, asintiendo — dice que ellos son los dueños originarios de la Isla de las Flores.

Tras dejar atrás el bosque, cruzar la espesura de eulalias y atravesar un paraje salpicado de pequeños montones de aparatos eléctricos apilados, los

tres retornaron a la casa de Flaquita.

1 «Saltamontes-cadáver» (*songjang mettugi*), nombre común del insecto *Patarga succincta* en lengua coreana, hace referencia al vómito de fluidos digestivos que lleva a cabo como parte de su estrategia de protección contra depredadores, y que en el medio rural, antiguamente, se creía sangre.

A MEDIDA QUE AVANZABA el invierno, el trabajo se volvía cada vez más arduo. La cantidad de briquetas de carbón que llegaba al vertedero se triplicaba o cuadruplicaba, y durante los más de diez días que duraba la temporada del *kimchi* no solo los trabajadores de la segunda tanda, sino también los recuperadores de la primera línea, veían drásticamente reducida la posibilidad de encontrar objetos en condiciones de reciclaje. Y es que tanto los desechos procedentes de la elaboración del *kimchi* como los vinculados a las calderas de carbón llegaban a un ritmo tan incesante y copioso que, durante un tiempo, sepultaban en gran medida los plásticos, botellas, latas, cartones y hierros y demás objetos recuperables. En lo concerniente a briquetas de carbón y subproductos del *kimchi* que, en conjunto, constituían aproximadamente la mitad del vertido total, no se observaba una distribución diferenciada por zonas.

—Como digo yo siempre —comentó Ashura—, es una ley de la naturaleza: se van las moscas y los bichos, llega el carbón.

Al terminar la jornada de la tarde, los mismos buldóceres que en otro tiempo hacían los trabajos de cubrimiento de tierra se dedicaban a quebrar las briquetas de carbón y allanar el conjunto, tarea que levantaba densas nubes de humo blanco. Las gentes que antes parecían cubiertas de hollín daban ahora la sensación de haberse puesto un saco de harina en la cabeza.

La primera nevada del invierno encontró a Ojos Saltones dedicado al trabajo vespertino de clasificación y acarreo de los desechos recuperados por su madre. Cuando, con los sacos a cuestas, el joven descendió al descampado que quedaba al pie del montículo, vio llegar una larga fila de motos y autobuses. El viejo chatarrero, que venía en la comitiva, interpeló a la madre del chico:

—Parece que hoy tenemos buen género, ¿no?

—Y que lo diga —comentó la madre—. Aquí, contando solo las cosas del

kimchi, llevamos ya varios camiones y también bastante cartón. Llévase un poco de plástico y de cartones.

Los propietarios de chatarrerías y chamarilerías trabajaban de modo independiente y desempeñaban el papel de intermediarios en la cadena de reciclaje. En moto o al volante de pequeños camiones, visitaban la zona de vertido diariamente, sin esperar a los días de venta al por mayor, e iban adquiriendo lo que les interesaba del género recuperado, y era gracias a ellos como los trabajadores de la recuperación de basura contaban siempre con algún dinerillo para sus gastos cotidianos.

—Sí —replicó el anciano—, pásame esa lata y aquellos plásticos, haz el favor.

Ojos Saltones procedió a apartar cinco costales de material recuperado del montón donde estaban y, a fin de determinar su peso, los colocó en la báscula que a tal efecto tenían en el lugar de clasificación. El abuelo chatarrero se echó los sacos al costado y los cargó en su pequeño camión.

—Bueno, por hoy ya está *liquidao* lo vuestro, ¿no? —preguntó el abuelo, acomodándose en el asiento del conductor.

—Sí, ya estábamos colocando las cosas —explicó Ojos Saltones.

—Es que me han *preguntao* por ti...

—¿Quién? ¿Su hija?

—Sí, está con tu hermanito...

Ojos Saltones asintió, echó a correr hacia su madre y le dijo que se marchaba con Trasquilón. Puesto que, además de llevar allí desde la madrugada, el trabajo de la tarde estaba más que resuelto, la madre relevó al joven en su tarea y le dejó ir. Al arrancar, los faros del vehículo pusieron de manifiesto las cosas diminutas que revoloteaban en el aire. Solo entonces, puesto que la gorra y las varias capas de ropa en que iba enfundado le habían impedido sentirlo anteriormente, reparó en los copos de nieve.

—¡Eh! —exclamó Ojos Saltones, algo entusiasmado—. ¡Pero si está nevando!

—Sí —comentó el anciano, girando el volante—. Al ser la primera nieve del invierno, no creo que caiga mucha —añadió—. Eso espero, porque, si no, esto va a ser duro para todos.

En lo que el camión cubrió la distancia que separaba el vertedero de la

casa de Flaquita, la precipitación se volvió más copiosa, aunque la nieve, a su paso, no tardaba en derretirse. Al llegar, le dio la bienvenida una escandalera de ladridos. La mamá de Flaquita y Trasquilón se asomaron al patio, salpicado ya de parches de nieve.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Ojos Saltones, al ver que la mamá de Flaquita preparaba cosas.

—Hoy he hecho el *kimchi*. No mucho, porque total, para dos que somos..., y he hecho también el alforfón que sobró.

Intercalando risillas, como hacía siempre que su ánimo era bueno, Trasquilón exclamó:

—¡Qué contentos se van a poner los Kim! ¡Ya me gustaría ver al niño!

En la mesa dispusieron cogollos de lechuga romana y un aderezo para acompañar la panceta que acababan de asar. La mamá de Flaquita colocó también una botella de *makkoli* que había preparado ex profeso, sirvió en primer lugar a su padre, y estaba inclinando ya la botella para despacharse un cuenco cuando el viejo chatarrero, con preocupación, dijo:

—¿Tú lo puedes tomar, aunque haga mal tiempo?

A pesar de ello, tomó la botella de manos de su hija para servírselo él y los dos vaciaron sus cuencos de un solo trago. Con la fuente de gelatina de alforfón a un lado, la mamá de Flaquita y los dos chicos tomaron las botellas de *makkoli* y pusieron rumbo al bosque donde se encontraba la garganta. A la frondosidad que siempre le daban al camino las ramas de árbol y las eulalias había que añadir, esta vez, la humedad que las impregnaba. Por su parte, el arenal que ocupaba el claro se hallaba cubierto de nieve. Al igual que en otras ocasiones, la mamá de Flaquita se plantó ante el tronco del viejo sauce, elevó la botella de *makkoli* y, tras beber un trago, vertió un chorro al pie del árbol. Hecho esto, experimentó repetidos temblores de hombros y pareció presa del pánico, mas esta vez no se desplomó al suelo ni sufrió convulsiones. Únicamente cambió su voz, adoptando un tono de sosiego.

—Ja, ja, qué rico... —expresó.

Colocó entonces la fuente de gelatina de alforfón en la porción de suelo que quedaba bajo el santuario, puso al lado la botella de *makkoli* y, mirando al bosque de eulalias, gritó:

—¡Venid, sed bienvenidos! ¡Comed y bebed estas ofrendas!

En la oscuridad reinante se comenzaron a manifestar presencias. Con un leve rumor, fueron apareciendo los Kim. Ojos Saltones los vio avanzar hacia ellos, en tropel y sin detener sus pasos, al igual que la otra vez. El padre del niño, con su gorra de Saemaetul, la madre con su pañuelo en la cabeza y el pantalón holgado de agricultora, el abuelo de barbas blancas, la abuela con su viejo traje de chaqueta, los tíos, uno de ellos con su uniforme del ejército reservista, las tías, los primos, los hermanos, hermanas y, por fin, el benjamín de la familia. Todos, acompañados del silbido de una ráfaga de viento cortante, se dieron cita en torno a la fuente que contenía la gelatina. Así, el pequeño santuario, donde solo estaban hasta ese momento la mamá de Flaquita y los dos chicos, se vio repentinamente tomado por una multitud de la que, no obstante, solo se sentía el frío de la ráfaga de aire. Debido, acaso, a la oscuridad que envolvía el lugar, los rostros de los Kim no presentaban rasgos distintivos, reflejos rojizos ni azulados y, de algún modo, uno tenía la sensación de estar junto a vecinos bien conocidos.

—Gracias, anciana del sauce —dijo el padre del niño a la mamá de Flaquita—. Con su ayuda, mi familia se ha recuperado del mal que la aquejaba.

—Un placer. Coman, sírvanse en abundancia.

—¿Qué tal? —saludó el pequeño Kim a Trasquilón y Ojos Saltones—. Nosotros hemos estado muy atareados.

—¿Y eso? —replicó Trasquilón.

—Con la cosecha del otoño. De aquí a la luna llena de Año Nuevo, descansaremos.

—Venga, sírvete tú también —le instó la mamá de Flaquita.

El niño asintió y, haciéndose hueco entre los adultos, participó del ágape. Con regocijo, la mujer y los dos chicos veían comer y beber a toda la familia Kim. Tras dar cuenta, con visible gusto, de la gelatina de alforfón y disfrutar también del *makkoli*, los Kim saludaron cortésmente a la mamá de Flaquita, a los muchachos y, con discreción, emprendieron la retirada. Acercándose a Trasquilón, el pequeño Kim le dijo:

—¿Queréis venir a mi poblado?

—¿De verdad podemos ir? Ji, ji.

—Claro, no tenéis más que seguirme.

Dicho esto, el pequeño Kim echó a andar tras sus mayores, que se adentraban ya en el bosque de eulalias. Sin tiempo para pensarlo dos veces, Trasquilón y Ojos Saltones se incorporaron.

La tupida profusión de eulalias, cuyas hojas secas rozaban en la cara, dio paso, pronto, a una repentina neblina. Transcurridos unos instantes, todo el campo visual se vio inundado por una luz blanca e intensa. Tan espesa era aquella niebla que hasta la silueta del pequeño Kim, que caminaba por delante de ellos, se difuminaba ocasionalmente. La bruma, poco a poco, se fue disipando. El nuevo panorama no era tan luminoso como si estuvieran a plena luz del día; era, más bien, algo cercano a la sensación íntima de las noches de luna. A su derecha discurría un río en cuya otra orilla se extendían campos de cultivo. Al fondo, una cadena de montañas que asemejaba un gigantesco biombo. Tras de ellos se alzaban altos montes, imponentes cual acantilados sobre el cauce fluvial. Al frente, un pequeño embarcadero de arena y unas lomas de escasa altura que destacaban de entre los campos de sorgo, cuyas espigas mecía la brisa. Flanqueaba el sinuoso sendero una hilera de altos sauces.

A resguardo de un tupido bosque de bambú, se extendía una aldea salpicada de tejados de paja, y otra más se apreciaba en lo alto de un monte. Adelantándose hasta alcanzar al pequeño Kim, Ojos Saltones le preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Pues ya lo ves —dijo el niño, con su risa habitual—. En la Isla de las Flores.

—¿Me estás diciendo que estamos en mi poblado? —replicó a su vez Trasquilón, oteando el lugar.

—Sí. Así era antaño —explicó el pequeño Kim.

—¿Antaño?

—Que sí, hombre. Mira, por allí está mi casa.

Detuvieron momentáneamente la marcha en un punto que ofrecía vistas panorámicas del río, en mitad de cuyo caudal, cubierta de frondoso bosque y arbustos, se divisaba una isla vecina. Un pequeño velero surcaba las aguas y, en los prados ribereños, pastaba una vaca con su ternero. En las orillas, todo hierba y prados en flor, alzaban el vuelo los patos, chapoteaban y retozaban en el agua. En serena contemplación del paisaje, Ojos Saltones dijo:

—No me había fijado en que hubiera una isla.

—Hace mucho que la volaron por los aires —explicó el niño—, y las familias de allí, vecinas nuestras, se tuvieron que marchar. Y lo mismo, antes o después, nos puede ocurrir a nosotros.

Por delante de ellos, los Kim se introducían ya en sus casas. Guiados por el niño, Trasquilón y Ojos Saltones llegaron a una vivienda en forma de «L» y con techo de paja. En el patio, el hermano mayor del niño cortaba leña, su madre cocinaba algo en una marmita y el padre andaba en el *maru* fumando en una pipa de las antiguas, con el mango muy alargado. Las hermanas del niño llevaban la ropa en palanganas y se dirigían al río. Aquellas escenas de la familia Kim, así como la de la vaca y el ternero, la de los patos, la del velero, se repetían indefinidamente, como si de una reproducción continua de secuencias se tratara.

—Pero, ¿dónde se ha metido el vertedero y mi poblado de chabolas, y todo? —preguntó Ojos Saltones.

—Desde aquí no se ve, pero está siempre ahí, a ese lado —respondió el pequeño Kim, señalando el rumbo por donde habían llegado. Y, apuntando a la aldea de lo alto del montículo, envuelta en una bruma tan espesa que asemejaba humo, agregó—: Mirad qué niebla se ha levantado. Cada vez hay más días de niebla. Hacia allá no se puede ir. Todo el mundo se ha marchado menos mi familia.

La puerta que abrió entonces el pequeño resultó dar acceso a una despensa tan vasta que asemejaba la sala de oración de un templo budista. En el interior, la estructura, las paredes y aun el *maru* estaban cubiertos de pequeños sacos colgados.

—Es la cosecha de todo el invierno —explicó el niño.

—¿Todo eso es arroz? —intervino Trasquilón, escudriñando las paredes y el techo.

—Son semillas de flores. Las hemos cogido entre todos. Cuando llegue la primavera, las esparciremos por toda la Isla.

Dicho esto, el niño dirigió sus pasos al sendero por donde habían llegado. Al echar la vista atrás, Ojos Saltones redescubrió, inmutado, el conjunto formado por los montes, los sembrados y las aldeas, un bucólico cuadro paisajista lleno de luz de luna y que transmitía una sensación de serenidad. El

pequeño Kim, entonces, se detuvo ante un sendero envuelto en la bruma.

—Nada, que os vaya bien —dijo, como despedida—. Nos vemos.

De súbito, Trasquilón y Ojos Saltones se sintieron flotar, engullidos por la niebla y como transportados a través de la espesura de eulalias hasta llegar al santuario, en cuyo patio frontal quedaron tumbados.

—Mira, ya vuelven en sí —dijo la mamá de Flaquita—. Arriba, que hace frío. Venga, a casa...

Aturdidos aún, los muchachos se miraron unos instantes.

* * *

AL DESCENSO SOSTENIDO de las temperaturas, y al endurecimiento de las condiciones de trabajo, se sumaba la reducción de las horas de sol. Entre los trabajadores de la recuperación de basura, eran frecuentes los comentarios sobre lo arduo que se había vuelto ganarse las habichuelas en el vertedero.

El turno de madrugada exigía no pocas horas de trabajo en la oscuridad, y al final de la jornada comenzaba a oscurecer apenas pasadas las cinco. Tanto en los descampados del poblado chabolista como en la zona aledaña a la tienducha, la gente seguía haciendo corros en torno al alcohol. Ahora las hogueras eran más grandes y se mantenían encendidas hasta altas horas de la noche. Al vociferío y la algarabía de siempre se sumaban las frecuentes pendencias en que derivaban los conflictos acaecidos en el trabajo. La profusión de objetos acumulados en la zona no contribuía, precisamente, a que los choques se resolvieran verbalmente o con un simple agarrón de solapas; con no poca frecuencia, los enfrentamientos adquirían un grave cariz e incluso llegaba a salpicar la sangre.

Amparándose en el argumento de que entre sus cometidos estaba fomentar la cordialidad entre todos los trabajadores de su concesión, Ashura asumía siempre un papel muy activo en las reuniones que se celebraban en torno a las fogatas y al alcohol, circunstancia que generaba frecuentes encontronazos con la madre de Ojos Saltones. Además, muchas noches le daban las tantas apostando con trabajadores y encargados de zonas vecinas en partidas de cartas bien bañadas en *soju*. Aquella noche, el habitual corrillo se vio ampliado con la incorporación de encargados de concesiones privadas.

En dichas zonas, el género recuperado de la basura se vendía

periódicamente a plantas de reciclaje a través de representantes o de propietarios de vehículos. Cada concesión estaba organizada jerárquicamente en jefes de zona y grupo —que se quedaban el setenta por ciento de los beneficios de la venta— y, por debajo, los trabajadores inscritos y jornaleros, a quienes se repartía el resto de la ganancia. Los derechos de inscripción eran caros en comparación con las zonas de gestión municipal pero, al recibir la basura más valorada de toda la ciudad, el margen de ganancia era varias veces superior al de las concesiones públicas. En su mayoría, los jefes de grupo estaban en una franja de edad comprendida entre los treinta y los cuarenta años y se caracterizaban por su temperamento vigoroso. Los días de venta al por mayor, acudían en grupos a la ciudad en busca de esparcimiento.

Ashura llevaba un tiempo dando vueltas al problema de la recuperación de aluminio en la zona que dirigía. Equivalente en precio al plástico, dicho metal no se explotaba todo lo deseable debido a las dificultades que ofrecía su recuperación, tanto en forma de latas de bebidas o de conservas como de bidones, garrafas de aceite, recipientes, cacerolas y cosas por el estilo. La ganancia que podría brindar el aluminio de estos materiales se perdía debido al fastidio y a la pérdida de tiempo que suponía aplastar pieza por pieza, con el pie o por medio de un martillo, tarea necesaria para poder comercializar este género. Por otra parte, la empresa Cooperación y Medio Ambiente, a la sazón concesionaria del residuo procedente de la base naval estadounidense, disponía, en su taller, de una compactadora con la que dicho trabajo se llevaba a cabo de forma prácticamente instantánea. Movido por esta circunstancia, Ashura acudió un día a la concesión conocida como la Cooperativa, concretamente al encuentro del encargado del camión de basura de la base americana.

La Cooperativa contaba con oficinas propias, ubicadas en un contenedor de uso exclusivo instalado detrás de las oficinas de gestión del vertedero. En el interior de dicho contenedor Ashura encontró, reunidos en torno a una botella de *soju*, a varios encargados de distintas concesiones.

—Vaya, ¿quién está aquí? —exclamó uno de ellos, al verlo entrar—, ¡pero si ha venido el jefe del equipo!

—Se nos ha acabado el guiso —lamentó otro—. ¿Qué te trae por aquí?

Haciendo caso omiso de las expresiones de saludo que le dedicaban,

Ashura se dirigió sin rodeos al encargado, Pak Hyong, con quien quería hablar.

—Pak Hyong —le dijo, con un gesto de la cabeza—, ¿podemos hablar un momento?

—¿Qué pasa, jefe? —replicó aquel hombre, de porte robusto y rostro cetrino—. No me asuste...

—Nada, hombre, una cosa que te quiero preguntar... —le dijo Ashura a Pak Hyong, que escuchaba con cara de congoja—. ¿No me harías el favor de prestarme la compactadora para usarla allí en nuestra zona?

—Pues al terminar nosotros el trabajo, no hay inconveniente en que traigan aquí su género —respondió Pak Hyong, con una risilla maliciosa—, aunque ya puestos, y para no llamar la atención, igual sería más fácil que nos vendáis el género directamente a nosotros... ¿Cómo lo ves?

Ashura lo pensó unos instantes. Aunque no era la primera vez que vendía género a las zonas particulares, el precio, en estos casos, se vería reducido a la mitad o incluso a la tercera parte del que pagaban las plantas de reciclaje o los intermediarios como el anciano chatarrero.

—Eso no lo puedo decidir yo solo —dijo al fin Ashura—. Podemos pagarte por usar la máquina, nos dices un precio por día y lo vemos.

—Qué caray... —respondió Pak Hyong, con una carcajada y dándole palmaditas en la espalda—. Tú ganas. Venga, échate un trago con nosotros. ¿Te traes un poco de *soju*?

En la tienda, Ashura adquirió diez botellas grandes de *soju*, que, por entonces, empezaba a escasear en la fiesta. No así la comida, de la que quedaba aún una cantidad copiosa.

—Es pavo —comentó, acercando su vaso para que se lo llenaran de *soju*, el joven jefe de sección—. Nos lo estamos ventilando nosotros antes que los yanquis.

Señal del festín que, desde hacía rato, se estaban dando con la carne de pavo, cortada en lonchas, dispuesta en servilletas aromáticas, la de cerdo, cortada en finas rodajas, y otros alimentos, era el brillo que presentaban en los labios. Entre los muchos manjares había naranjas con las pegatinas y todo, ciruelas en almíbar y otras cosas. Ashura notó, por otra parte, que todos los asistentes estaban al tanto del motivo por el cual les estaba invitando a

soju. Pak Hyong debía de haber compartido con todos el tema del que habían hablado. Apenas abiertas las botellas, Ashura, que aun sobrio tenía cierta propensión al farol, se fue embalando y comenzó a fanfarronear:

—Pues mi zona... Bueno, como comprenderéis no está al nivel de la Cooperativa ni con las concesiones del centro, pero, *cuidao*, dentro de las municipales es en mi zona en la que se paga más por la inscripción. La gente sale adelante; la verdad, no estamos nada mal.

—Díganos, jefe —comentó uno de los asistentes, adoptando un nivel de formalidad pretendidamente excesivo—. ¿Es cierto lo que se dice, que en vuestra concesión se está sacando un buen pellizco últimamente?

—Bueno —explicó Ashura—, ahora con la estación del *kimchi* las hemos pasado un poco canutas, pero contamos con recuperarnos en cuanto lleguen las navidades...

—¿Dónde queda su zona? —preguntó otro de ellos.

—Yo creo que es la parte noreste de la norte —respondió Pak Hyong en lugar de Ashura.

—Ah, pues esa zona no está nada mal... —asintió el otro—. Caen dos mercados grandes y el centro de la ciudad, hacia el norte, ¿me equivoco? Y fábricas pequeñas también habrá unas cuantas...

Todo el grupo de jefes de concesión mostró un decidido consenso con lo expuesto a propósito de la zona de Ashura, a quien el alcohol condujo, poco a poco, a olvidar que se encontraba entre competidores.

—¡Bien lo sabéis! —fardó—. ¡Mi zona es el tesoro de las concesiones municipales!

—A ver, señores —intervino entonces Pak Hyong—, que no estamos solos como otras veces. ¿No vamos a rondar a tan ilustre visita con una partida?

—¡Eso es! —apoyó otro de los encargados, sacando una baraja de *hwatu* y echando a un lado platos de comida y botellas de *soju*.

—Lo único, para el *go-stop* somos muchos; nos eternizaríamos. En estos casos es mejor echar un *chidgoteng* o un *sodta*...

—Sí, un *sodta*; es calentito y sencillo.

—Venga, pues empecemos por poner las cosas claras, que si no luego es un enredo. ¿Cuánto va a ser la apuesta?

—No sé, digo yo que cien es muy poco y mil mucho, ¿no? Mejor quinientos, que está más en nuestro rango...

—A ver; para salir con quinientos, parar y después poner el doble, ya serían dos mil quinientos.

En estos términos, y con gran vocerío, se fijaron las normas. La partida comenzó con una apuesta básica de dos billetes de diez mil *won* bajo el tapete y cuarenta fichas de *baduk* por jugador. Habían acordado que, si un jugador se quedaba corto de fichas, podría comprárselas a otro en metálico. A Ashura, las condiciones establecidas para el juego le parecieron cabales para el dinero apostado. En la primera mano, no le tocaron malas cartas y tuvo la sensación de ganar bastante. Al cabo de una ronda y una parada, sin embargo, vio esfumarse parte de lo apostado. Perdió varias bazas consecutivas, tuvo que pasar turno en dos ocasiones, hasta que, por fin, reunió una buena jugada, un doble diez. Los cien mil *won* que había perdido por entonces equivalían, para un jefe de concesión como él, a dilapidar medio mes de ganancias. Cuatro jugadores quedaban de los seis que comenzaron la partida. En la subida, uno pasó turno, otro después, y en juego no quedaron más que Ashura y Pak Hyong. En una acción muy rápida, pero no lo suficiente para pasarle desapercibida a Ashura, el último jugador que se había retirado acercó furtivamente una de sus cartas a Pak.

—Un momento —protestó Ashura—. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Cómo? Sacar sus cartas, no hay tiempo que perder...

—¡Acabas de cambiarle una carta!

—Pero, ¿qué chorrada es esta? —objetó Pak—. Anda, que parecemos críos... ¿Qué he cogido, a ver?

Con un gesto que reflejaba su cólera, Ashura lanzó sobre la mesa su doble diez. Con parsimonia y sin reprimir una risilla maliciosa, Pak giró sus cartas. Su jugada, superior a la de Ashura, deslumbró a los presentes. Ashura buscó la carta escondida, dio la vuelta a la luna de marzo, luego la de agosto, su rival extendía los brazos para recaudar su botín, toda una pila de fichas acumuladas. Sacando todo su genio, Ashura puso la mesa patas arriba, produciendo una total diseminación no ya de las fichas y las cartas, sino aun de los vasos y la comida.

—¡Oye, miserable! ¡Quieres morir o qué! —gritó Pak, poseedor, por otra

parte, de un carácter pendenciero y conocido por haber entablado frecuentes grescas incluso con sus compañeros allí presentes. Agarró a Ashura por la solapa y, sin darle tiempo de reacción, le dio un cabezazo en pleno rostro. Sorprendido, Ashura se desplomó. Su nariz sangraba de manera copiosa. En medio de aquella confusión, asíó un objeto que había en el suelo, se puso rápidamente en pie y, sin más, lo hundió en el estómago de Pak. Este dirigió hacia abajo sus ojos, llenos de estupefacción, para comprobar que tenía un cuchillo clavado en el abdomen. «¿Qué hace aquí este cuchillo con el que, un momento antes, estábamos cortando la carne?», parecía preguntar su mirada, circunspecta. Luego echó los brazos hacia Ashura; cayeron juntos y la sangre de Pak salpicó a Ashura. Los otros presentes se apresuraron a voltear el cuerpo de Pak y extraer de él el cuchillo. Los encargados locales echaron a correr a las oficinas, donde llamaron a una ambulancia, así como a la policía. El vertedero no tardó en verse envuelto en un estrépito de sirenas y luces rojas y azules.

Ajenos al incidente, Trasquilón, Ojos Saltones y su madre se abrieron paso entre el gentío que se había congregado. Apenas llegaron a ver cómo Ashura, esposado, subía al furgón policial. En el tropel generado por aquel espectáculo, no solo estaban todos los que a esa hora bebían en los descampados, sino también quienes dormían en sus casas. La concurrencia no daba muestras de sobresalto. Aquel lugar, donde no eran raros ni los accidentes laborales con desenlace fatal ni las peleas entre pandillas y la visita de la policía, les había curado de espantos. En las habituales juergas nocturnas, organizadas en torno al alcohol, no era infrecuente que las palabras dieran paso, en el menor de los casos, a agarrones y forcejeos.

No antes de que se llevaran a Ashura supo la madre de Ojos Saltones, por boca de una vecina, lo que había sucedido. El relato la dejó un tiempo en silencio y con la mirada perdida en aquel puente que conectaba la Isla con la carretera ribereña. Cuando, presa de la inquietud, Ojos Saltones abrió la puerta de la choza de Ashura en busca de su madre, esta se giró hacia él, se sentó a su lado y, secándose las lágrimas con las manos, dio un hondo suspiro:

—No creáis, igual es mejor así. Total, para lo que hacía ese ser, que se pasaba el día borracho, jugando y metido en peleas...

Después de cerrar la puerta de la chabola, el chico oyó nuevamente la voz de su madre, que murmuraba y se lamentaba:

—Ay, qué mala estrella la mía...

En la estancia contigua, sin tan siquiera encender la luz, los dos chicos permanecieron un rato plantados sin intercambiar palabra, hasta que Trasquilón, como asaltado por un recuerdo, dijo:

—Así que a mi padre se lo han llevado en un furgón de policía... No te lo pierdas, ji, ji.

—¿Te parece bien que la poli se lleve a tu padre? —exclamó Ojos Saltones, a quien el buen ánimo que mostraba Trasquilón resultó chocante dadas las circunstancias, pues él, por empatía con su madre, estaba afligido.

—¿Ese energúmeno?... —replicó Trasquilón—, siempre es igual: se fue mi madre, vino otra señora, también se tuvo que ir... Y a tu madre también la trataba mal... Ese cabrito... Siempre arreándome en la cabeza... Oye, ¿crees que se habrá muerto el de la cuchillada?

—Probablemente. Dicen que perdió mucha sangre.

Ojos Saltones se puso a pensar en su padre, a quien se habían llevado un día para, supuestamente, rehabilitarlo. Se preguntaba qué querría decir exactamente lo de «hacer de él un hombre nuevo», eso que el Gobierno argumentaba para llevarse a una persona y tenerla encerrada no se sabe cuánto tiempo en quién sabe qué unidad de reeducación. Una vez, en su antiguo barrio, le dio por preguntarle al cartero que le traía noticias de su padre qué significaba «convertirse en un hombre nuevo». Significa empezar una vida recta, le había dicho el cartero, explicación que, ahora, le suscitaba otra duda: qué posibilidades habría de llevar una vida recta en un vertedero. Se le antojó que su familia, acaso, estaba siguiendo el mismo rumbo que todos aquellos objetos por los que la gente primero pagaba, conservaba el tiempo que le eran útiles y, cuando se cansaba de ellos o ya no resultaban útiles, desechaba sin más.

Carraspeando, Trasquilón rompió el silencio:

—Oye, *hyong*, si matas a alguien, ¿el castigo es muy gordo, no?

—No sé, quizá la ejecución...

—¿Qué es la ejecución?

En la penumbra que envolvía la chabola, Ojos Saltones meneó la cabeza y

dijo:

—Ese hombre no creo que esté muy grave. La herida en el hospital se la cosen y ya está. Tu padre volverá pronto.

Tras otro prolongado silencio, Trasquilón se tendió en la manta con el rostro hacia la pared. A pesar de oírlo sollozar, Ojos Saltones no se mostró especialmente preocupado.

—¿Estás llorando? —le preguntó, en actitud compuesta.

—Sí. Me acuerdo de mi madre.

Aquello sí causó un sobresalto en Ojos Saltones, quien, girándose bruscamente, puso la mano en el hombro de Trasquilón y le dijo:

—Venga, vamos a dormir. Mañana será otro día.

Despertó de madrugada y se puso a organizar el trabajo. Salió y esperó a su madre, mas, puesto que la luz de su estancia seguía apagada, pensó que seguiría dormida o indispuesta. Terminó por acudir en solitario al punto de vertido, donde el hombre del casco había convocado a todos los trabajadores de la concesión.

—Y tu madre —le preguntó—, ¿no sale?

—Está mala. ¿Puedo ponerme yo en su lugar?

—Tú en la primera tanda no puedes estar —dijo, escudriñando el lugar, el hombre del casco, a la sazón encargado en funciones—. Eres menor de edad.

Una mujer de mediana edad que estaba en el grupo correspondiente a la segunda tanda de trabajo intervino entonces:

—Normal que la pobre mujer no esté hoy en condiciones de trabajar. Hoy mejor me pongo yo en su puesto...

—Pero, ¿por qué tiene que ser precisamente usted? —opuso otro trabajador de la segunda línea—. Yo llevo aquí varios años...

—Bueno, yo me ofrecía porque, al ser mujer como ella..., no por otra cosa...

—A ver, ya está bien —protestó el del casco, alzando la mano como para detener la trifulca—. *Usté* póngase en primera fila, señora. —Y, al ver que los camiones, en gran comitiva, comenzaban a llegar, echó a correr en medio del fulgor de los faros y se puso a vociferar—: ¡Adelante! ¡Adelante!

Fue bien entrada la tarde, y con el rostro demacrado, cuando la madre de Ojos Saltones, acuciada, probablemente, por el afán de no perder la franja en

que llegaba la basura de las zonas de construcción y de las fábricas, acabó incorporándose al trabajo. Su hijo la veía doblar la espalda con esfuerzo, remover, rastrillo en mano, el metal y los fragmentos de varillas de acero ondulado. Habitualmente, era Ashura quien acudía presto en su ayuda siempre que su herramienta se trababa o se le enganchaba en algún saliente. En ausencia del encargado, fue Ojos Saltones quien, en un acto reflejo, acudió al frente para asistir a su madre. Mas el del casco, a la carrera, le adelantó y del montón de basura a que se estaba enfrentando la mujer extrajo un pegote de acero de fundición, que arrojó hacia atrás para que el chico pudiera recuperarlo y guardarlo aparte.

—¿Ha oído usted la noticia? —preguntó el del casco a la madre.

—¿Cuál...?

—Ese hombre está en el hospital. Ha sobrevivido, pero por lo visto el tajo le ha afectado a las tripas. Al jefe le ha caído tentativa de homicidio y, en estos casos, uno suele tirarse una buena temporada en la trena.

En silencio, la mujer removi6 con redoblado brío el mont6n de vinilo y ventanas de pl6stico rotas que tenía delante.

—¿No quiere ir a visitarlo? —preguntó el del casco.

—No tenemos ninguna relación, ¿cómo voy a ir? —replicó la madre, quien hasta aquel momento no se había girado para mirar a su interlocutor.

—¿Por qué dices que no tienen relación? —dijo el hombre del casco, con una locución algo atropellada, dotada de cierta ambigüedad y aumentando un grado de confianza en el modo de dirigirse a ella—. Puede ser su hermana, su compañera...

—No hay libro de familia ni nada de eso —respondió, con serenidad, la mujer.

Como si las palabras le hubieran causado alivio, el del casco se acercó a ella y le dijo:

—Aún estará en la comisaría. Vaya a visitarlo y llévese a los críos. Si dice que es su compañera, que tienen una relación aunque sea informal, le dejarán verlo. Los polis están al tanto de cómo funcionan aquí esas cosas.

La mujer, sin reanudar el trabajo, quedó un rato acuclillada y en silencio.

—¿Por qué le digo yo esto? —prosiguió el del casco, moviendo las manos de un modo que parecía expresar compasión—. Usted no va a tener derecho a

compensación ni a pensión de ningún tipo, eso hay que asumirlo, pero el jefe tendrá el dinero metido en alguna cuenta de banco o en algún otro sitio. Por eso le digo que aproveche usted ahora, mientras lo tengan en la comisaría, que él también es humano y antes de entrar al trullo querrá *ayudarla*.

—Pero, ¿qué hay que hacer para verlo? —preguntó la mujer—, ¿dónde hay que ir?

—Primero vaya a las oficinas de aquí a explicar lo que hay. Allí le dirán cómo ir a verlo a la comisaría usted y los críos. Puede ir mañana por la mañana.

Tras escuchar la conversación entre los dos adultos sin perder detalle, Ojos Saltones regresó a la chabola. Caía la tarde y la madre ya había preparado la cena, principalmente para los dos chicos, pues ella se retiró casi sin probar bocado.

—Mañana tenéis que estar aquí a primera hora —advirtió a Ojos Saltones, quien, a pesar de estar bien al corriente de todo, se limitó a mover la cuchara sin decir palabra—. Tenemos que ir al pueblo los tres.

—Llévate solo a Trasquilón —dijo Ojos Saltones, sin dilación y con cautela.

La madre quedó unos instantes pensativa y, sin más, se tumbó de espaldas a los chicos. Con cuidado, Ojos Saltones quitó la mesa y, seguido por Trasquilón, pasó a la pieza contigua. Los dos chicos se sentaron cara a cara sobre la manta y Trasquilón le dijo:

—Oye, *hyong*, ¿a qué vamos mañana al pueblo?

—A ver a tu padre.

—Yo no quiero. No voy.

—Oye, tío, que a tu padre vas a pasar mucho tiempo sin verlo. ¿Te da igual o qué?

—Ojalá no volviera nunca.

—Mi madre quiere llevarte; acompaña-la.

Tendieron las esteras, las mantas, y se tumbaron. Al igual que el día anterior, pasaron un rato en silencio.

—Oye, *hyong* —dijo, al fin, Trasquilón— ¿te acuerdas del barrio donde fuimos con el pequeño Kim?

Ojos Saltones no llegaba a recordar con claridad aquel paisaje ribereño

que, sin embargo, sí había asaltado su mente en varias ocasiones en el punto de vertido, distrayéndole hasta el punto de hacerle descuidar momentáneamente el trabajo, con la consiguiente reprimenda por parte de su madre o Ashura.

—¿Crees que fue un sueño?

—¡Qué va! —dijo Trasquilón—. Yo he seguido viendo los destellos azules. Oye, ¿no podríamos irnos a vivir allí?

Aquellas palabras de Trasquilón causaron en Ojos Saltones una vaga sensación de temor:

—Pero hombre, nosotros somos humanos y ellos son destellos —respondió—. Es como si quisiéramos convivir nosotros con peces, por ejemplo.

Trasquilón se giró, quedando tumbado hacia la pared, y, exhalando un suspiro raro de oír en un niño, respondió, también en tono de adulto:

—¿Nosotros? Nosotros tendremos que convivir siempre con la basura...

A la mañana siguiente la madre recogió agua, se lavó con ahínco y, cambiando el agua de la palangana en dos ocasiones, aseó también a Trasquilón, le lavó la cara y le puso ropas de domingo.

Pusieron rumbo a las oficinas de administración del vertedero, donde informaron de la visita que querían realizar al detenido jefe de sección. Uno de los empleados de las oficinas, tras escuchar el relato asintiendo y con un gesto que parecía transmitir lástima, le preguntó:

—¿Trae la credencial de residente?

Abriendo el monedero en actitud vehemente, la madre aportó su documento de identidad. El empleado revolvió concienzudamente un cajón de su escritorio y sacó una tarjeta de visita, que ofreció a la mujer.

—Esta es la del comisario del distrito; cuando llegue allí, se lo explica usted bien y no le pondrán pegatas para tener un cara a cara.

La madre tomó la tarjeta, la colocó en su cartera con los modos de quien guarda algo preciado, curvó la cintura en un solemne saludo y salió de las oficinas de administración con un rostro significativamente más iluminado y lleno de confianza que al entrar. Con Trasquilón de la mano, caminó por aquella carretera sin asfaltar, una auténtica nube de polvo, y cruzaron el puente que comunicaba la Isla de las Flores con la ciudad. Tomaron el

autobús interurbano, se apearon en la población y, preguntando, llegaron finalmente a la comisaría. En la puerta principal, la madre mostró la tarjeta del comisario al agente que vigilaba en la entrada.

—Venimos a ver a este señor.

El joven agente, de uniforme, tomó la tarjeta, comprobó el nombre y enseguida se la devolvió:

—Diríjase a la zona de custodia —le dijo—, tenga la bondad.

Tras dar varias vueltas por aquellos pasillos, transitados por gente que caminaba con aire diligente y disciplinado, la madre de Ojos Saltones y Trasquilón hallaron el rótulo indicador de la puerta que daba acceso a los calabozos. Al empujarla ligeramente, encontraron a un agente joven y ataviado con una cazadora de cuero que estaba sentado en dirección a los visitantes.

—Sí... ¿Qué se le ofrece? —preguntó el agente, frunciendo el ceño.

—Verá usted... —respondió la madre, acercándole la tarjeta, que el agente examinó.

—¡Comisario! —llamó, en voz alta y asomando la cabeza tras un panel de separación que había tras de sí—. ¡Tiene visita!

El comisario, un hombre de mediana edad, camisa blanca, corbata y buen porte, dirigió a la mujer y al niño una mirada penetrante. Enseguida, y como si quisiera subrayar que a los habitantes del vertedero se los reconocía por el olor, arrugó la nariz.

—¿Vienen de la Isla de las Flores? Pasen por aquí.

A través del panel de separación, accedieron a una oficina donde muchos de los escritorios y archivos parecían desocupados. Aparte del sargento Lee, había apenas dos personas, que no intervinieron y se limitaron a dedicarles una mirada fugaz.

—Siéntese, por favor —dijo el comisario.

Cohibidos, la mujer y Trasquilón colgaron las nalgas del borde de unas sillas plegables y agacharon la cabeza. El comisario transmitió a un colega el nombre real de Ashura y le preguntó:

—¿Tenemos ya el informe?

—Pues apenas está empezando la investigación, comisario. Tardará unos días.

—Me traen por la calle de la amargura... —protestó el comisario.

—No te quejes —intervino otro policía—. Ese distrito tuyo debe de ser una mina.

—No creas; es todo ruido, nunca pasa nada interesante...

Girando la cabeza hacia la mujer, el comisario, en tono frío y transgrediendo la debida corrección formal en la elección de vocabulario, preguntó:

—¿Qué relación tienen con el detenido?

—Este es su hijo, ¿sabe usted? —explicó la mujer, con un hilo de voz que se iba extinguiendo—. Y yo vivo con él.

—Es lo que pasa con las relaciones informales —dijo el comisario, quien, a juzgar por su tono indiferente, estaba familiarizado con las cosas de la Isla—. Los que salen de los centros de rehabilitación son buenas piezas... Y mira que les tenemos sobre aviso... Pero no aprenden. Aunque, claro, si a esta edad no han entrado en razón...

Dicho esto, el comisario telefoneó a otro departamento. Después de la llamada, que se prolongó un buen lapso de tiempo, dijo, con un tono que revelaba cierto fastidio:

—Bueno, el caso está claro. Los testigos ya han declarado. Tenemos todos los elementos de un intento de homicidio. Espero que, al reunirse con su familia, entre en razón. Como responsable de ese distrito, creo que no es un gran favor lo que te pido.

Se levantó de un respingo y, recuperando el formalismo del tono pero sin perder la frialdad, dijo:

—Acompañenme.

Los guio a la zona de calabozos. A la entrada, dejó la documentación de la mujer, cumplimentó un formulario de solicitud, aleccionó al policía de uniforme que vigilaba y le dijo a la madre:

—De cara a próximas visitas, bastará con que se acerque aquí. Le tramitarán la visita automáticamente.

EL COMISARIO QUISO acariciar a Trasquilón, pero este apartó la cabeza en un rápido movimiento. Con la mano suspendida en el aire, el comisario protestó:

—Vaya con el crío... De tal palo tal astilla...

Se adentraron en la sala de visitas, una pequeña estancia contigua a los calabozos. Sin más infraestructura que un pequeño escritorio y cuatro sillas, el espacio resultaba tan austero como cabía esperar de una comisaría pequeña. Al cabo de un rato de espera, entró un agente acompañado de Ashura, esposado y con un aspecto mísero. Se sentaron en torno a la mesa.

—Hola —les saludó Ashura, escuetamente y contemplando a su hijo, a quien, de por sí, no hablaba casi nunca.

—¿Estás bien? —le preguntó la mujer.

—Pues ni bien ni mal —respondió Ashura—. ¿Qué os trae por aquí?

—Nada, para que no te preocupes por nosotros. Yo cuidaré del chico.

—Lo siento —comentó, con tono de desfallecimiento, Ashura, que no parecía él.

—¿No necesitas nada? —preguntó la mujer, tras unos instantes de silencio—. No sé, que te traiga algo de comer...

—¿Qué voy a necesitar? La comida de aquí es un manjar —replicó Ashura, entre risas—. No te preocupes por eso. Lo que sí puedes hacer es encargarte del dinero que tengo en custodia y de lo que dejé encargado en las oficinas del vertedero.

—¿Encargado? ¿Qué dejaste?

—La cuenta del banco y mi sello. Con una autorización que yo te escriba, lo podrás recuperar. Y, de paso, aprovecha para pagar la tasa de inscripción en una concesión privada y así te cambias a una zona mejor.

—Te lo agradezco. Otra cosa, ¿no habrá que hablar con un abogado?

—No jodas, qué necesidad hay de esos bichos —replicó Ashura, adoptando por primera vez un tono áspero—. Me emborraché, hice lo que hice y ya está; no hay por qué complicar las cosas.

El agente, que llevaba un registro escrito de toda la conversación, se levantó entonces de la silla y dijo:

—Se acabó el tiempo.

Ashura se dio la vuelta y se disponía a salir de la estancia cuando Trasquilón, en una súbita reacción que sobresaltó a los adultos, rompió a llorar. Su padre lo miró unos instantes y, escuetamente, dijo:

—Ahora es tu madre. Hazle caso, ¿eh?...

Ashura salió de la estancia y la mujer trató de consolar a Trasquilón, quien, antes al contrario, redobló la intensidad de su llanto, tan virulento que le temblaban los hombros.

SE ACERCABA LA NAVIDAD. A diferencia de otros niños de su edad, que llenaban aquella iglesia que hacía las veces de escuela y pasaban allí la mayor parte de su tiempo, Trasquilón prefería ayudar a Ojos Saltones en su trabajo, que, por norma general, estaba prohibido a los niños debido al peligro que entrañaba. Trasquilón no participaba en el turno de mañana, pero sí se incorporaba por la tarde, y allí permanecía, con Ojos Saltones, hasta altas horas de la noche. Además de aportar una ayuda nada desdeñable en el transporte, cuesta abajo, de las cestas llenas, se dedicaba también a cargar en costales los objetos ya clasificados y a atar fardos.

—ESTE TRABAJO LO hacemos mamá y tu *hyong* —le dijo la madre de Ojos Saltones, conmovida por la disposición del crío, quien, al faltar su padre, se esforzaba por contribuir a la economía de la unidad familiar, al menos, en la parte correspondiente a su propio sustento—, tú vete y descansa.

Pero su insistencia resultó vana toda vez que Trasquilón, en silencio, continuó recogiendo, y cargando en cestas, la basura recuperada que Ojos Saltones iba acumulando tras de sí. El tipo del casco, convertido ya en encargado de la concesión, le impidió en un principio que se acercara a la zona de recogida, mas, transcurrido un tiempo, acabó por permitirle trabajar allí, no sin advertir a la familia, eso sí, de que el joven no debía, bajo ningún concepto, subir a los montones de basura. Debía, pues, limitarse a ayudar a su *hyong* en el trabajo. Sirviéndose de una toalla, la madre le confeccionó una suerte de máscara y hasta le consiguió un par de guantes de carpintero, que reforzó con caucho rojo. De esta guisa, el muchacho quedó convertido en un muy digno trabajador del vertedero. Al terminar el trabajo de la tarde y nada más caer el sol, el lugar quedaba sumido en una oscuridad no menor que la que cabía esperar a altas horas de la noche. A raíz de la falta de Ashura, los

chicos dejaron de comer por su cuenta y de cualquier manera, como hicieran antes. Ahora acompañaban a la madre. Tras poner la mesa, esta dijo un día a Ojos Saltones:

—¿Y tu hermano? Anda a buscarlo enseguida...

—Hace un momento estaba trabajando conmigo, pero se ha esfumado de pronto.

—Estará en la iglesia, ¿no? Creo que andan repartiendo cosas.

—No sé; últimamente no va mucho por allí.

—Pues mañana, a primera hora, vamos a la ciudad, a la comisaría — explicó la madre a Ojos Saltones, sentada a la mesa—. Quería que Trasquilón viese a su padre antes del traslado. —Y añadió—: No creas que no pienso en tu padre, ya me gustaría saber qué fue de él... Pero bueno, a ti y a mí, a partir de ahora, nos irá mejor... Estoy pensando cambiarme a una zona privada.

—Pero, ¿cómo vas a pagar los derechos? —preguntó Ojos Saltones.

—Ya lo conseguiremos de alguna manera —dijo la madre, con el rostro iluminado.

Tras la cena, el muchacho se retiró a su cuarto. Al encender una vela descubrió, tirado en medio de la estancia, el deslucido mono de trabajo de Trasquilón, sus guantes y su máscara. Ojos Saltones recogió el mono y, como impulsado por un pálpito, salió disparado de la casa.

A paso ligero, recorrió la calle central del poblado, dejó atrás la habitual y diversa mezcla de casas de plástico y cartones y llegó a los campos, cubiertos de hierbas secas, desde donde subió la cuesta, cruzó los surcos de las tierras de labor y descendió en dirección a la ribera hasta llegar a la Base, que halló vacía y oscura. Se preguntó dónde se habría metido el bueno de Trasquilón. Encendió una vela, insertó la mitad inferior del cuerpo en el saco de dormir que habían llevado allí Topo y los demás, y cuyo relleno de plumas salía por todas partes. Y allí quedó, sentado y con aire abstraído.

Trasquilón había pasado por allí, pero hacía rato. Esa tarde se había ausentado del lugar de trabajo y, tras pasar por casa un momento, se dirigió a la Base. Toda la jornada había ocupado su mente en aquel poblado de los Kim y le embargaba el deseo de acudir al encuentro del benjamín de la familia. Ya era noche cerrada y en el bosque de eulalias esperaba hallar, como siempre, los destellos azules. Se apostó a la entrada de la Base, sentado

y con la mirada fija en las tinieblas. Transcurrió un buen lapso de tiempo; ni rastro de los destellos. En esto, vio algo oscuro, como una sombra que, procedente del río, remontaba lentamente la ladera. Con gran alborozo, Trasquilón echó a correr cuesta abajo.

—Te estaba esperando, ji, ji —exclamó al estar cerca del pequeño Kim, que retrocedió ligeramente, obligando a Trasquilón a frenar en seco.

—Sí, he venido porque me parecía que me buscabas —dijo el niño, desde cierta distancia y sonriendo.

—Quiero volver a tu pueblo.

Como única respuesta, el pequeño Kim esbozó su habitual sonrisa.

—Hay algo muy bueno que mi abuelo me ha dicho que os enseñe —dijo al cabo de unos instantes, invitando a Trasquilón a seguirlo con un gesto de la mano.

HABÍAN RECORRIDO UN trecho cuando el pequeño Kim desapareció de pronto. Trasquilón descubrió frente a sí un foco de luz azul y echó a correr tras él. Flotando y desplazándose como si se escurriera, el foco de luz discurrió por el aire y se detuvo un instante. Siguiéndolo, Trasquilón se encaramó al montículo y, en lugar de dirigirse al poblado de chabolas, fue subiendo y bajando por la cresta de las colinas. En un momento dado, se encontró en las proximidades del punto de vertido de la basura. El trabajo había terminado hacía rato, las excavadoras y demás vehículos pesados ya descendían y el lugar estaba desierto. Sin detenerse, la luz azul se adentró hasta la zona central del montón de basura. Del terreno, aplanado ya tras su explotación y cubierto de húmeda tierra, sobresalían desechos prominentes y, en los lugares mal apisonados, los pies se hundían. La negra sombra del pequeño Kim apareció nuevamente y le dijo:

—Aquí tiene que haber algo...

Trasquilón se acuclilló y comenzó a escarbar la tierra con la mano desnuda. De pronto apareció el extremo de una bolsa de plástico atada con un lazo. Como si estuviera arrancando un pequeño arbusto, tiró del extremo. Se giró para preguntar de qué se trataba, pero el pequeño Kim ya se alejaba.

—Cuídate. Nos vemos —se despidió el pequeño Kim, antes de esfumarse

igual que un humo que se desvaneciera.

Sin moverse del sitio, Trasquilón desató el nudo de la bolsa y palpó su contenido. Sintió unos objetos envueltos en varias capas de papel de periódico y algo de tacto suave y terso, similar a la tela. Con las uñas, rasgó el papel de periódico y siguió tanteando cuidadosamente. En el interior, había un paquetito de papeles. En una reacción casi inconsciente, oteó el lugar, como si quisiera examinar la oscuridad reinante, y, a toda carrera, comenzó a deshacer el camino por donde había llegado.

Entretanto Ojos Saltones, con la mitad inferior de su cuerpo metida en el saco de dormir, comenzaba a ser presa del sueño cuando notó la presencia de alguien que merodeaba a la entrada de la Base. Abrió la puerta de plástico y, asomándose, gritó:

—¿Eres Trasquilón?!

—Jo, qué susto.

—¿Qué haces ahí plantado? ¿Dónde has estado que ni has venido a cenar?

—Como estaba la luz encendida, no me atrevía a entrar, no sabía que eras tú...

Una vez en el interior, los chicos se sentaron frente a frente.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Ojos Saltones—. ¿Comida?

—No lo sé yo tampoco —explicó Trasquilón—. Lo he conseguido por ahí; iba a ver qué era, ji, ji.

Al mover la bolsa, su contenido se cayó al suelo. Por los huecos que, con las uñas, había practicado en el papel de periódico, asomaban fajos de billetes, bien amarrados con cinta de papel. Pugnando, los dos chicos se apresuraron a retirar el papel de periódico. Había, en total, cinco fajos de billetes, uno de menor tamaño que el resto. Tras mirarse mutuamente unos instantes, fijaron la perpleja vista en los montones de dinero.

—Cada fajo debe de tener como un millón de *won* —dijo Ojos Saltones—, y el pequeño son dólares. Yo ya los he visto antes.

—¿Un mi... llón? —masculló Trasquilón, echándose hacia atrás, y se sentó en el suelo. Su rostro reflejaba el azoramiento propio de quien cree haber cometido un delito o algo similar.

—¿Y esto lo has sacado del vertedero? —le preguntó Ojos Saltones.

—He estado con el crío de los Kim —explicó Trasquilón, asintiendo—.

Me dijo que tenía algo bueno para nosotros, lo seguí y apareció esto.

Ojos Saltones desató el cordón que abarcaba el saquito de seda roja. De su interior surgió un collar de oro, un cerdo y una tortuga del mismo metal, así como un par de sortijas con piedras preciosas. Trasquilón se acercó, más atraído por aquellos objetos que por el dinero en sí. En actitud cautelosa, tomó el cerdo y la tortuga de oro, los puso en la palma de su mano y se dio a su prolongada contemplación.

—Qué bonitos —comentó—. Hay que dárselos a mamá, ji, ji.

OJOS SALTONES SE apresuró a arrebatarse los objetos, que retornó al saquito de seda. Después, ciñó nuevamente el cordón en torno a la boca del saco y se lo insertó al fondo de un bolsillo.

—Son cosas fáciles de perder —dijo—. Mejor lo guardo bien.

—¡No! Yo se lo daré a mamá —insistió Trasquilón.

—Vale, bien, tú se lo das —concedió Ojos Saltones—. Pero, para no perderlo por el camino, yo lo guardo aquí hasta que llegemos a la casa.

Tras cavilar un rato con el detenimiento que requería el asunto, y conociendo a su madre, Ojos Saltones concluyó que, si le contaban que habían encontrado aquellas joyas, lo más probable era que lo denunciara enseguida en las oficinas de administración. Le había contado que, durante su paso por la escuela, los niños del orfanato eran siempre los primeros sospechosos cada vez que desaparecía cualquier cosa. Mas si pasar por ladrona ya suponía para ella una deshonra insufrible en su niñez, el asunto se volvería obsesión años más tarde, a raíz del repetido encarcelamiento por robo del padre de Ojos Saltones. Distinto era el caso del dinero en metálico. Los billetes no tenían nombre, andaban en continua circulación y podían caer en las manos de cualquiera; la mujer no se opondría a que se los quedaran.

—*Hyong*, vámonos rápido a casa —exclamó Trasquilón, sacándolo de sus reflexiones—. Venga, vámonos.

—Vale, vale.

Con toda precaución, los dos chicos recorrieron la calle que atravesaba el poblado de chabolas. Al llegar a casa, se metieron directamente en su cuarto. Otearon la estancia contigua, donde la madre parecía dormir ya. Ojos

Saltones tomó el saquito de las joyas y los fajos de billetes y los puso en la bolsa de plástico. Concienzudamente amarrados, los ocultó en el fondo de una caja de cartón donde guardaban la ropa. En voz baja, le dijo a Trasquilón:

—Si le damos estas cosas tan bonitas a mamá, se va a enfadar. No le gustan las cosas que no son suyas, ¿sabes? Mejor cuidaremos bien de ellas tú y yo, ¿vale?

—¿Por qué no le gustan...? —preguntó Trasquilón, arrugando la frente.

—Tratará de devolvérselas a su dueño —explicó Ojos Saltones—. Oye, esto no se lo cuentes a nadie, que la liamos buena...

—No lo cuento ni en broma.

—Si se entera alguien —insistió Ojos Saltones, haciendo un amago como de taparle la boca—, igual hasta nos llevan presos a nosotros.

—¿Como a mi padre? —replicó Trasquilón, con los ojos como platos.

Asintiendo con vehemencia, Ojos Saltones propuso entonces:

—Oye, vamos mañana o pasado al centro de la ciudad. Será divertido.

—¿A la ciudad? ¿Al otro lado del río? ¡Qué bien! —comentó Trasquilón, con tanto entusiasmo que su *hyong* tuvo que taparle la boca.

Ojos Saltones se despertó de madrugada, recordó que su madre planeaba acudir a la población y se acurrucó nuevamente bajo la manta, cabeza incluida. El amanecer lo encontró sumido en un profundo sueño. La madre entreabrió la puerta y dijo:

—Vuelvo dentro de un rato. Calientas arroz y coméis los dos, ¿vale? Hoy no trabajamos.

—Vale... —murmuró Ojos Saltones, sin sacar del todo la cabeza de debajo de la manta.

La madre salió sin que el chico tuviera tiempo de contarle lo de los objetos encontrados. En vano quiso dormir un rato más; la inquietud de no saber qué hacer con el dinero y las joyas hacía latir su corazón tan rápido como el día anterior. A diferencia de los billetes, el oro se convertiría, antes o después, en un quebradero de cabeza por mucho celo que pusieran en guardarlo. Recordaba a su padre decir que este tipo de objetos eran robados y que si uno intentaba venderlos se arriesgaba a que le echaran el guante. Pensó que, quizá, lo mejor fuese entregarle las joyas al viejo chatarrero. Y es que, atendiendo al relato de Trasquilón, aquello era un regalo de la familia Kim,

probablemente en agradecimiento por la gelatina de alforfón. La mamá de Flaquita también tenía derecho a quedarse con aquellos objetos de oro, pero, dada su inestabilidad, Ojos Saltones juzgó que sería mejor encomendárselo a su padre. El viejo chatarrero era de fiar. En cuanto al dinero, lo tendría escondido un tiempo y se lo entregaría soslayadamente a su madre, mas no sin antes tomar una parte —bastaba uno de los fajos— y gastárselo sin miramientos. Miró a Trasquilón, que dormía, y sacó de la caja de cartón la bolsa de plástico. Fue al cuarto de la madre, levantó una esquina del vinilo que cubría el suelo, dobló también la capa de cartón ondulado, la levantó igualmente y fue retirando las capas, primero la de poliestireno, la de plástico luego, hasta que quedó al descubierto la tierra desnuda y mojada. Por medio de una herramienta de las que usaban en el trabajo, se puso a cavar la tierra desnuda. En cuanto hubo practicado un agujero de la suficiente profundidad, introdujo en él la bolsa de plástico, exhaustivamente atada, y se quedó únicamente el saquito de seda y un fajo de billetes. Al tapar el hoyo, el suelo quedó abultado. Retiró la tierra sobrante y la tiró en la entrada de la chabola, dejando el lugar bien allanado. Después devolvió a su disposición original las capas de material que había levantado, una a una, y presionó el suelo de vinilo para dejarlo tal cual estaba. Solo tras guardarse las joyas y el fajo de billetes, repartidos entre los bolsillos de la cazadora, pudo respirar tranquilo. Se dio unos golpecitos en los bolsillos y le brotó una espontánea sonrisa.

Al rato entró Trasquilón, aún con un aspecto desarrapado pues acababa de despertar en la estancia contigua. Impulsado por el entusiasmo, Ojos Saltones encendió la luz de la cocina portátil y al arroz del día anterior agregó *kochujang*, *kimchi*, lo frío todo y preparó el desayuno, del que los dos chicos dieron cuenta en la propia sartén, que colocaron sobre la mesita con sendas cucharas clavadas.

—Venga, hoy vamos a divertirnos a la ciudad —dijo Ojos Saltones.

—¿De verdad? ¡Me encanta! —exclamó Trasquilón, lleno de alborozo.

—Ah, qué te iba a decir... —agregó Ojos Saltones—. Dice mamá que esas cosas no las quiere. ¿Qué tal si se las damos al abuelo chatarrero?

—¿Al abuelo? —replicó Trasquilón—. ¿Por qué no a la señora?

—La señora tiene la conciencia un poco dispersa; si le damos esas cosas a ella, las perdería enseguida. Mejor que las tenga el abuelo. Pero de todo esto,

no vayas a decirle nada a nadie, ¿eh?

—Vale, entendido, ji, ji.

Recorrieron el camino que pasaba por las oficinas de administración, por la tienducha de ultramarinos, y salieron a los campos. Trasquilón iba dando brincos de entusiasmo. Por su parte, Ojos Saltones, agobiado por la sensación de ser el objeto de todas las miradas, caminaba con la cabeza gacha.

En la vivienda los perros los recibieron con algarabía y la mamá de Flaquita se los quedó mirando.

—Señora, ¿dónde está su padre? —preguntó Ojos Saltones.

—Estaba aquí hace un momento —explicó la mamá de Flaquita—. Mirad a ver si está ahí detrás, trabajando.

Mientras Trasquilón abrazaba a los perros y jugaba con ellos, Ojos Saltones fue al patio trasero de la vivienda, donde había grandes pilas de electrodomésticos de lo más variopinto. Allí halló al anciano y a dos mujeres de mediana edad. Ataviados todos con máscara y sombreros, removían la montaña de aparatos eléctricos y apartaban los que juzgaban recuperables.

—Abuelo... —dijo Ojos Saltones.

Sorprendido por la visita, el anciano chatarrero detuvo su quehacer para atender al joven. Se quitó las gafas de piloto militar, retiró hasta debajo de su mandíbula la máscara protectora y, acercándose al muchacho, dijo:

—¡Hola! ¿Cómo tú por aquí? ¿Me buscan en la casa?

—Es que tengo algo para usted...

—¿Para mí? —replicó el anciano—. La vida te da sorpresas...

Se apartaron del patio y el chico sacó el saquito de seda del bolsillo de su cazadora:

—Tenga.

El anciano abrió el saquito, examinó atentamente los objetos con la mirada y, adoptando un semblante serio, preguntó:

—Oye, ¿de dónde ha salido esto?

—Lo hemos sacado del vertedero —dijo Ojos Saltones.

—Ah, entonces no tiene dueño —concluyó el anciano, en cuyo rostro, tras oír la explicación, la tensión había dejado lugar a su habitual sonrisa—. ¿Por qué no se lo das a tu madre?

—No lo quiere —dijo el joven. Y añadió—: Y también había algo de

dinero, ¿sabe?

EL ANCIANO SE puso los objetos en un bolsillo del mono de trabajo y, entre sonrisas, le dijo:

—Vaya, las cosas que pasan cuando uno tiene amigos fantasmas... —dijo el anciano, guardando el saquito en un bolsillo de su mono de trabajo—. Oye, quédate a comer, ¿no?

Apenas había dicho esto, el viejo chatarrero vio que el joven, a la carrera, emprendía el camino de regreso. La mamá de Flaquita, con esta en brazos, le gritó que se quedara a comer, pero el chico, sin dejar de correr, agitó la mano en señal de saludo y, llevándose a Trasquilón, se alejó. De lo contento y desahogado que estaba, daba la sensación de estar a punto de alzar el vuelo.

* * *

OJOS SALTONES CONDUJO a Trasquilón a la población suburbana, que quedaba en la otra orilla del brazo estrecho del río. Puesto que la comisaría quedaba cerca, su madre también andaría por allí; tendrían que ir con precaución. Junto con su gorra ajada de siempre, Trasquilón llevaba una cazadora acolchada de color gris tan mugrienta que parecía untada de grasa brillante, y un pantalón vaquero, holgado y cortado al tuntún. Más que la suciedad, el problema de aquella ropa, que llevaban usando todo el invierno, era el tóxico y penetrante olor. Como en el caso de Ojos Saltones, que también llevaba vaqueros y una cazadora gruesa de color marrón, todo procedía del vertedero. De poco servía lavar la ropa al recuperarla del vertedero si la usaban durante toda la estación.

Cruzaron el puente que se tendía sobre el brazo estrecho del río. Nada más subir al autobús interurbano, varios pasajeros se taparon la nariz, arrugaron el rostro y se cambiaron de asiento. Mirando por el espejo retrovisor, el conductor les gritó que se sentaran en la última fila.

En primer lugar, pasarían por una tienda de ropa. Era lo que hacían siempre los adultos de la Isla en sus incursiones a la ciudad. Preguntando a los transeúntes, llegaron a una galería que albergaba numerosas tiendas de ropa. En una de ellas, atendía una vendedora rechoncha y medio somnolienta

que, al entrar los chicos, se tapó la nariz con la mano y, sin miramientos, exclamó:

—¡Pero, ¿qué olor es este, calamidades?!

Ojos Saltones eligió sendas camisas de cuadros, similares entre sí, y dos parkas, una negra de plumas y otra verde, que compró, respectivamente, para sí y para Trasquilón.

—No me digáis más; vosotros venís de la Isla de las Flores —dijo la vendedora—. Os tendríais que cambiar los calzones y toda la ropa.

De estar allí, la madre de Ojos Saltones habría salido corriendo después de preguntar el precio. Ojos Saltones, por el contrario, ponía un billete sobre otro, lleno de autoconfianza, y no paró hasta que de allí salieron de nueva percha, tanto de cintura hacia arriba como hacia abajo, y con una bolsa de compras donde llevaban ropa interior y calcetines nuevos. A excepción de la andrajosa gorra de Trasquilón, que el granuja se guardó doblada en el bolsillo de atrás a pesar de que Ojos Saltones le comprara una nueva de color celeste, toda la ropa vieja que llevaban la dejaron en la tienda. La vendedora, con la nariz tapada, depositó aquellos harapos en el cubo de basura, donde iniciarían un nuevo recorrido que, antes o después, los llevaría nuevamente a la Isla de las Flores.

A continuación, los chicos se dirigieron a una zapatería cercana, de donde salieron con zapatillas de deporte nuevas. Trasquilón pateó repetidamente el suelo con su flamante calzado y se llevó a la nariz la manga de su nueva ropa. Ojos Saltones se sintió orgulloso; se sintió un chico corriente de vuelta a aquel mundo de ciudadanos de clase media que tan bien conocía. Preguntando nuevamente a los transeúntes, llegaron a unos baños. Esta vez, la anciana que había a la entrada no se tapó la nariz ni movió la cabeza hacia los lados. En el interior no había clientes, pues era pleno día. Fascinado por el caudal de agua caliente que manaba de los grifos, comparable a un chaparrón, Trasquilón metía y sacaba la mano riendo sin parar. Cuando Ojos Saltones lo empujó bajo el chorro, se quejó airadamente de la alta temperatura. En esas instalaciones, los baños comienzan a llenarse de madrugada y el agua, a esas horas, estaba excelente. Si hubieran sido adultos, habrían abierto los grifos para que saliera agua caliente nueva y la habrían dejado correr; pero Ojos Saltones, lleno de entusiasmo, permanecía sumergido, sin más, con el agua

hasta el cuello. Sintió ganas de orinar, pero no salió de la pileta. A su alrededor, el agua se tiñó de amarillo.

—Bah, total no hay nadie más que tú y yo —se justificó ante Trasquilón, quien, en ese momento, jugaba a llenar una palangana y derramar el agua—. Y tú, ¿qué, no te vas a meter?

—No quiero; está muy caliente...

—Qué va. Venga, no sabes lo bien que se está...

TRASQUILÓN SE ACERCÓ al borde de la pileta y metió apenas el dedo gordo de un pie en el primer escalón.

—¿Ves? ¿A que no quema?

El crío se fue introduciendo en el agua con sumo cuidado y, manteniéndose fuera del pecho hacia arriba, se sentó en el escalón interior para evitar sumergirse más de lo deseado. Tras pasar un rato así, salieron de la pileta, se enjabonaron y se frotaron para quitarse la roña. Antes de sí mismo, Ojos Saltones comenzó por bañar a Trasquilón. Entonces vino a su mente un momento de la infancia en que, bañándose con su padre, este le frotaba la espalda, él la retiraba quejándose de que le dolía y su padre, azotándole las nalgas, le reprochaba que montase un escándalo sin motivo. Al lavarle la cabeza a Trasquilón, pudo apreciar las marcas de quemaduras que el chico tenía en la parte trasera de la cabeza. Presentaba toda la piel llena de pliegues de supuración y había perdido todo el pelo de la zona, quedando al descubierto una zona blanca del tamaño de la palma de la mano de Ojos Saltones. En la parte superior de la cabeza, tenía el cabello pegado como con cola; fue necesario enjabonarle y frotarle varias veces antes de que, de allí, manaran chorros de agua negra como el carbón. Una vez terminado el baño, salieron del recinto y se miraron en un espejo; parecían otros chicos. El propio Ojos Saltones sintió que le había vuelto su semblante original, el color de su cara. Tenía el pelo enmarañado y los carrillos con su lustre original, recuperados los destellos bermellón. Con nuevos calcetines y calzones, enfundados en su ropa, toda nueva, los chicos habrían pasado perfectamente por dos modélicos estudiantes que, finalizadas las clases, retornaban a su complejo de apartamentos.

—¿Eres tú, *hyong*?, ji, ji —bromeó Trasquilón.

—Yo tampoco te reconozco —replicó Ojos Saltones—. ¡Oye, ya nadie te va a llamar por tu mote!

—¿Sabes? —expuso Trasquilón—. En realidad tengo nombre: Yong-kil.

Al oír aquello, Ojos Saltones detuvo su marcha y, entre risas, le dijo:

—¿Yong-kil? No sabía que existiera ese nombre... ¡Qué gracioso!

—¿Y tú, *hyong*, qué nombre tenías cuando ibas a la escuela?

Con la confusión del momento, Ojos Saltones no evitó que la respuesta saliera automáticamente de su boca:

—Chong-ho. Me llamo Choi Chong-ho...

—¿Choi Chong-ho? —exclamó Trasquilón, entre carcajadas—. ¡Ay, que me muero...!

Avanzaron un trecho por la calle sin parar de reír y pronunciar sus nombres reiteradamente. Subieron a otro autobús, cruzaron nuevamente el río y, traspasando la linde del municipio, se encontraron pronto en la periferia de la ciudad. Obnubilado, y con la cabeza pegada al cristal, Trasquilón contemplaba aquel paisaje urbano que discurría del otro lado de la ventanilla y que tan ajeno le resultaba. Ojos Saltones conocía bien las trazas de aquellos suburbios, por lo que pensó que poco más adelante tendrían que tomar el metro. Sorprendido por el porte de la gente que transitaba por la calle, por aquellos semblantes y aquellas vestimentas, todas tan distintas de las de la Isla de las Flores, Trasquilón giró la cabeza y le dijo a Ojos Saltones:

—¡Es increíble! ¡Aquí todos son empleados de la oficina gestora!

Ojos Saltones, entonces, refrenó su impulso de contarle a Trasquilón que, en el mundo, los diferentes eran ellos. Los dos chicos se bajaron en una parada de los suburbios donde finalizaba la línea y se dirigieron a tomar el bus. La escalera mecánica produjo en Trasquilón una expresión de pánico.

—¡*Hyong*! ¿Adónde vamos? ¡La escalera se mueve!

—Vamos bajo tierra.

—¡No quiero! ¡Volvamos arriba!

—Vamos a coger el metro.

—¡No...!

—Es que vamos a coger el metro, un tren que va bajo tierra.

Apenas subieron al vagón, Ojos Saltones asió con firmeza la mano de

Trasquilón, a quien la tensión paralizaba. Ojos Saltones había consultado el plano de las líneas y sabía aproximadamente la estación donde habrían de apearse. Deseaba ir, antes de nada, al barrio periférico de la zona este de la ciudad donde viviera él otrora. Una vez allí, recorrerían el cruce de calles aledaño al mercado donde trabajó. En total, irían del extremo oeste de la ciudad a su confín oriental, trayecto que les llevó una hora aproximada. En un momento dado, Ojos Saltones se giró en dirección a Trasquilón y descubrió que el muchacho se había quedado dormido con la cabeza apoyada en su hombro izquierdo. Como estaban llegando a una estación que le era muy familiar, lo zarandó para despertarlo y se apearon del metro. Entusiasmado por salir a la superficie, Ojos Saltones aceleró el paso.

—*Hyong*, tengo hambre —manifestó Trasquilón.

Ojos Saltones pensó que deberían haber comido algo al salir de los baños. Una vez en la superficie, encontró el paso elevado que siempre subía y bajaba antaño, la entrada del mercado, el cruce de calles y los edificios de la zona comercial, tan familiares para él, con su habitual embotellamiento de motos y pequeños camiones. Los dos chicos se dirigieron a un edificio que hacía esquina y pertenecía ya al mercado, y en cuyo primer piso radicaba un restaurante chino.

—¿Has probado el *chajangmyon*? —preguntó Ojos Saltones, por la escalera.

—No sé, ¿qué es eso? —replicó Trasquilón.

Con un movimiento versado, Ojos Saltones empujó la puerta y entró en el restaurante. Aunque había pasado la hora punta de la comida, el local se encontraba prácticamente lleno.

Tomaron asiento cerca de la puerta y Ojos Saltones pidió un *chajangmyon* doble. Apenas estuvo la comida en la mesa, Trasquilón, abriendo mucho la boca, exclamó:

—¡Esto lo comí yo una vez! Siempre me acuerdo de esta salsa negra, ji, ji.

—¿Dónde vivías tú antes?

—No sé, no me acuerdo —explicó Trasquilón—. Fui poco tiempo a la escuela, porque, a raíz de faltar mi madre, mi padre y yo nos fuimos a la Isla.

También Ojos Saltones debía de llevar harto tiempo sin probar aquellos tallarines, que tragaba ávido y sin apenas masticar.

—Oye, *hyong* —dijo Trasquilón, vacío ya su plato—. No volvamos a nuestro barrio. Mejor nos quedamos aquí.

—Hombre —replicó Ojos Saltones—, aquí podemos volver otro día. La próxima vez nos traemos a mamá.

Seguido siempre por su hermanito, Ojos Saltones se adentró en el barullo del mercado. Al pasar por el lugar concreto donde su madre instalaba el puesto de venta, las señoras no reconocieron al joven, mas, cuando este, acucillado, les dirigió un saludo, una de ellas exclamó:

—¡Pero bueno, ¿quién está aquí?! ¡¿Tú no eres el chico de la mujer esa que estaba siempre tan calladita?!

—*Mírale* qué guapo se ha puesto —le dijo, a modo de bienvenida, una verdulera risueña y de aire jovial—. ¿Qué tal el barrio nuevo? Y tu madre, ¿se ha *casao* o qué?

—Sí, mi madre puso una tienda —inventó el joven, fiel a la tradición farolera de aquel barrio.

—Oye, y ¿este? —preguntó la vendedora, mirando a Trasquilón.

—Mi hermano pequeño —dijo Ojos Saltones.

—Ah... Entonces sí que tienes un nuevo padre —concluyó la señora, entre risas.

Convertido, a su pesar, en motivo de animación del vecindario, Ojos Saltones perdió su interés por visitar a las jóvenes del taller de costura y a sus *hyong* del barrio. En la Isla siempre estaba extrañando este lugar pero, llegada al fin la ocasión de volver, le pareció que había perdido su antiguo encanto. En un gesto casi inconsciente, introdujo la mano en el bolsillo de su parka y acarició ese fajo de billetes que, aún, se mantenía abultado. Seguido por Trasquilón, se dirigió a la salida del mercado.

—*Hyong*, ¿adónde vamos ahora?

Ojos Saltones no lo dudó. Tenía en mente el paseo que dio por una zona céntrica con su madre y con su padre cuando este trabajaba al frente de aquella caterva de chatarreros. Recordaba que aquel día comieron *bulgogi* y que, con motivo del cumpleaños de su madre, pasaron por unos grandes almacenes del centro, donde su padre le regalaría unos zapatos. Recordaba las interminables subidas y bajadas por las escaleras mecánicas y, sobre todo, rememoró la sección de juguetería, la multitud de críos a la que él, a la

carrera, se sumó, los raíles de aquel tren eléctrico. Nítidas en su recuerdo pervivían aquella estación, el bosque, los pueblos, todo a escala diminuta, los pasajeros, no más grandes que una uña, aquellas casas de tejados puntiagudos. Recordó, también, el aletargado caminar de un oso, el agitado brincar de un conejo, aquel mono que tocaba el tambor. Recordó el momento en que aquel enano que era él le pidió a su madre algo tan quimérico como que le comprara el tren a escala. Evocó las escaleras mecánicas, que descendió en brazos de su padre. Aquella incursión a los grandes almacenes había permanecido en su memoria hasta entonces.

Tras una media hora de viaje en autobús urbano, los chicos llegaron a la zona comercial del sur de la ciudad. En un cruce de avenidas, un lugar lleno de edificios de oficinas con sus luces refulgentes, los hoteles, grandes y pequeñas tiendas, tabernas, restaurantes, Ojos Saltones escudriñaba el lugar en busca de los grandes almacenes sin soltar la mano de Trasquilón, quien, con la boca abierta, no quitaba la vista de las alturas. Las navidades estaban al caer y los árboles estaban adornados con bombillas intermitentes. Las decoraciones navideñas llenaban todo de llamativos destellos.

Al fin, encontró un gran edificio donde había instalado un gigantesco Papá Noel, con su característica vestimenta roja, su trineo, sus renos. Las paredes estaban todas decoradas con paquetes de regalos que formaban grandes pilas, lazos rojos, nieve de imitación, estrellas de brillantina. A la entrada, el árbol de Navidad con sus colgantes dorados, plateados, rojos, azules, cubiertas sus ramas de algo que, más que nieve, asemejaba algodón y, rematándolo en la punta, una enorme y refulgente estrella. Por doquier se oían los jubilosos compases de los villancicos y Trasquilón ya había pasado del asombro al total embeleso.

—Ese anciano ¿quién es? —preguntó.

—¿No conoces a Papá Noel? —replicó Ojos Saltones, reproduciendo textualmente lo que le decían los adultos en su niñez—. Es uno que va por las casas de los niños que se han portado bien y les deja regalos sin que lo vea nadie.

—Ah, sí, lo vi una vez en un libro de ilustraciones, en la escuela de la iglesia —explicó Trasquilón, adquiriendo su rostro un aire hosco—. Lo único... No sé; a nuestro barrio no creo que pueda venir.

—Bah, en realidad todo eso no son más que milongas que se montan los de las tiendas para vender —opinó Ojos Saltones, exteriorizando la opinión que, a ese respecto, se había formado ya en la niñez.

—Bueno —dijo Trasquilón—, nosotros tenemos a los Kim, ji, ji.

La circunstancia, del todo insospechada hasta poco antes, de haber podido visitar un lugar como aquel desde la Isla de las Flores hizo sentir a Ojos Saltones un íntimo regocijo. La entrada del centro comercial estaba atestada de mujeres y niños; no en vano, la sección de los chocolates estaba justo delante. Había montañas de tabletas y bombones contenidos en cajas tan variopintas como los papeles de regalo, unas con sus destellos rojos, azules otras, plateadas algunas, cuadrangulares o en forma de huevo, algunas con almendras incrustadas, muestras ofrecidas a los niños allí apiñados por chicas de uniforme, que observaban escrupulosamente la norma de entregar una sola pieza a cada uno. Ojos Saltones se acercó hasta la mesa, se surtió de todo lo que sus brazos le permitieron abarcar y, con la misma rapidez, se batió en retirada, causando en la azafata un gesto de embarazo y el impulso, reprimido en el último momento, de recriminarlo.

—Qué rico, *hyong* —dijo Trasquilón, mordiendo dos piezas de chocolate —, ¿quién lo hace? Se me derrite en la lengua, ji, ji.

Sin soltar la mano de Trasquilón, Ojos Saltones avanzó hacia el interior del edificio. De tan surtido y profuso, el género expuesto en los brillantes cristales y mostradores llegaba a causar cierto mareo. Pasaron por unos mostradores que exhibían relojes, collares, todo tipo de joyas y objetos decorativos, todo refulgente, productos cosméticos de todas las formas y tamaños. Abriéndose paso a través de la marea humana, los chicos llegaron al pie de unas escaleras mecánicas que se movían sin parar en su rumbo ascendente. Ya solo los separaban de su destino dos tramos de subida y una vuelta por la planta. Erraron un poco en un primer momento, pero la audacia de Ojos Saltones no tardó en ponerlos al pie de la última escalera mecánica que tenían que subir.

Por fin, Ojos Saltones localizó el rincón que estaba buscando, un departamento donde proliferaba todo género de animales de goma, muñecos de todo tipo, coches, aviones, tanques, helicópteros, el mismo tren eléctrico que había visto de pequeño, moviéndose sobre sus raíles, todo tipo de armas,

rifles, revólveres, pistolas láser, robots, cajas que contenían, en decenas, camiones de bomberos, coches de policía, de carreras, vehículos de todo tipo, todo tipo de maquinitas de videojuegos, todo disperso en cantidades tan copiosas que colmaban hasta el último rincón del centro comercial. Si aquello tenía omnubilado al propio Ojos Saltones, más aún a Trasquilón, quien pasó un buen rato prácticamente inmóvil, abandonado a la mera y perpleja contemplación de tan fascinantes, llamativos y abundantes objetos. Cuando, al fin, salió de su pasmo, comenzó a tocar, alzar, abrazar e incluso hacer rodar hasta el último juguete que encontraba a su paso.

—¿QUÉ, ENCUENTRA ALGO que le guste? —lo interpeló un vendedor de mediana edad, ataviado con camisa y corbata—. No puede usted ir tocándolo todo sin más, jovencito...

—Estoy buscando un regalo para mi hermanito —terció Ojos Saltones, mirando al empleado y con un tono resuelto en la voz.

—¿Sí? Pues un momento; tengo el juguete preferido de todos los niños —replicó el vendedor, tomando una caja de una estantería. Extrajo un objeto del tamaño de una libreta. Al pulsar un botón, se encendió una luz y los chicos vieron unos dibujos que comenzaban a moverse por la pantalla.

—Es Súper Mario; ¡seguro que tú lo conoces!

Los ojos de Trasquilón se clavaron en aquella pantalla de la maquinita donde el pequeño Mario, con su gorra colorada, saltaba por doquier, salía volando luego, se encaramaba a paredes, cruzaba ríos, doblegaba a monstruos. Se movía accionado por los dedos del vendedor, que pulsaban y soltaban en rápida alternancia los dos botones del dispositivo. Así les mostraba el vendedor el funcionamiento del juego, al que los curiosos y variados efectos musicales y sonoros dotaban de cierto realismo. El vendedor, entonces, le pasó la máquina al bueno de Trasquilón, quien, tras sentarse con el dispositivo en el regazo, comenzó a pulsar los botones. El singular timbre de la risa del chico se contagió a otros clientes del centro comercial, que se giraban hacia él al pasar.

—Tiene batería —apuntó el vendedor—, te la puedes llevar a donde quieras. ¿Qué te parece para tu hermano? Es un poco cara, lo único.

Ojos Saltones trató de no exteriorizar la fascinación, ni un ápice menor que la de Trasquilón, que le causaba aquel Súper Mario. Allí, turnándose en el disfrute de aquel cacharro, podrían haberse pasado el día entero.

—Nos la llevamos —dijo al fin Ojos Saltones al vendedor—. Pónganos una nueva.

—Claro, hombre. Acabáis de hacer un negocio, ¿eh? Ya veréis. El Súper Mario lo vendemos solo aquí, ¿sabes?

En la caja, Ojos Saltones sacó el dinero y comenzó a contarlo ante el vendedor, quien no pudo evitar que sus ojos se abrieran como platos ni reprimir una expresión de sorpresa:

—Vaya... ¿Y todo ese dinero? ¿Te lo ha dado tu madre?

—Son unos ahorrillos que he sacado —respondió Ojos Saltones, sin elevar la mirada.

—Aquí tienes —dijo el vendedor, entregándole la factura—. Guárdala por si algún día necesitas servicio técnico o reponer algún componente. —Y añadió—: ¿No necesitáis nada más? Hay un juego que se llama La Guerra de los Mundos, que probablemente te interesaría.

CON LA FLAMANTE bolsa de compras en la mano, Ojos Saltones acudió en busca de Trasquilón, que seguía absorto en el videojuego.

—Venga, que he comprado una nueva —le dijo.

Trasquilón dejó enseguida la máquina de muestra y, acercándose a Ojos Saltones, le arrebató la bolsa:

—Trae, yo la llevo.

En la esquina opuesta de la planta de juguetería, los chicos volvieron a tomar las escaleras mecánicas. Cada vez que descendían un piso, la abrumadora abundancia y variedad del género expuesto impedía que retuvieran en la memoria todo lo que veían. Ojos Saltones se detuvo ante el expositor de los guantes y las bufandas, que había pensado regalar a su madre. En aquel momento, su mirada reparó en una joven que pasaba por el pasillo de la tienda de enfrente.

La chica tenía exactamente el mismo aspecto que aquella con quien, tiempo atrás, coincidiera en aquel paso elevado. Sobre los hombros asomaba

el final de su media melena, los negros calcetines bajo la gabardina parda. En un acto involuntario, Ojos Saltones echó a andar hacia ella. Al doblar una columna, ya no la vio más; parecía haberse esfumado.

El joven recorrió pasillos, oteó por doquier tratando de retomarle la pista a la chica. De pronto la vio, parada en la escalera mecánica que se dirigía al piso superior. Echó a correr y tomó la escalera mecánica, pero la joven, de espaldas a él, ya llegaba a la planta de arriba. Ojos Saltones no se rendía; a la carrera, subió de dos en dos los escalones de la escalera, que avanzaba lentamente. Al llegar al piso halló a la muchacha, que buscaba algo en la sección de papelería. Con la respiración acelerada, se fue acercando a la joven hasta que, una vez a escasa distancia de su espalda, quedó como paralizado. No recordaba lo que se disponía a hacer; su mente estaba en blanco. No podía decirle alguna cosa tonta, como «dis... disculpa... Yo es que... te conozco desde hace tiempo y ahora me ha hecho ilusión verte aquí por casualidad...», ni tampoco, parafraseando a los rufianes de su antiguo barrio, soltarle algo en la línea de «perdona, chica, ¿tienes un minuto para mí?». No se le ocurría nada y se preguntó qué extraña idea le había llevado a emprender tan desenfadada carrera en pos de la joven. En esto, una vendedora que le estaba explicando algo a la chica clavó en Ojos Saltones una mirada llena de descaro. La chica, denotando un ligero movimiento de sus hombros, se giró también para mirar al muchacho y, enseguida, se giró nuevamente hacia la dependienta. Ahora que lo había visto, el rostro de la joven no le pareció ni más ni menos llamativo que el de cualquier chica con quien se pudiera cruzar por la calle; había desaparecido el esplendor que lo atrajo cuando la vio por primera vez y a cierta distancia. Desilusión y alivio se mezclaron en el suspiro que Ojos Saltones exhaló antes de reemprender la marcha, pasar junto a ellas como si tal cosa, cruzar de nuevo aquella planta de los grandes almacenes y poner rumbo al piso inferior. «Menos mal que no era ella», se dijo. Con inusitada nitidez, anidaba en su mente la idea de que, en caso de haber sido la misma chica, se habría sentido desafortunado. Lo cierto es que solo entonces reparó en que Trasquilón no se encontraba a su lado. Alarmado, se lanzó en frenética carrera por todos los pisos del centro comercial, salió disparado en desesperada busca de la gorra celeste, que, por muchas vueltas que dio, brillaba por su ausencia. Le llenó de ansiedad la idea

de que, durante sus momentos de distracción, su hermanito se hubiera aventurado a descender por su cuenta y, al verse solo, se hubiese lanzado también a buscarlo a él. Desde la escalera mecánica oteaba sistemáticamente el lugar, miraba arriba y abajo hasta que llegó a la planta de la calle, desde donde emprendió un nuevo y exhaustivo, pero igualmente vano, registro del centro comercial.

Descendió luego al nivel más ajetreado y caótico, donde dio una vuelta completa para volver a subir. De pronto, y asaltado por la duda de no haber registrado con la suficiente exhaustividad la zona de los guantes y las bufandas, donde vio a Trasquilón por última vez, revisitó aquella planta. Inspeccionó toda la zona, recorrió sistemáticamente el entramado laberinto de pasillos, atravesó las zonas de expositores ubicadas en el centro de la planta. «Demonio de crío —pensó, mientras su rostro se arrugaba en un puchero—, dónde se habrá metido...» Volvió a la escalera mecánica y repitió la búsqueda que ya había llevado a cabo para retornar después a la planta baja. Exhausto ya de angustia y enojo, se acuclilló junto a una columna. Llevaba así un cierto lapso de tiempo cuando llegó a su oído un llanto muy familiar. Se levantó de un respingo y corrió en la dirección de donde parecía proceder el sonido, divisando, ahora sí, la gorra celeste. Un nutrido corro de clientes custodiaba el llanto de Trasquilón y, junto a él, un vendedor joven y alto, de traje y corbata, tenía en su mano la bolsa del Súper Mario.

—VAYA, AQUÍ ESTABAS —exclamó Ojos Saltones, tomando la mano del chico—. ¿Por qué lloras?

—Este señor me ha quitado la bolsa. Dice que si lo he robado.

Ojos Saltones clavó una mirada desafiante en aquel empleado de los grandes almacenes, quien, en tono positivo, le preguntó:

—¿Tenéis factura?

OJOS SALTONES SACÓ la factura, que tenía arrugada junto con el dinero en un bolsillo de la parka, y se la mostró al vendedor exagerando intencionadamente los gestos.

—Mire, se lo he comprado yo.

—Ah, vaya... De acuerdo —comentó el vendedor, a quien probablemente le había llamado la atención ver a un niño como Trasquilón allí solo, con la bolsa de compras y corriendo por todo el centro comercial.

Tomando de la mano a Trasquilón, Ojos Saltones se dirigió entonces a la salida del centro comercial y, en un tono de voz lo suficientemente sonoro para que lo pudieran oír todos los presentes, gritó al vendedor:

—¡Joputa!

Una vez en el exterior, Ojos Saltones, mareado y con la voz seca, le dijo a Trasquilón:

—Oye, tú, ¿dónde te habías metido?

—Pero si fuiste tú quien desapareció sin decir nada, *hyong* —replicó Trasquilón—. Creí que te habías adelantado y eché a correr a ver si te encontraba.

Los chicos cruzaron la calle y entraron en una hamburguesería, donde pidieron sendos emparedados, patatas y refrescos de cola. Se sentaron a una mesa alta que daba a un enorme ventanal, a través del cual dominaban las hileras de coches y de transeúntes que cruzaban por la calle. Nadie diría, al contemplar la alegría que reflejaba el rostro de Trasquilón mientras daba cuenta de aquel refrigerio, que unos minutos antes había llorado tan desconsoladamente.

—Oye, qué rico —le dijo a Ojos Saltones, entre risillas—. Ya podríamos comer esto siempre...

—¿No lo habías probado nunca?

Trasquilón negó con vehemencia. Era la primera vez que comía hamburguesa y patatas fritas. En aquella situación, Ojos Saltones se sentía padre de Trasquilón o algo similar, y su mente comenzó a fantasear con la idea de estar en aquel mismo lugar acompañado de su propio progenitor. Sintió que los ojos se le humedecían y, en una reacción impulsiva, sacudió la cabeza como para ahuyentar pensamientos que juzgaba innecesarios. Recorrió la hamburguesería con la mirada, fingiendo naturalidad. Una vez en la calle, volvieron a captar su atención las chicas, esta vez tres colegialas de uniforme que, sentadas en corro, charlaban. Mas esta vez, por algún extraño motivo y a diferencia de otras ocasiones, se limitó a pasar por su lado y dirigirles una mirada indiferente. Sintió algo similar a la certeza de no poder

atravesar la pantalla cuando uno está viendo una película. El sol invernal, entretanto, había avanzado discretamente en su descenso por el cielo y la calle, de pronto, se hallaba sumida en las penumbras del ocaso. Las bombillas intermitentes que adornaban los árboles brillaban mucho más que durante el día y los expositores de las tiendas destacaban de la reinante oscuridad como brillantes dibujos.

CON EL AÑO Nuevo Lunar, cesaron las nevadas que duraban ya todo el invierno y el tiempo experimentó una notoria mejoría. Los adultos hablaban de que el viento ya no era cortante y furibundo. Durante el invierno, la basura quedaba oculta bajo la nieve, lo que dificultaba la selección y recuperación e imposibilitaba los trabajos de los camiones que cubrían la basura con tierra. Esta formaba pegotes con la nieve y todo se volvía una pasta grumosa, o la basura se congelaba expuesta al aire. Todo esto, sin embargo, no interrumpía el continuo caudal de vertidos que cada día, como siempre, llegaba puntual y se acumulaba sobre la nieve.

Al pasar los fructíferos días del Año Nuevo Lunar, todos los trabajadores de la Isla de las Flores esperaban ya la primavera. Con el aumento de las temperaturas, se derretía la nieve y el hielo de las capas de basura acumulada, lo que acarreaba la formación de simas, y se producían frecuentes accidentes por desprendimiento. En las pausas del trabajo, accedían al lugar las excavadoras para apisonar y compactar los montones de basura.

Antes del aludido Año Nuevo Lunar, la madre de Ojos Saltones pudo mudar el régimen de su titularidad, pasando de encargada de una concesión municipal a responsable de una zona privada. La empresa gestora, denominada Central de Reciclaje, estipulaba que las personas que pagaran las tasas de derechos de explotación exclusiva de un camión entero de basura pasaban automáticamente a encargadas y se repartían con los recuperadores los beneficios de la venta. Los propietarios de los vehículos, en posesión, cada uno de ellos, de diez o veinte camiones, compraban el género recuperado a los jefes de concesión, así como directamente a los trabajadores, y se encargaban de reciclarla en plantas que ellos mismos regentaban o de pasarlas a plantas de reciclaje más grandes. Estos propietarios, apodados «las multinacionales de la Isla de las Flores», eran adjudicatarios de las concesiones más productivas de la ciudad. Por supuesto, los derechos que

pagaban eran astronómicos, por lo que esa zona del vertedero resultaba intocable para todos los demás. La madre de Ojos Saltones, inteligente y resuelta, gestionaba con austeridad la basura del camión de su zona, donde, bajo su supervisión, trabajaban una decena de recuperadores. Se rumoreaba que, cuando Ashura fue trasladado a la cárcel, le dejó más de la mitad del dinero que tenía en la cuenta bancaria, solución que a la gente le pareció natural y razonable.

Al caer la noche, de regreso a casa tras su aventura en la ciudad, Ojos Saltones y Trasquilón le contaron a la madre lo del dinero encontrado en el vertedero. La mujer se apresuró a levantar el vinilo de la chabola para comprobar que estaba allí. Después lo guardó en el mismo sitio y, en tono sosegado, les informó de que, cuando llegara el buen tiempo, alquilarían los tres una habitación en la población del otro lado del río, donde vivirían. También fue a raíz de la aparición de aquel dinero, por lo que la mujer puso a Trasquilón el apodo *Bokdungui*, «niño amuleto». A partir de entonces, y aunque por lo general siguió llamando al chico por su nombre verdadero, Yong-kil, a veces decía «¿dónde está mi niño amuleto...?». A propósito de la excursión de los chicos a la gran ciudad y del dinero allí gastado, la madre no les reprendió, pero sí les dijo que, a fin de evitar sospechas por parte de los vecinos, el dinero restante habrían de ponerlo a buen recaudo e ir recurriendo a él poco a poco. Si entre pobres se encuentra un dinero tirado en la basura, les dijo, cualquiera que lo encuentre puede ser su dueño. Por otra parte, y en cumplimiento del firme pacto suscrito, los chicos no contaron a su madre nada sobre el origen del dinero, sobre la familia Kim ni aun sobre la casa de Flaquita.

A esas alturas del año, el trabajo del vertedero se tornaba ya más liviano, permitiendo a la mujer y a los dos chicos emplearse solo en la clasificación y acumulación de lo ya recuperado por los trabajadores de la concesión. De madrugada, la madre se iba sola y los dos chicos solo trabajaban del mediodía al ocaso. A raíz del cambio de zona municipal a privada, Ojos Saltones tenía ocasión de cruzarse a menudo con Topo en los alrededores del punto de vertido. Topo trabajaba junto a su padre, jefe de una sección particular, ayudando a su hermano mayor, empleado en dicha concesión.

UN BUEN DÍA estaba Ojos Saltones acarreado costales llenos de residuos plásticos cuando Topo, que pasaba por allí, se sentó discretamente a su lado y le dijo:

—Eh, Ojos Saltones, vamos a la población, ¿quieres?

—¿Y eso? ¿Qué pasa allí?

—Están poniendo una peli chula.

—¿Vamos a ir al cine? ¡Qué nivel! Hace mucho que no veo ni la tele — comentó Ojos Saltones, con voz parsimoniosa.

—Ponen *La Guerra de las Galaxias* —explicó Topo—. Mis amigos de secundaria dicen que es la hostia.

—Vale; espérame un rato —replicó Ojos Saltones.

Ojos Saltones completó el montón de los materiales metálicos y el de los cartones, los cubrió con tela de carpa y se puso en pie. Corrió a casa, se cambió de ropa solo de cintura hacia arriba y acudió al encuentro de Topo. Juntos cruzaron el puente del brazo estrecho del río y tomaron el autobús que llevaba a la población. Al verlos, un tipo de mediana edad, surgido de la nada y acaso con alguna copa encima, vociferó:

—¡Eh, pordioseros, *pillaros* un bus *pa* vosotros, no nos apestéis el nuestro!

—¡Tócame los huevos, gilipollas! —respondió Topo, lejos de amedrentarse.

Los osados improperios del joven aplacaron al tipo, que quedó murmurando como para sí y se fue apaciguando. Los chicos se apearon en la población y caminaron hasta la zona comercial.

—Yo te invito a las entradas y tú a la cena —sugirió Topo.

—¿Qué te apetece? En el mercado hay un sitio de *sundeguk*...

—Bien —respondió Topo, revelando un espontáneo y entusiasta apoyo a la propuesta—. Dicen que, después de tragar polvo en el trabajo, lo mejor es la grasa de cerdo.

—¿Quién dice eso?

—Mi hermano —explicó Topo—. De vez en cuando se hiere una bola de sebo entera y se la come acompañando al *soju*.

Antes del cine, dirigieron sus pasos a la casa de comidas, donde se sentaron en una esquina. No había más clientela que tres hombres de cierta

edad, aparentemente comerciantes del mercado, y que daban cuenta de unas botellas de *soju* acompañadas de un plato de cabeza de cerdo. Al acercarse la dependienta a los chicos, Ojos Saltones, sin pensarlo, encargó dos *sundeguk*.

—Y nos trae una botella de *soju* —añadió Topo.

—¿Qué dices? —exclamó la señora—. No podéis beber; sois menores.

Uno de los comerciantes de la otra mesa, que andaban ya medio ebrios, les echó una mirada de soslayo y le dijo a la señora:

—Ande, tráigaselo solo por esta vez; nosotros no hemos visto nada. —Y, dirigiéndose a los chicos—: ¿Qué años tenéis?

—Dieciocho —dijo Topo, encogiendo los hombros como un galápago.

—A esa edad ya alistan voluntarios en la mili —terció otro de los comerciantes—. Yo cuando iba al instituto ya me juntaba con mis amigotes y le pegábamos al *makkoli* cosa mala...

Sin intercambiar palabra, y en menos que canta un gallo, los chicos vaciaron sendos cuencos de *sundeguk*.

—Conque dieciocho, ¿eh, tunante? —comentó Ojos Saltones, nada más poner un pie en la calle—. Y te quedas tan ancho... Oye, ¿de verdad te habrías tomado el *soju*?

—Hombre, pues en esta situación, con la carne y eso, sí se me antojaba una botellita.

En cuanto vio una pequeña tienda de ultramarinos, Ojos Saltones entró prácticamente de un brinco y adquirió una botella de *soju*.

—Esta para el cine —le dijo a Topo.

La sala no estaba muy concurrida, en particular las filas más cercanas a la pantalla, prácticamente vacías. En una de ellas se acomodaron los muchachos, con los brazos suspendidos y las piernas colgadas de los asientos de la fila de delante. Mientras los protagonistas volaban por el espacio sideral y, con sus sables láser, diezmaban las robóticas fuerzas imperiales, Topo y Ojos Saltones sacaron de la bolsa negra de plástico aquella botella de *soju* y, que si un trago tú, que si otro yo, fueron dando cuenta del licor. No tardaron en sentir calor en el estómago y en los carrillos. Tiempo atrás, cuando Ojos Saltones vivía en su antiguo barrio, las vendedoras de las callejuelas del mercado le ofrecían *makkoli* como broma y en una ocasión llegó a embriagarse, pero el *soju* nunca antes lo había probado. Topo, por el

contrario, exhalaba después de cada trago de un modo que denotaba experiencia en el manejo de aquella bebida. Una vez vacía la botella, ambos comenzaron a sentir los efectos del alcohol. Bromeaban y jugueteaban, dándose golpecitos. Sus movimientos eran los típicos de la ebriedad.

—Ay, qué calorcito.

—Tengo como un martilleo en el coco.

A los mandos de su nave de guerra, el protagonista principal del film acertaba con sus disparos en los puntos clave de aquella estación espacial del Imperio, similar a una gigantesca pelota. Según se acercaba el fin, la pantalla se iba llenando de llamaradas. El camino del cine a la parada del autobús lo recorrieron jubilosos y algo aturridos.

—No sé por qué nunca crezco —se lamentó Topo—. Todas las mañanas, al mirarme al espejo, veo al mismo mocoso de siempre.

Aquellas palabras evocaron en la mente de Ojos Saltones recuerdos de las empinadas calles de su antiguo barrio, donde sus *hyong*, no bien les brotaba el vello púbico, se tornaban sumamente problemáticos. Cuando cumplían los veinte, directamente desaparecían del barrio, y cuando volvían por allí, ya ni saludaban a los jóvenes. Ojos Saltones acumulaba indicios para pensar que el paso a la edad adulta no suponía nada del otro mundo.

Tras cruzar el puente tendido sobre el brazo estrecho del río, iban subiendo la cuesta en dirección al lugar de trabajo de Ojos Saltones cuando divisaron la luz roja intermitente de una ambulancia estacionada a la puerta de las oficinas, y se había congregado un nutrido grupo de gente. De entre la multitud se asomó un recuperador de basura que Topo conocía bien, pues trabajaba en su concesión, y le dijo al muchacho:

—¡Corre. Tu hermano ha tenido un accidente!

—¿Mi hermano?

Colándose entre el gentío, los chicos llegaron a la ambulancia. Junto al vehículo estaba el padre de Topo. Este, pronunciando el nombre de su hermano, que ya estaba dentro, intentó acceder. Su padre le dijo a un tipo ataviado de bata blanca que eran familiares.

—Solo puede venir una persona, señor —informó el enfermero, antes de cerrar la puerta de la ambulancia, que, accionando la sirena, emprendió inmediatamente la marcha.

El accidente se había originado a raíz de un desplome del terreno que se produjo cuando el último camión de la jornada se encontraba vertiendo su basura. Al ceder el suelo, el camión se venció hacia un lado y el hermano de Topo, que guiaba sus maniobras, quedó atrapado bajo el vehículo. Los trabajadores allí congregados comentaban lo ocurrido:

—Yo siempre lo digo: cuando llega la primavera hay que tener cuidado. Por todas partes se mezcla la ceniza del carbón con el hielo y el suelo está hueco.

—Y digo yo, qué hacen los de los buldóceres, ya podrían haber asentado un poco el terreno...

—Bah, si yo te contara... Con decirte que últimamente hay hasta fugas de gas, que estás trabajando tranquilamente y de pronto te empiezas como a ahogar...

Uno de los trabajadores que había presenciado el accidente in situ era conocido de Ojos Saltones y este le preguntó por la suerte del hermano de Topo.

—Yo creo que de cintura para abajo ha *quedao* destrozado. No había más que buldóceres y excavadoras y tuvimos que sacarle de allí nosotros. Cuando conseguimos quitarle el camión de encima, ya llevaba como veinte minutos allí, el pobre. —Y, bajando la voz, agregó—: Luego, cuando lo arrastrábamos, vi que tenía las piernas hechas polvo...

La multitud allí congregada se comenzó a dispersar y Ojos Saltones puso rumbo al poblado de chabolas. Al llegar a su chabola, oyó sonidos electrónicos procedentes de su cuarto, donde Trasquilón jugaba al Súper Mario. Después abrió la puerta del cuarto contiguo, el de su madre, donde también había luz.

—Ha habido un accidente en la Cooperativa —le refirió—. A un hombre lo ha aplastado un camión.

—Sí, lo había oído —dijo la madre—. Hay que tener mucho cuidado. ¿Has cenado algo?

—Sí —respondió el muchacho, abreviando el monosílabo todo lo posible por si de su boca, que selló luego, manaba el olor del alcohol.

Volvió al cuarto, donde Trasquilón, boca abajo y con una almohada en el pecho, seguía enfrascado en el juego, en cuyo manejo denotaba cierta soltura,

pues había superado recorridos llenos de obstáculos y se acercaba ya a la última pantalla. Su objetivo, por entonces, era llegar al punto donde sonaba la fanfarria final junto con los fuegos artificiales que marcaban el final de la aventura. Ojos Saltones se tumbó a su lado y, mirando la pantalla, le dijo:

—Oye, mira esa boca de tubería. Si te metes por ahí, cambia la pantalla de golpe y pasas a otro mundo.

—Ya lo sé... —replicó Trasquilón, antes de apartarse hacia un lado y, en voz alta, protestar—: Ay, qué pestazo... ¿Has tomado alcohol?

—Calla, puñetero —dijo Ojos Saltones—, que nos va a oír mamá.

El lapso de tiempo que Trasquilón descuidó la partida bastó para que Mario, enfrentado a un dinosaurio, se precipitara al vacío.

—¡Por tu culpa, *hyong!* —protestó, y dejó al fin la maquineta a un lado.

—Oye, ¿has ido últimamente donde Flaquita? —le preguntó Ojos Saltones.

—Sí. La señora está enferma, no habla ni nada.

También Ojos Saltones, en el Año Nuevo Lunar, había estado allí, había comido sopa de pastas de arroz, como marca la tradición, y, por la noche, en la garganta del bosque, había visto un instante a los Kim. Desde el cambio de concesión de su madre, Ojos Saltones se acercaba a la población cercana siempre que tenía ocasión, pero no así a la casa de Flaquita y del abuelo chatarrero, por donde prácticamente no había podido pasar.

—Y, ¿qué hay del pequeñajo?

—Ahora en primavera, toda la familia está muy atareada. Por lo visto, esa niebla mala se ha extendido más todavía...

—Oye, pero, cuando estuvimos en el pueblo de los Kim... —planteó Ojos Saltones—, ¿crees que fue real? ¿Estás seguro de que no lo soñamos?

Al comprobar que Ojos Saltones aún albergaba dudas a ese respecto, Trasquilón, con su característica risilla, dijo:

—¿Sueño? Los sitios donde me llevaste tú, las tiendas y todo eso, también las veo yo en sueños...

Una tarde, de regreso a casa tras la jornada de trabajo, Ojos Saltones vio ante sí a Topo, que caminaba tambaleándose. A su paso, las mujeres que estaban a la puerta de las chabolas murmuraban y se metían en sus casas, evitando al joven. Ojos Saltones, por el contrario, echó a andar discretamente

y con paso lento en pos de Topo, quien, dejando atrás el poblado de chabolas, emprendió un afanoso ascenso de la cuesta que llevaba a la Base. Cuando Ojos Saltones estuvo cerca, Topo se giró y, poniéndole los brazos en torno al cuello, le dijo:

—Ay, Ojos Saltones, amigo mío, cómo me alegra verte.

—Oye, tío, ¿para qué andas bebiendo así?

—Qué coño —protestó Topo—. Es una botella que he encontrado en el trabajo y le he echado unos tragos, ¿qué pasa por eso?

Dicho esto, Topo sacó de un bolsillo de su mono de trabajo una bolsa negra de plástico que tenía algo envuelto.

—¡Mira, también tengo una botella de *soju*! —exclamó.

Ojos Saltones ayudó a Topo, que se tambaleaba en mitad de la cuesta, y se metieron en la Base. Allí encendieron una vela, le dieron la vuelta a la manta y al saco de dormir, que estaban allí tendidos, y se sentaron frente a frente. Sin más herramienta que los dientes, Topo abrió la botella de *soju* y comenzó a beber de forma indiscriminada hasta que Ojos Saltones se la arrebató. Topo torció la boca en un puchero.

—A mi hermano le han cortado las piernas —dijo, rompiendo a llorar—. Ya nunca podrá andar en toda su vida. ¡Y mi viejo no está pendiente más que de pillar la indemnización!

—Deja de beber, anda. Lo que queda ya me lo tomo yo —dijo Ojos Saltones, quien, tras su primera experiencia con el *soju*, lo consideraba inofensivo.

El *soju* no le había causado nada del otro mundo más allá de un sueño de lirón y, por otra parte, la transitoria sensación de sentirse adulto, que no le había resultado desagradable del todo. Esta vez, sin embargo, el alcohol caía sobre un estómago vacío, causándole un ligero pinchazo. Mas fue solo la primera impresión; al cabo de unos tragos, caldeados cuerpo y rostro, le encontró al *soju* un sabor más bien dulzón. Que si bebamos poco más, que si mejor no, el caso es que los chicos pasaron una hora allí sentados. Topo, que estaba sorbiendo por la nariz, sacó de un bolsillo algo que parecía un tubo de dentífrico y lo metió en una bolsa de plástico negro, que después abrió para acercárselo a la cara. Ojos Saltones sabía perfectamente qué estaba haciendo su amigo, pero no trató de impedirselo. Incluso, en una ocasión, lo había

llegado a probar. Fue en una casa abandonada de su antiguo barrio y en compañía de sus *hyong*, de coetáneos e incluso de algún niño de corta edad. En corro fueron rulando el pegamento para que todos dieran unas caladas. Las reacciones eran variopintas: unos vomitaban, se retorcían otros, la respiración entrecortada; algunos quedaban tendidos en el suelo como muertos y después se ponían en pie a duras penas.

Tras varias inhalaciones profundas, Topo se desplomó hacia atrás para, transcurridos unos instantes, incorporarse a trompicones y volver a sentarse.

—Eh, tío —exclamó, riendo a carcajadas y señalando a Ojos Saltones—, se te está estirando la cara, mira qué larga se te ha puesto...

Ojos Saltones, entonces, recogió del suelo la bolsa de plástico, que Topo había abandonado allí, y, discretamente, se la metió en un bolsillo. Topo se puso en pie y, agitando los brazos como si estuviera volando, exclamó:

—¡Estoy flotando! ¡Soy como un globo!

Con una rodilla puesta en el escritorio de la Base, Topo perdió el equilibrio, apagando la vela en su caída. Ojos Saltones lo alzó del suelo, donde el chico palpaba con la mano como en busca de algo.

—Tío, vámonos a casa, venga —le instó Ojos Saltones—. Levántate ya.

—¿Dónde está? —exclamaba Topo—. Tengo que esnifar un poco más...

Ojos Saltones obligó a Topo a ponerse en pie y salieron de la Base. A paso más lento aún que cuando llegaron, y parando por el camino para descansar, fueron siguiendo la senda. Remontaron el montículo, atravesaron los campos, cubiertos de hierbajos secos. Las extremidades de Topo oscilaban como las de un pulpo. Ojos Saltones le echó un brazo en torno a la cintura y así iban caminando cuando, al pasar por el descampado, el tipo del casco, que estaba bebiendo junto con los trabajadores de su zona, exclamó:

—Joder, ahora pasan directamente del chupete a la botella...

Ojos Saltones, que había llegado al límite de sus fuerzas, aprovechó un descanso para bajar a Topo a tierra y les dijo a los trabajadores:

—El hermano de este ha perdido las piernas.

—Ya —dijo uno de los trabajadores, que estaban al corriente de lo sucedido— pero, hombre, bebiendo lo único que va a conseguir es sentirse peor.

—¿Alguien sabe dónde vive? —preguntó otro trabajador.

—Él, enfrente de mi casa —intervino un hombre de mediana edad, que llevaba calado un gorro de lana—. Su padre vive en otro sitio.

Sin aparente dificultad, aquel hombre cargó a Topo sobre sus hombros y se perdieron de vista por una senda que se desviaba del camino principal del poblado. Al llegar a casa, Ojos Saltones no halló ni rastro de Trasquilón. Los calores del alcohol se le subieron tan de golpe que tuvo que apoyarse en la pared. Tomó asiento y, para sí, murmuró: «Vaya panorama, tan canijos y ya bebiendo como cosacos. Y yo llevo el mismo rumbo que Ashura, que el hermano de Topo, que Topo, alcoholizado y hecho mierda». Se desparramó sobre las mantas y, asaltado por un súbito pensamiento, se echó la mano al bolsillo, de donde sacó, emitiendo el ruido característico, la bolsa de plástico que tenía allí arrugada. Vaciló unos instantes, tomó la bolsa en las manos y, abriéndola lentamente, se cubrió con ella la nariz y la boca. «Bah, qué más da todo...», se dijo. Tras dar una honda exhalación, brotó de la bolsa un olor a goma y petróleo, dio una vuelta y sintió que le faltaba el aire. Apartó la boca, aunque solo momentáneamente, antes de volver a inhalar. Abordó su cabeza un ruido similar al zumbido que las cigarras, en enjambre, emiten en verano y su conciencia se volvió nebulosa como la calima. Palpó la parte de la manta que quedaba cerca de su cabeza, trastabilló con los brazos y su mano encontró algo que, en un primer momento, no identificó. Siguió palpando y sus dedos debieron de pulsar un botón, porque...

Se enciende la pantalla. Los oídos se me llenan de música y sonidos electrónicos. Poco a poco, el escenario se va agrandando y mi cuerpo, haciendo «¡priuuu!», mengua bruscamente. Con mi gorra roja y mis pantalones azules de tirantes, avanzo por la pantalla. Flanquean mi recorrido muros de ladrillo; al frente, una puerta. La cruzo y me veo súbitamente transportado a un mundo diferente. Por el cielo, azul brillante, discurren nubes rollizas.

A un costado se extiende un bosque de puntiagudos árboles. En un confín, se tocan el azul del cielo y el amarillo de la tierra. Al mirar en detalle, el color del cielo resulta ser pintura, las nubes son grumos de espuma de uretano esparcidos sin más. Los bosques están hechos de vinilo y plástico; la tierra, conformada por granos de goma de látex compactados. El césped de

los prados es de polipropileno; de roca artificial y plástico moldeado los badenes y muros de contención. En la vasta llanura destacan, como torres, dispersos grupos de edificios, con los brillos de sus metales, vidrios y hormigones. El conjunto asemeja una ciudad en sus primeras fases de desarrollo y, sin embargo, no se ve un alma a excepción de mí. Junto a las macetas, llenas de flores y hojas de plástico, brotan vides y manzanos de frutos plásticos y tersos. Desde la distancia, se acerca a mí algo similar a un perro de raza sapsali, todo el cuerpo cubierto de fibra sintética de poliéster imitación de pelo, alborotado, ojos rojos y que se desplaza emitiendo un ruido como de rodaje. Sin más, sigo andando. Intento esquivarlo, pues no se aparta de mi camino. Acabo chocando contra él; siento un pinchazo en el corazón y como si una corriente eléctrica se transmitiera a todo mi cuerpo. De súbito, me siento transportado a una pantalla inundada de intensa luz y que asemeja el cristal de una ventana para, después, precipitarme en la oscuridad. Cuando se vuelve a iluminar el panorama, me veo nuevamente plantado en el estrecho sendero que discurre entre los muros de donde partí la primera vez y atravieso la puerta. Avanzando por el mismo sendero, vuelvo a ver las flores y redescubro al monstruito perruno, que se acerca en mi dirección. Esta vez, retrocedo sobre mis pasos, pero aparece ante mí otro bicho. Este asemeja una tortuga y se arrastra por el suelo. Uno me viene por delante y el otro por detrás. Doy un ligero pisotón en el suelo y mi cuerpo, como si flotara, se eleva en el espacio. Cuanto más fuerte piso, más alto llego. Voy dando brincos hasta que aterrizo sobre el monstruo quelonio, que piso. «¡Poing!», se oye. La tortuga estalla como una pompa de jabón y, sin más, desaparece. Vuelvo a dar un salto en el aire, cayendo esta vez sobre el monstruo canino, que, emitiendo un sonido similar, desaparece igualmente. Ahora se acerca a mí toda una recua de monstruitos. Con ligereza, salto por la pantalla y los voy destruyendo uno por uno. Ante mí toma forma una escalera de piedras que flotan en el aire. A saltos, llego al punto más elevado, donde choco con una piedra pequeña y, al chocar con ellas aparecen en el cielo puntos en forma de monedas de oro. Me encaramo a una plataforma que aparece enfrente. Aparece un estrecho puente de madera. Ante mí, monstruos perrunos; revoloteando, murciélagos que asemejan fragmentos de servilleta. Salto, piso al perrito, con el impulso caigo sobre los

murciélagos, que elimino también, y cruzo el puente. Ya no hay vuelta atrás. Incapaz, asimismo, de acelerar el paso, avanzo a un ritmo fijo e impuesto por la solemne música. De buenas a primeras, y no pudiendo saltar sobre la alcantarilla, caigo a plomo. Mi precipitación hacia la oscuridad se prolonga y aparezco en un mundo subterráneo, un paisaje de grutas radicalmente distinto del anterior y por cuyo fondo discurre un viscoso río de pintura. Sobre las artificiales rocas, una cascada de pintura acrílica. Todos los caminos que tomo están infestados de monstruitos con cola y cuernos, hechos con globos de goma, en forma de crías de cocodrilo y que desprenden un desagradable olor a aceite. Esta vez hago lo mismo: salto sobre ellos, los destruyo.

Entonces veo ante mí una descomunal montaña de basura. Hay también una viscosa turbera de negro aceite, un estanque de donde brotan chispas también negras y llameantes. En la cima de la basura, ese embrollo de los objetos más variopintos, entre ellos cosas que parecen latas, botellas alargadas, arrugados trapos, alambres enmarañados como ovillos de lana, desmontadas cajas y, en un lugar, una larga cuerda. Aferrado a ella, asciendo. Sobre mi cabeza, las fauces abiertas de un cocodrilo mayor que los de antes. Vuelvo a saltar, me elevo en el aire, piso al monstruo, que resulta destruido en el acto. Cruzo un puente. Ante mí, un demonio ataviado con una chaqueta que ondea. Como un dragón, escupe fuego por la boca. Si me rozan sus llamas, volveré a verme arrastrado a la oscuridad. En el aire, un puente de piedra. A saltitos, lo cruzo y llego a un lugar alto. Me precipito al vacío y, durante mi caída, pateo una, dos, tres veces la cabeza del monstruo, que explota con un «¡kwakwang!». Con la fuerza que me queda, surco de nuevo el espacio y me hago con las doradas y refulgentes piezas que descansan sobre un plato. Música, fuegos artificiales. En el aire, un indicador que muestra el total de la puntuación conseguida, proporcional al número de tesoros acopiados. Por encima de las bengalas que refulgen en el aire, un agujero que, como una boca, se abre. Con fuerza, me impulso hacia lo alto y, por fin, salgo de la tenebrosa y lúgubre cueva para resurgir en un ambiente nuevo.

Al igual que el mundo anterior, este también es una vasta planicie. Nadie hay en este lugar con quien conversar, con quien entretenerme, a quien pedir

ayuda. Las casas, los árboles, las rocas, el río, todo son obstáculos, monstruos sin otro afán que mandarme al punto de partida por la vía rápida. Todo es hostil. No puedo regresar, no puedo hacer otra cosa que no sea avanzar indefinidamente, avanzar entre saltos, elevándome y surcando el cielo, asiendo, colgándome y balanceándome, doblegando, acumulando puntos sin parar. Superada apenas la primera fase, llego a las puertas que dan acceso a un castillo de vertiginosa altura. El camino que me ha traído hasta aquí resulta directamente expulsado de la pantalla, dejándome sin posibilidad de volver atrás. El recorrido se repite sin fin y, aunque consiga llegar al final, siempre acabo retornando al punto de partida. Plantado a la puerta del castillo, llega a mis oídos una voz ronca.

—Niño... No te vayas... Aunque lo parezca, esto es solo un decorado...

Al volverme, descubro al abuelo de los Kim.

—¿Qué... hace usted aquí? —le pregunto.

—Todos cuantos se han aventurado por este sendero han acabado mal. Han pagado un alto precio por creer que se trataba de un atajo. No olvides que todas las cosas vivas del mundo y todos los objetos están conectados a ti como en una red.

Entonces yo, evocando un precioso y onírico recuerdo, le grito:

—Señor, yo una vez estuve en el poblado donde vive usted. ¿Es muy diferente este lugar de aquel?

—Pues claro que es diferente —dice el abuelo de los Kim—. En nuestro vecindario, siempre estamos a vuestro lado. Si existimos es porque existís vosotros; sin vosotros, nosotros tampoco existiríamos. Allí, todo, cada árbol, cada brizna de hierba, cada pato, los montes y los ríos, todo está vivo como tú y está contigo, jovencito. Aquí, por el contrario, todo son obstáculos, estás solo y rodeado de monstruos contra los que luchar, a los que eliminar. Este camino que ante ti se abre ¿no crees que es, precisamente, la continuación de esa persecución sin fin en pos de la última pantalla, para después volver siempre a la primera? No, lo que tienes que hacer es no volver a empezar, salir de aquí sin más...

No sé si es él quien me ha empujado; lo cierto es que el espantoso paisaje se ha desvanecido como por arte de magia. De pronto, estoy en el cuarto, con la luz de la vela, la cabeza escondida entre los brazos...

... las piernas encogidas, todo el cuerpo desplomado hacia un lateral. Allí estaba Ojos Saltones, aún con la sensación de estar deslizándose en una caída sin fin.

—*Hyong*, ¿estás enfermo?

Allí estaba Trasquilón, plantado y con la maquinita en la mano. Ojos Saltones se esforzó por hablar:

—Agu... agua...

La sequedad de su boca le impedía hablar con normalidad. Trasquilón le acercó a los labios un cuenco de agua, que bebió copiosamente. Sintió el agua como un río en el desierto al mojar su lengua, que tenía como un estropajo, al llegar, cual agua arremolinada de un riachuelo, a su ardiente garganta.

—¡La pu...! —se lamentó, presa de una inapelable pesadumbre, y cerró los ojos.

* * *

AQUEL DÍA EL CIELO estaba totalmente encapotado y el viento soplaba con bastante fuerza. La pancarta tendida junto a las oficinas del vertedero para transmitir consejos de seguridad propios de la primavera se fue deshilachando y acabó por echar a volar. A partir de las cinco comenzaron a llegar en tropel los camiones de basura de la tarde y las últimas tareas de la jornada estaban en su apogeo. El sol se ponía más tarde que en invierno y, hacia poniente, el cielo seguía teñido de reflejos rojos. El lugar se sumía progresivamente en las sombras del ocaso.

La madre de Ojos Saltones comenzaba a recoger el género recuperado que le entregaban los jefes de cada grupo de trabajo. Estos llegaban con las cestas, cuyo contenido Ojos Saltones y Trasquilón, apostados detrás de su madre, se encargaban de clasificar y colocar en sacos, que acumulaban en una zona. Uno de los jefes de cuadrilla se mostró descontento:

—Oiga, los de la Cooperativa tienen la cara muy dura, ¿no? Ellos tan anchos y en nuestra zona no hay ni espacio para que den la vuelta los camiones.

—Ya lo notificaron ayer a la empresa los jefes de Central de Reciclaje —explicó la madre—. Los de la Cooperativa dicen que lo solucionarán enseguida, que no hay problema.

—¿Solucionarlo? Ay, madre —intervino otro jefe de grupo, sin dejar de manipular unos objetos y colocarlos—. Mire, ahí fuera siguen los bidones que descargaron ayer. Una parte lo ha cubierto de tierra la excavadora, pero los de hoy siguen dando vueltas.

—Y todo es basura, no hay nada que recuperar —añadió otro—. La basura que llega aquí es de cosas del hogar. Esas cosas hay que juntarlas y tratarlas en otro lado...

—Ahí, en la Cooperativa, deben de pillar comisiones por todas partes...

—De acuerdo —dijo la madre—. Si de aquí a mañana no se ha solucionado, hablaré de nuevo con la empresa y les informaré.

Tras aplacar así a sus trabajadores, la madre se dirigió al vertedero para evaluar el problema. Aunque la amplitud del montón de basura se reducía proporcionalmente a la acumulación vertical, aún era suficiente para albergar una fila de varias decenas de camiones. Las quejas de los trabajadores eran fundadas. La empresa gestora de la Cooperativa, Medio Ambiente y Cooperación, había practicado un profundo agujero cerca del punto de entrada de los camiones y allí llevaban varios días enterrando el desecho no reciclable. Argüían que, si les obligaban a trabajar más lejos, los conductores de vehículos pesados demandarían un aumento de sus honorarios.

A eso de las seis, cuando parecía que la jornada iba a terminar sin incidente alguno digno de mención, llegó, procedente de las concesiones municipales de la zona Este, un ruido como de explosión, seguido de imponentes llamaradas. Debido a la descomposición de los residuos, acumulados en espesas capas, el suelo estaba saturado de gases atrapados que, con el deshielo, se liberaban por doquier. Lejos de extinguirse, las llamas se propagaban en todas direcciones. Si bien por fortuna, y dado que los trabajadores de las concesiones municipales habían terminado su jornada y se disponían ya a abandonar el punto de vertido, no hubo quemados ni heridos, la circunstancia exigía atención urgente. Atendiendo el aviso que dieron desde la oficina de gestión del vertedero, acudieron tres camiones de extinción de incendios, uno procedente de la población cercana y dos más de la ciudad en sí. Al cabo de media hora, el fuego estaba extinguido. Pero aquello no había sido más que el comienzo.

Ojos Saltones y Trasquilón llegaron a casa antes que su madre, quien a esa

hora, terminado el turno de trabajo y recogidos los bártulos, había tomado parte en la rutinaria reunión de los jefes de concesiones privadas y no estuvo de vuelta en el hogar hasta las ocho de la tarde. Como cualquier día, se sentaron los tres en torno a la mesita y cenando estaban cuando captó su atención un ruido sibilante y una explosión, que precedieron a un súbito fulgor en la puerta de plástico que daba acceso a la chabola. Al salir, los dos chicos encontraron llamas que, originadas en pleno centro del poblado, destacaban sobre los tejados. Del vertedero, sobre los tejados y hacia el cielo se elevaban furibundas y explosivas lenguas de fuego. Un incendio de varios focos se había declarado en el poblado de chabolas.

—¡Mamá! ¡Fuego! —gritó Ojos Saltones.

La madre se asomó, entró rápidamente en la chabola, salió con las mantas, que pasó a los chicos y, seguida de éstos, echó a correr en dirección a la zona de las oficinas y la tienda. De soslayo miraron en dirección al vertedero. El lugar, refulgente como en pleno día, estaba envuelto en llamas y el gas en propagación asemejaba una densa bruma. Se arrepintieron de haber salido sin las máscaras protectoras y la equipación que usaban en el trabajo. Las explosiones no cesaban y el aire estaba lleno de chispas y de escoria, que caía como granizo. La madre corría agazapada en la manta; Ojos Saltones, con la cabeza envuelta, con la vista fija en el suelo y conteniendo la respiración. No había donde guarecerse del tóxico olor ni del negro humo, denso como la niebla. Trasquilón, de pronto, echó la vista atrás y, envuelto en la manta, empezó a correr en sentido contrario. No pensaba sino en volver a la casa y salvar el Súper Mario. Por todas direcciones cundían las llamas y Trasquilón desapareció en la densa humareda. Enfundados en las mantas, Ojos Saltones y su madre corrían todo lo rápido que podían. En su mayor parte, la gente que, en gran número, se precipitaba a la zona de las oficinas, a fin de alejarse todo lo posible del vertedero, había salido descalza y con las manos vacías. Pero el fuego se propagaba en todas direcciones y el poblado entero se hallaba ya envuelto en llamas. Las precarias viviendas, construidas a base de plásticos, lonas, poliestireno y cartones, ardían como servilletas de papel y no tardaban en venirse abajo. El gas metano y los residuos inflamables acumulados en el vertedero, al combinarse, reaccionaban en cadena, produciendo explosiones, levantando nubes tóxicas. Las llamas, al alcanzar

los residuos acumulados en la Cooperativa, causaban deflagraciones, y también los bidones que contenían dichos productos comenzaron a saltar por los aires. Algunos aparecerían más tarde, arrugados como bolas de papel, en zonas extremas de la Isla o incluso en pleno cauce del río. Las chispas y fragmentos llovían literalmente y el aire estaba tan cargado de gas que las gentes, sin saber adónde ir, se desplomaban en el suelo o acudían en masa a las oficinas y a la iglesia, únicos edificios que, gracias a sus tejados de cinc, se salvaban del fuego. Las mil chabolas ardían al mismo tiempo, y aunque las llamas, tras devorar cada vivienda, no tardaban en aplacarse, el calor y los gases empeoraban la situación. Megáfono en mano, un funcionario de las oficinas del vertedero se dirigía a las gentes allí apiñadas:

—¡Por favor, diríjense al otro lado del río y vayan evacuando como les sea posible...! ¡Debido al calor y a los gases tóxicos, es peligroso permanecer en la zona! ¡Repito, procedan a evacuar!

Tras perderse la pista en medio de la densa nube de humo, Ojos Saltones y su madre se llamaban para encontrarse. El hecho de que, en su mayor parte, los vecinos congregados en los alrededores de las oficinas se hallasen en circunstancias similares dificultaba la búsqueda. Les lloraban los ojos, tosían y, más que andar, trastabillaban.

—¡Chong-ho! —los llamó—, ¡Yong-kil!

Ojos Saltones oyó la voz de su madre y divisó los motivos geométricos de aquella manta que conocía bien. Madre e hijo se abrazaron en una escena que recordaba los encuentros que tienen lugar en los campos de batalla.

—¿Y tu hermano?! —preguntó la mujer.

—No lo he visto —dijo Ojos Saltones, mirando a su alrededor—: Debe de estar en casa de Flaquita.

Empujando el chico la espalda de su madre, se dirigieron al sendero que salía de la tienducha. Pasaron los campos y caminaron rumbo al confín noroccidental de la Isla, donde se hallaba la casa de Flaquita. Hacia la zona de los sembrados y las colinas, que Ojos Saltones y Trasquilón recorrían siempre para ir del poblado a la Base, las llamas, procedentes del vertedero y de las chabolas, devoraban ya los campos. Azuzado por el viento, el fuego se propagaba sin cesar. Madre e hijo avanzaron por aquel sendero, envuelto en una negra humareda, y se encontraban aún a cierta distancia de la casa de

Flaquita cuando ya oyeron los ladridos de los perros, excitados por su presencia.

—¿Dónde estamos? —preguntó la madre, envuelta aún en la manta y con cierto tono de inquietud.

—Es la casa del viejo chatarrero —explicó Ojos Saltones.

—Había oído que vivía por aquí cerca. Qué extraño; esto es como otro mundo.

EL VIEJO CHATARRERO iba caminando hacia ellos. Debía de estar fuera de la casa.

—¿Sois vosotros? —exclamó.

Madre e hijo le saludaron cortésmente.

—Menuda se ha liado, ¿no? —dijo el anciano—. Había visto otros incendios, pero ninguno como este.

—Y su hija —preguntó Ojos Saltones—, ¿se ha curado de su dolencia?

—Está durmiendo como si se hubiera muerto —murmuró el anciano chatarrero, bajando la voz—. Si se entera del incendio, capaz es de echar a correr por ahí. —Después, miró a su alrededor y preguntó al muchacho—: Y ¿tu hermano?

—Salimos juntos de casa, pero se ha perdido. Pensábamos que estaría aquí..

—Vamos a esperar un poco —dijo el anciano—. Cuando se canse de buscaros, vendrá por aquí.

Sentados en el porche de la casa, los tres observaban la propagación de las llamas, cada vez más virulentas. Por entonces, el fuego envolvía ya la colina de arriba abajo y también ardía la zona ribereña cubierta de eulalias.

—Pasen a la casa, señora —instó el viejo chatarrero a la madre de Ojos Saltones.

—¿No les molestaremos?

—Tenemos una habitación libre. Allí pueden dormir los tres.

Se esforzaron por entrar discretamente y en silencio, pero no pudieron evitar que los perros gruñeran y ladraran. Ojos Saltones tomó en sus brazos a Flaquita y todos los perros quedaron aplacados.

Acompañados del viejo chatarrero, madre e hijo se dirigieron a la habitación del piso superior y allí estaban sentados cuando, quebrado acaso su sueño, oyeron decir a la mamá de Flaquita:

—¿Quién ha venido, padre?

—Nadie. Duerme, anda.

A lo lejos se oyó entonces una sirena. Los coches de bomberos llegaban demasiado tarde. Todos, incluidos los vehículos de refuerzo procedentes de la ciudad, se habían puesto en marcha ya caída la tarde y al fin llegaban al lugar. La madre de Ojos Saltones, acucillada en un rincón, giró la cabeza y le dijo al chico:

—Anda, ve a buscar a tu hermano.

Ojos Saltones, quien de todas maneras estaba a punto de ponerse en pie, se dirigió a la zona de las oficinas del vertedero. A su izquierda, el brazo estrecho del río; a su derecha, la colina, los campos y la rama ancha del cauce. Las hierbas y árboles que poblaban el paraje estaban ardiendo, y en el poblado de chabolas, reducido a cenizas, el cielo era una nube de humo en expansión. Hacia el vertedero, aún crepitaba el fuego y se alzaban las llamas. La zona de las oficinas estaba cubierta de humo negro, denso como bruma. Allí estaban estacionados los coches de policía; los camiones de bomberos habían ascendido a un lugar cercano al vertedero. Todos los jefes de las concesiones municipales, así como los de las zonas privadas, equipados con máscaras y guantes, se habían congregado allí. Ojos Saltones se abrió paso entre ellos y oyó que alguien le decía:

—Oye, ¿qué haces que no evacúas?

Al mirarlo detenidamente, descubrió que se trataba del tipo del casco.

—¿Ha visto a mi hermano? —le gritó.

—Aquí no hay ningún crío. Y tu madre, ¿dónde está?

—En casa del viejo chatarrero.

Empujando ligeramente la espalda del muchacho, como para instarlo a que abandonara el lugar, el del casco dijo:

—Esa casa está apartada; allí estará a salvo. La mayoría de la gente ha evacuado el vertedero y están al final del brazo del río.

Pensando que el bueno de Trasquilón, sin duda, se habría ido con las gentes del poblado, Ojos Saltones retornó a la casa de Flaquita. En medio de

tanta inquietud, el joven y su madre se durmieron en la estancia del piso superior. Era noche cerrada cuando Ojos Saltones despertó. Toda la prole, tanto la de casa como la del invernadero, ladraban al unísono. El fulgor que se veía por la ventana invitaba a pensar que se había declarado un incendio o algo similar. Con estrépito, se abrió la puerta y pareció que alguien abandonaba la vivienda a toda carrera. La puerta estaba de par en par. Ojos Saltones salió al *maru* y descubrió que Flaquita se había aventurado hasta el patio, donde ladraba sin cesar. En un extremo del *maru*, ladraban, también, otros perros, tullidos. Al mirar al cielo, lo encontró encendido de tonos carmesí. La madre del joven salió también a toda prisa y el viejo chatarrero, con el cabello enredado, encendió la luz del *maru* y exploró el lugar con la mirada.

—Esta calamidad ha vuelto a salir —masculló.

El abuelo chatarrero se enfundó los zapatos y salió de la casa, seguido por Ojos Saltones. Nada más salir al patio, los perros comenzaron a ladrar con fiereza. Al principio parecía que se estaba incendiando la garganta del monte, pero vieron que las llamas se habían propagado hasta la espesura de eulalias, envolviéndola en su totalidad. El viejo chatarrero tomó a Flaquita, la puso sobre el *maru* y le dijo a la madre de Ojos Saltones:

—Quédese en casa con la puerta bien cerrada.

Seguido de Ojos Saltones, el viejo echó a correr hacia la garganta. Para cuando pasaron por el lugar donde desmontaban los aparatos electrónicos, las llamas ya estaban cerca. Ante ellos tenían las eulalias, más altas que una persona adulta, y todo el campo cubierto de hierbas secas y rígidas, crecidas durante el invierno. Abriéndose paso a través de la espesura, el viejo chatarrero le dijo a Ojos Saltones:

—Quédate aquí.

Tras despojarse de la parte superior de la ropa y ceñírsela en torno a la cabeza, el anciano desapareció entre la frondosidad del bosque que conducía a la garganta. El muchacho permaneció unos instantes con la mirada fija en las llamas. Temiendo que, en su rápido avance, llegaran hasta su posición, comenzó a dar pasos hacia atrás. De la humareda causada por la combustión de las tupidas eulalias surgió instantes después el anciano chatarrero. A hombros llevaba a la mamá de Flaquita, inerte, y, a trompicones, consiguió

llegar a la casa. En el patio, el viejo se desplomó junto con su hija.

—¡Chiquilla, despierta...! ¡Reacciona...! —gritaba, dándole palmaditas en la mejilla. Y, dirigiéndose al muchacho, que estaba tras ellos, le pidió—: ¡Trae agua, por favor...!

Ojos Saltones entró en la casa y regresó con un cuenco lleno de agua. La mamá de Flaquita, entonces, se levantó como un resorte. Temiendo que volviera a escaparse, el anciano agarró a su hija por la cintura, pero ésta, ya en pie, levantó los brazos y el rostro hacia el cielo y comenzó a vociferar:

—¡Oh, humanos desdichados! ¿Creéis que aquí vivís vosotros solos? ¡Aunque marchéis todos de aquí, el mundo seguirá igual!

—Sí, hija, está bien, está bien, todo es culpa de papá... —dijo el anciano, poniendo una mano en el hombro de su hija a fin de que se sentara y dejase de decir cosas sin sentido.

Agotadas, acaso, sus energías, el abuelo chatarrero dio una honda exhalación para recuperar su aliento. Ojos Saltones sumó entonces sus fuerzas, asiendo la cintura de la mujer junto al anciano. Entre forcejeos, con los que intentaba liberarse de las cuatro manos que la retenían, la mamá de Flaquita retomó sus gritos:

—¡¿Creéis que vivís vosotros solos en el mundo?!

Con las voces de la mujer, los perros del invernadero y los de la casa estallaron en una nueva y unánime algarada de ladridos. La madre de Ojos Saltones, alarmada, salió corriendo de la vivienda. La mamá de Flaquita continuó zarandeándose enérgicamente para que la soltaran hasta que, al llegar a su límite, las fuerzas le flaquearon y desfalleció directamente.

La Isla de las Flores siguió consumiéndose bajo las llamas cinco días más. El incendio no se extinguía más ahora que en el momento de declararse y el viento hizo que la ciudad, la misma que había producido toda la basura, se viera cubierta, tanto en sus distritos occidentales como también en algunas zonas del centro, por el olor a quemado y por la negra humareda. A la rápida propagación de la nube negruzca por todo el territorio urbano contribuyó, especialmente, el río, que se comportó como una tubería de conducción para el humo. La evacuación decretada en zonas residenciales y hospitales llegó, incluso, a generar desconcierto y, entre los oficinistas de las zonas empresariales, se dispararon los partes por dolores de cabeza. Desde el primer

momento, la rápida propagación de las llamas motivó el refuerzo de los equipos de bomberos en la zona, quedando el parque de camiones de extinción engrosado en diez unidades. Sin embargo, la amplitud de la zona afectada y la abundancia de sustancias químicas hacían que la extinción por chorro de agua no sirviera de mucho. Tuvieron que transcurrir cuatro días para que, aunando sus fuerzas, los trabajadores del vertedero y los cuerpos de limpieza urbana de todos los distritos lograran, apenas, controlar el caos. Consiguieron sofocar el fuego mediante el uso de motocultores, que cargaban con tierra, y de buldóceres, con los que cavaban y empujaban en los montones de basura para enterrar los que eran pasto de las llamas.

El cuerpo de Trasquilón apareció dos días más tarde, una vez apagadas las llamas que consumían el vertedero y disipado el humo en gran medida. Lo encontraron, junto con diez cadáveres más, tanto de adultos como de menores, unos trabajadores del vertedero mientras trabajaban en la limpieza del montón de brasas y cenizas donde antes hubiera un poblado de chabolas. Trasquilón yacía en el suelo, la cabeza cubierta con la manta, bajo cuyo chamuscado borde solo sobresalían sus pies. Cuando Ojos Saltones, a la carrera, acudió a identificarlo, el cuerpo se encontraba intacto; probablemente el humo lo había asfixiado. La madre, por primera vez en varios años, lloró a la vista de la gente, lloró a moco tendido y hasta desgañitarse. Otros cuerpos estaban quemados en más de la mitad. Siguiendo la recomendación de las oficinas gestoras, los familiares incineraron los cuerpos y cada familia, de acuerdo a sus circunstancias, esparció, ya en el río, ya en los campos circundantes del vertedero, los puñados de cenizas que antes fuesen sus seres queridos.

Ojos Saltones guardó la gorra negra de béisbol, deshilachada y con marcadas costuras, esa vieja gorra que el tunante de Trasquilón no desechó ni dejó de usar, ni siquiera cuando él le regalara una nueva y celeste. Aunque la basura se siguiera generando diariamente en todos los distritos de la ciudad, los recuperadores, al no contar con material acumulado al momento, no fueron capaces de construir nuevas chabolas. Eran numerosos los heridos por quemadura, y la proporción de aquellos que, aun ofreciendo un aspecto exterior intacto, acarrearían secuelas alcanzaba la mitad del total de recuperadores. El lugar estaba desolado y no ofrecía nada que recuperar a los

moradores de las chabolas. Con el discurrir del tiempo, los objetos que estaban en condiciones de usarse se recogían y se volvía a disponer de ellos como herramientas del hogar. Aunque la madre de Ojos Saltones no dijo nada, el dinero que tenían oculto bajo el vinilo de la chabola también habría sido pasto de las llamas, pues tanto el poliestireno como los plásticos se habían fundido hasta el punto de no quedar de ellos más que negros pegotes. Y, sin embargo, los camiones de basura seguían llegando cada día, en gran número; se instalaron varias decenas de carpas a modo de viviendas temporales y el trabajo, en fin, se reanudaba. Las dos pastillas diarias que la madre tomaba le permitían ir aguantando; entre los recuperadores circulaban analgésicos contra el dolor de cabeza.

Finalizada la jornada de tarde, Ojos Saltones subió el altillo, cubierto de negra ceniza y, en solitario, se encaminó a la Base, donde solo quedaban los bloques de cemento chamuscados. El tejado se había desplomado y tanto las revistas como los juguetes de plástico que ocultaban en el interior, así como el escritorio y el saco de dormir, se habían fundido o habían perdido su forma original. Ojos Saltones dejó atrás los campos, quemados, vueltos ceniza, donde antes estaban las hierbas y las eulalias de las que ahora no quedaba sino algún resto de tallo roto, y puso rumbo norte, hacia la casa de Flaquita. El abuelo chatarrero estaba en el patio y vio venir desde la distancia a Ojos Saltones, a quien esperó con la mirada perdida.

—He oído lo del pobre chico —lamentó el viejo, apoyando las manos en los brazos de Ojos Saltones, quien aguantó el nudo que tenía en la garganta y giró la cabeza.

El viejo mantuvo unos instantes los brazos en torno a Ojos Saltones.

—Por lo visto el ayuntamiento ha puesto casas prefabricadas... —dijo el viejo.

—A mí me gusta este lugar —dijo Ojos Saltones, contemplando las viviendas.

Bueno, ahora va a quedar una habitación libre —explicó el viejo—. Puedes venirte a vivir aquí.

—Y la señora —preguntó Ojos Saltones, oteando el interior de la casa desde la ventana—, ¿dónde está?

—Estará en su cuarto, dormida —masculló el anciano, con la mirada

puesta en el suelo—. Lleva varios días sin tomar más que agua. Va a haber que ingresarla. —Y, asiendo la mano de Ojos Saltones en actitud sosegada, agregó—: Me vendrá bien eso que me diste.

Se oyó que alguien canturreaba lentamente y con la boca cerrada. Al girarse, vieron a la mamá de Flaquita en la puerta de la casa. No estaba claro si lo que cantaba era un *arirang* o *Lágrimas de Mokpo*. Al aguzar el oído, reconocieron aquel canto:

—Ay, *qué hacer... sin poder ni vivir ni morir... qué hacer con mis cachorros... sin poder ni quedarme ni partir...*

La mujer salió al patio flexionando ligeramente las rodillas con cada paso. Daba la impresión de flotar. El viejo chatarrero, en actitud de rendición, se limitaba a contemplarla desde cierta distancia y con un cigarrillo en la boca. Ojos Saltones la siguió en actitud discreta, tal como hacía Trasquilón. La mamá de Flaquita giró el cuerpo con intención de dirigirse a la garganta del bosque. Su padre se acercó al muchacho y le dijo:

—No vayáis. Os puede ocurrir algo...

—No se preocupe —replicó Ojos Saltones.

El joven seguía con paso lento a la mujer, quien, en su caminar, por momentos dejaba los miembros casi inertes, recobrando después parte de las fuerzas. Se adentraron en lo que antes del incendio era la espesura de eulalias y donde ahora la ceniza llegaba a los tobillos. Al plantarse en lo que era el santuario, lo hallaron desolado, el techo más caído y desvencijado aún que antes, gran número de tejas diseminadas por el suelo y quebradas. En cuanto al sauce que se alzaba en mitad de las eulalias, estaba convertido en puro carbón desde las raíces hasta las últimas ramas. Acariciando el árbol con ambas manos, la mamá de Flaquita echó las rodillas al suelo y canturreó:

—Ay, *qué hacer... sin poder ni vivir ni morir... qué hacer con mis cachorros... sin poder ni quedarme ni partir...*

Sus manos removían la ceniza del tronco, que ennegrecía sus dedos y su falda. Después se frotó la cara, que se le quedó como la de un carbonero. Seguida siempre por el muchacho, se puso a errar entre las ramas. De lo que antes fuese la espesura de eulalias no quedaba más que negra ceniza y un

amplio descampado. Por su centro cruzaba el cauce de un arroyo, cuyo lecho seco estaba cubierto de gravilla y guijarros. Allí se plantó la mujer con aire ausente y comenzó a decir algo. Ojos Saltones tampoco se apartó ahora de su lado y fijó su vista en el interior del desecado cauce, descubriendo una serie de variados objetos que, no se sabe por obra de quién, se hallaban dispuestos en una ordenada fila. La mujer, con las pocas fuerzas que le restaban, se adentró en el lecho del riachuelo y, tomando los objetos uno por uno, fue depositándolos a los pies del chico. Entre ellos, había un mortero de madera con las vetas abiertas, una escoba hecha con tallos de sorgo con el extremo muy desgastado, dos pares de zapatos de goma, uno de mujer y otro de hombre con los tacones desprendidos, un pasador de plata oxidado, un broche de cuerno de búfalo partido por la mitad, una pipa antigua de mango alargado, también rota, un peine con las púas desprendidas, un dedil deshilachado, un mango de hacha de roble con el asidero pulido por el uso, una canilla de hilo con la cubierta de laca desconchada, un atizador muy gastado, un cucharón con la esquina mellada, una peonza diminuta de madera, entre otros muchos objetos. Algunos estaban entizonados por el incendio, unos quemados por completo, otros a medias, intactos algunos. La mamá de Flaquita salió del cauce y, sin decir palabra, comenzó a recoger los objetos, tomándolos todos en las manos, y puso rumbo al santuario. Ojos Saltones, perplejo hasta aquel momento, fue tomando en sus manos los objetos y siguió a la mujer. El número de objetos, tan surtidos y dispares, requirió dos viajes. La mujer se asomó entonces a la oscuridad que reinaba en las tablas del porche de madera que sustentaba el santuario que, aunque ennegrecidas, se mantenían en su lugar.

—*No marchéis... Quedaos con nosotros. No marchéis así...* —canturreó la mujer, colocando los objetos traídos en lo profundo del suelo. Uno a uno, el chico le iba pasando los objetos y ella los colocaba, con aire ritual y tan cuidadosamente que parecía estar acostándolos. Sacando a la mujer de su embebecimiento, Ojos Saltones le preguntó:

—¿Por qué tratamos como objetos preciosos estas cosas viejas y rotas?

—Porque están conectadas a nosotros.

—Y entonces, ¿los objetos de allí, del vertedero...? ¿Qué hay de todos aquellos objetos del vertedero? —preguntó Ojos Saltones.

—No, esos no tienen ningún vínculo afectivo con la gente —explicó fríamente la mujer girando hacia Ojos Saltones la cara, completamente cubierta de hollín.

Cuando hubieron terminado de trasladar los objetos, ambos tenían las manos negras como el tizón. Ojos Saltones, de algún modo, sentía como si acabara de ayudar en un traslado a un vecino muy allegado. Y sintió el deseo de llevar a aquel lugar, pronto, a ser posible al día siguiente sin ir más lejos, la vieja gorra de béisbol de Trasquilón, empeño sustentado por la intensa corazonada de que, muerto el chico, la gorra lo extrañaría.

* * *

DE LA MANO LLEGARON la primavera y el viento. Tras cuarenta y un días, concluyó el montaje de las viviendas prefabricadas, unas cincuenta. Cada bloque constaba de veintiséis habitaciones, de cuatro o cinco *pyong* cada una, aparte de las duchas comunitarias. El padre de Ojos Saltones continuaba sin regresar; seguiría recibiendo lo que llamaban la formación necesaria para convertirse en una persona de vida recta. En cuanto al encargado de la concesión, Ashura, según una carta suya que llegó, trabajaba en la limpieza y mantenimiento de la cárcel. Tras el incendio del poblado, los síntomas de la mamá de Flaquita se vieron agravados. Errante, se conducía de forma extraña ora por la zona de vertido, ora por la población, hasta que, a raíz de una denuncia interpuesta por la oficina gestora del vertedero, fue a parar a un hospital, de donde no saldría en un año. Ojos Saltones se preguntaba si todos ellos, algún día, regresarían, efectivamente, reciclados, convertidos en personas nuevas. Como quien conserva un deseo pendiente, su madre seguía albergando la intención de enviar al chico a la escuela, pero a él la idea de recluirse en un centro educativo no le seducía más que hacerlo en una cárcel o en un hospital.

La ausencia de la mamá de Flaquita contribuyó a intensificar aún más la rutina del joven. Todas las tardes, después del trabajo, se llevaba los productos alimenticios recuperados del vertedero a la casa del viejo chatarrero. Aunque este seguía recogiendo restos de comida de los restaurantes, la visita del muchacho se había vuelto habitual para los perros, que diariamente, al acercarse su hora acostumbrada de llegada, la anticipaban

con gran alboroto. Apenas entraba en casa, la familia Flaquita al completo echaba a correr hacia él y se producía un caótico estallido de abrazos y achuchones.

Como todas las tardes, Ojos Saltones dejó la comida en casa de Flaquita, cruzó los sembrados, subió la cuesta y llegó a la Base. Las lluvias de primavera y las huellas del incendio, aún evidentes, la habían convertido en un negro lodazal. Sentado a la puerta de la Base, se dio a la contemplación de la caída del ocaso sobre las riberas. De una oscuridad en paulatina expansión surgió una sombra, que se acercó y, en actitud sosegada, tomó asiento a su lado. Al volver la vista, Ojos Saltones vio una gorra de béisbol medio rota y encajada sobre una cabeza en oblicuo, unas mangas dobladas no una ni dos sino varias veces, un mono de trabajo de adulto. Allí estaba Trasquilón, contemplando, sin más, la puesta de sol junto a él. Antes de que Ojos Saltones tuviera tiempo de iniciar la conversación, el granuja de Trasquilón, señalando con el dedo un punto del paisaje, susurró:

—Por allí...

Ojos Saltones reparó en unos focos de luz que, en medio de la oscuridad, se movían al pie del montículo, en dirección a la ribera. Contemplando aquellas luces, de un tono azulado, que ora fluían en el aire, ora se detenían, solo para reanudar luego su movimiento con una suerte de baile, Ojos Saltones contuvo la respiración. De un momento a otro, Trasquilón se había alejado cierta distancia y allí, parado, permaneció unos instantes. Después, transformado nuevamente en sombría silueta, se esfumó igual que una burbuja al estallar, se tornó destello de luz y, como flotando en el aire, puso rumbo a la ribera.

Por algún motivo que desconocía, Ojos Saltones se sentía culpable hacia ellos, sentía que, como cuando se ha cometido una maldad, no podría volver a presentarse ante ellos. «Ah, menos mal», masculló para sí. Ya lo sabía. Sabía que todas aquellas cosas, desde los suburbios y las ciudades, todas las casas del centro, todos los edificios y los coches, las carreteras ribereñas, los puentes de acero, las luminarias, todo ese ruido que parecía perforar los tímpanos, el tóxico vómito de los borrachos, los vertederos, las cosas desechadas, el polvo, el humo, los olores de la putrefacción, hasta todas las sustancias tóxicas, toda aquella descomunal cantidad de cosas, todo aquello

era obra de todas las personas que en aquel momento habitaban el mundo. Y, sin embargo, las hierbas y las flores se abrirían paso a través de la ceniza que cubría los campos quemados, crecerían y el viento las volvería a mecer. En las ennegrecidas ramas de los árboles nacerían diminutas hojas verdes y germinarían nuevamente las eulalias.

GLOSARIO

arirang: canto tradicional coreano.

baduk: nombre coreano del juego de mesa *go*.

bangakebi: nombre común que recibe en Corea la especie de insecto *Acrida cinerea*, de la familia de los saltamontes, y cuya área de distribución abarca la península de Corea, Japón, Taiwán y la costa oriental de China.

budae jjigae (/bude tchigue/): guiso de tallarines y salchichas en sopa que se preparaba típicamente en los cuarteles estadounidenses.

bulgogi: plato de carne a la parrilla.

chajangmyon (/chayang mion/): plato de tallarines con salsa negra de soja.

doenjang (/den yang/): pasta obtenida a partir de la soja, fermentada en tinajas y de uso muy común en el medio rural para la elaboración de guisos y otros platos.

hyong (/jiong/): literalmente, «hermano mayor»; cuando el hablante es un varón; el término se usa consuetudinariamente para referirse a todo hombre mayor que él y con quien este mantiene una relación de amistad o compañerismo.

hwatu (/juatu/): juego de cartas.

jjigae (/chigue/): guiso que se sirve humeante, y que suele llevar carne, *doenjang*, tofu, marisco, etc.

kimchi: elemento omnipresente en la mesa coreana. Se elabora artesanalmente durante el invierno por fermentación de col y otras verduras con polvo de pimiento picante.

kochu jang (/kochu yang/): pasta obtenida a partir del chile o pimiento picante, fermentada en tinajas y de uso muy común en el medio rural como condimento de gran variedad de platos.

kochud garu: chile o pimiento picante en polvo.

makkoli: bebida alcohólica producida por fermentación de arroz.

maru: prolongación aterrazada de la casa tradicional coreana o *hanok* en

torno al conjunto del patio, construida con tablonas de madera.

myok kuk (/miok-kuk/): sopa de algas aplanadas tipo *myok*. Se consume tradicionalmente en los cumpleaños y la mujer que acaba de dar a luz.

pyong (/piong/): unidad de superficie usada para expresar medidas de espacios de habitación, oficina, etc., y equivale aproximadamente a 3,3 metros cuadrados.

ramyon (/ramion/): sopa de tallarines, a veces instantánea.

Saemaoul o «nuevo pueblo»: movimiento implantado durante la dictadura militar de Park Chung-hee en 1970 con el propósito de impulsar la economía rural.

soju (/soyu/): bebida alcohólica elaborada tradicionalmente por fermentación de arroz y, en su versión industrial, mediante destilación de la misma planta.

sundeguk (/sunde-guk/): sopa de morcilla.

ttok (/tok/): pasta de arroz que se consume de diversas formas, tanto dulces como condimentadas con picante, en sopa, etc.

Título original: *Natikeun Sesang*

Esta obra se publica con la ayuda de:



Edición en formato digital: 2017

© Hwang Sok-yong, 2011

© de la traducción: Luis Alfredo Frailes Álvaro, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-880-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es